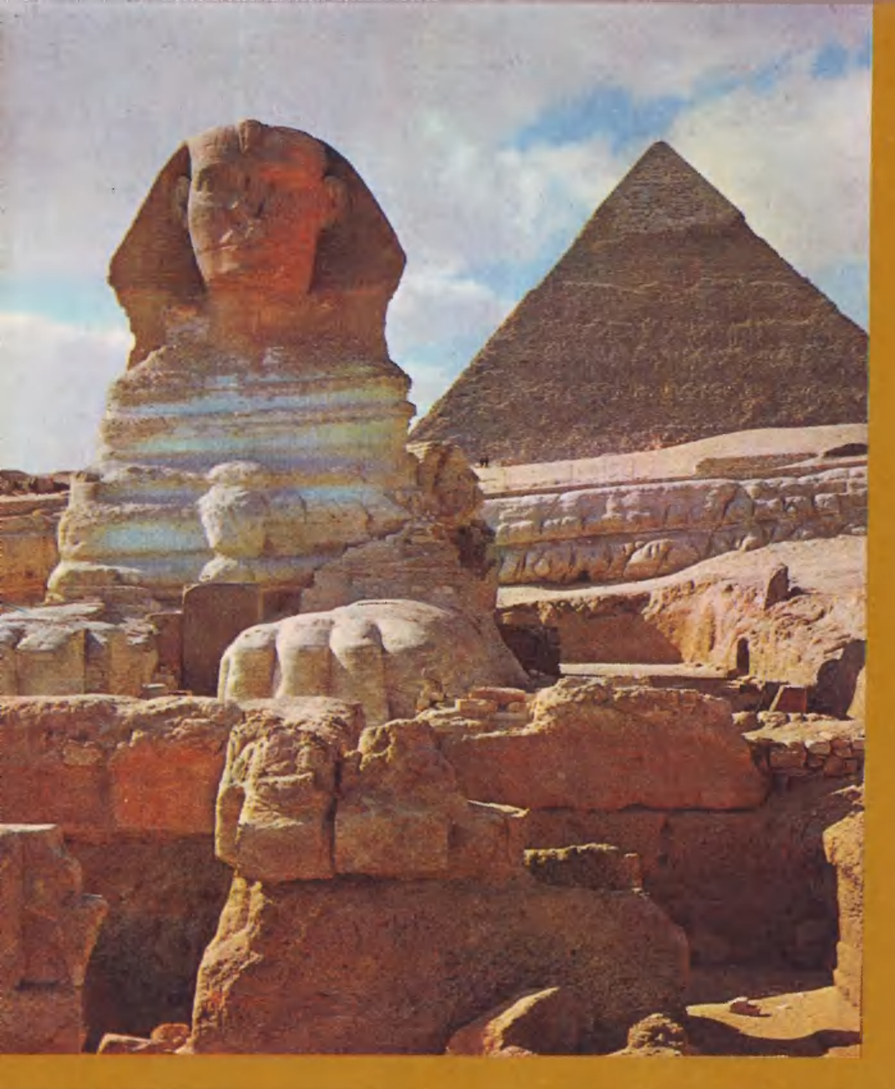
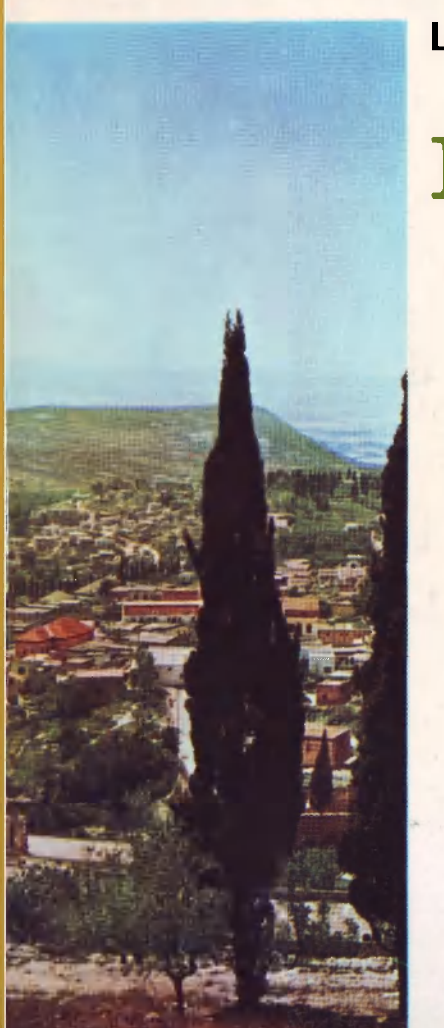








L. GROLLENBERG, O. P.

PANORAMA DEL MUNDO BIBLICO

EDICIONES GUADARRAMA

P. LUCAS H. GROLLENBERG O. P.

PANORAMA DEL MUNDO BIBLICO



EDICIONES GUADARRAMA
Lope de Rueda, 13
MADRID

CONTENIDO

Uno de los fenómenos más admirables del mundo actual es el nuevo encuentro con la Biblia. El Concilio Vaticano II ha sido el factor más importante de este retorno a los textos escriturarios. No sólo el teólogo, sino el simple fiel se han dado cuenta de que esas páginas nos transmiten efectivamente la voz de Dios y de que no son sólo portadoras de la revelación, sino que contienen el mensaje vivo para todo creyente. La piedad y todo el vivir cristiano se cimentarán a partir de ahora en esos maravillosos «Libros Sagrados» del Viejo y Nuevo Testamento, donde se guarda, como en cofre de oro, la buena nueva de Dios a los hombres.

Pero ese mosaico de libros no son sólo texto de revelación, sino páginas escritas por seres que vivieron en medios culturales, sociales y políticos muy diversos. De ahí que sea imprescindible para penetrar en ellas un conocimiento previo del medioambiente en que cada escritor vivió y de los pasos históricos que dio primeramente el Pueblo de Dios y luego la Iglesia primitiva. Este es el objetivo de este libro del insigne escriturista P. Grollenberg. En sus páginas estudia las costumbres del tiempo, el medio cultural y político de los autores, el carácter y finalidad de sus obras, los géneros literarios que utilizaron y las influencias que en ellos ejercieron las civilizaciones limítrofes, como la asiria y egipcia.

Para llenar este objetivo se ha ilustrado el libro con abundante material gráfico, tanto de fotografías como de mapas. En ellos tendrá el lector la ayuda más eficaz para penetrar en ese subyugante mundo bíblico, imprescindible para toda lectura eficaz de los libros que lo integran.

La edición original, de muy buena calidad gráfica, contiene fotos en blanco y negro, mapas en color y páginas de solo texto. Aunque el valor de la obra rquerlría más bien una verdadera edición digital, más que un simple escaneo, he tratado de reproduclr con la mayor calidad el conjunto del libro. Las fotos se escanearon en escola de grises, los textos en blanco y negro (para mejor contraste) y los mapas en color.

Unas pocas fotos ocupaban doble página, en esos casos, se ha dejado una página en blanco tras ellas, para mantener coordlnada la numeración páf con el número de página de papel, ya que ese número se requiere en la tabla de ilustraciones del final del libro.

Los mapas en color estaban distribuidos en el libro, sin número de página. Los he trasladado todos al final, en orden, por lo que cuando en el texto se dice, por ejemplo, "mapa 2, frente a pág. 84" hay que buscar simplemente el mapa 2 de la serle a color que se encuentra al final. También, para mayor comodidad, los he puesto en una separata, que contiene los mismos mapas.

La tabla de ilustraciones y los ínálces de términos, lugares y citas bíblicos también están en separata.

Siglas en el texto

p. 43	=	véase página 43
→ 36 abajo	=	véase ilustración de la página 36, abajo.
→ 84 *	=	véase ilustración(es) p. 84 y las explicaciones en "Notas sobre las ilustraciones" (pp. 175-187).

Transcripción de los nombres propios

Para los nombres propios utilizados en la Biblia se han seguido las transcripciones corrientes.
Los topónimos árabes menos conocidos, impresos en cursiva, han sido transcritos según el sistema de transcripción inglés simplificado.

Este libro fue publicado por

ÉDITIONS SEQUOIA, París - Bruselas, 1960
con el título

ATLAS BIBLIQUE POUR TOUS

* * *

Lo tradujo al español el
P. MARIANO HERRANZ MARCO

Dep. Leg.: BI-1.822-66

Impreso en España por
Talleres Gráficos Arte, S. A. - Bilbao
Los mapas e ilustraciones se imprimieron en Editions Sequoia, Holanda

PRÓLOGO

Hubo una época en que para algunos la Biblia era ante todo un arsenal de argumentos teológicos. Para otros era un libro muy santo que meditaban en la soledad y el recogimiento, y que alimentaba así una piedad muy personal. Luego vinieron generaciones que, creyéndose más realistas, se apartaron de este libro por no ver en él apenas más que un instrumento instigador de enconadas y vanas polémicas, un libro sin ningún contacto con la realidad. Hoy –y éste es uno de los méritos de nuestro tiempo– se ha creado ya la costumbre de prestar a la Biblia una atención más objetiva. De acuerdo con las costumbres del tiempo, y con una mentalidad más histórica, los hombres se afanan por situar en su contexto geográfico y social cada uno de los elementos de ese extraño mosaico que componen los libros bíblicos. Se estudia el medio cultural y político de los autores, se desea conocer el carácter y el objetivo de sus obras, se investigan los géneros literarios utilizados en su ambiente, se sitúan en este horizonte los resultados de la arqueología palestinense y el conocimiento cada día más perfecto de las civilizaciones limítrofes. Para introducir a esta manera moderna de acercarse a la Biblia ha sido compuesto este libro.

El lector encontrará en él tres cosas: mapas, fotos, texto. Los primeros son indispensables para una lectura seria de la Biblia. No tanto porque en los libros santos aparecen muchos nombres geográficos, cuanto porque la situación misma del país desempeñó un papel importante en el itinerario espiritual del pueblo de Israel. No es preciso subrayar la utilidad de las fotos: harán que se fije más la atención y podrán hacer presentes al espíritu esos innumerables descubrimientos que tanta luz arrojan sobre los textos bíblicos. El autor y el editor se han esforzado por quedarse en un precio módico; por eso las ilustraciones han debido ser impresas aparte, sin dejar espacio para la explicación: éste es el motivo de que los capítulos estén insertados entre ellas. Pero como en éstos se debían ofrecer otros muchos datos, procurando a la vez que resultasen legibles, se han relegado a notas, al final del libro, las precisiones de detalle. Es aconsejable comenzar a utilizar este Pequeño Atlas realizando una lectura seguida del texto, verificando las referencias a los mapas y a las fotos. Más tarde podrá completarse la inteligencia de éstas con la lectura de las notas finales.

Por fidelidad a su principio de objetividad el autor se ha abstenido de profesiones de fe o de comentarios parenéticos. Ocupado desde hace muchos años con los libros de la Biblia, ha llegado a convencerse de que en la maravillosa historia de Israel, como en la de Jesús y de sus primeros testigos, el dedo de Dios resulta casi tangible. Pero en lugar de transmitir su testimonio personal, el autor prefiere llevar a los lectores a una constatación semejante.

Que este pequeño libro, por tanto, les ayude a penetrar por sí mismos en la Biblia. Poco a poco se familiarizarán con los pensamientos básicos que todos estos escritores tienen en común. Su vida íntima, profunda, descubrirá en ellos perspectivas nuevas, consoladoras. La característica más constante, más atractiva de estos autores bíblicos es su optimismo fundamental. Israel es el único pueblo del mundo antiguo que, al término de su larga historia, llegó a una concepción coherente del mundo, en la que incluso el sufrimiento humano encuentra una explicación. Su centro lo constituye un Dios personal, poderoso y misericordioso, presente a todos los hombres y a todos los acontecimientos, que Él dirige, según sus planes, hacia un futuro glorioso. Más admirables y más optimistas aún son las convicciones de la Iglesia primitiva; para ella Jesús es el modelo de la obediencia a ese Dios y, por tanto, el espejo de sus intenciones profundas; es la Palabra definitiva de ese mismo Dios, su Hijo amado, que viene a ser en su gloria el germen de un mundo renovado, la prenda del término hacia el que la humanidad está en marcha. Verdaderamente, si el poder misterioso que todo hombre adivina tras los fenómenos de la naturaleza y de la vida se ha revelado, esto sólo puede ser en esta historia tan humana y tan divina que refleja la Biblia. Para los cristianos la Biblia es Palabra de Dios. Estas páginas quieren ayudar a descubrirla, disponer a entenderla y darle una respuesta.

DEIR-ALLA,

LUC H. GROLLENBERG. O. P.

ENTRE EL AGUA Y EL DESIERTO

La evolución de un pueblo está en gran medida condicionada por el suelo en que vive, el clima de su país y sus vías de acceso a los territorios vecinos. El pueblo de Israel no se vio sustraido a esta regla. Si la Biblia refleja el proceso cultural y espiritual de su vida, para una lectura comprensiva se necesitará un cierto conocimiento de su geografía. Pero por lo que se refiere a Palestina los datos geográficos ofrecen por sí mismos un gran interés. Consúltese la página de guarda de este atlas: en el recuadro central se destaca el mapa del país, tan fácil de retener en la memoria y de dibujar con sus simples líneas: el valle del Jordán y la costa. Ambos elementos se destacan sobre el fondo de un territorio mucho más vasto bañado por no menos de cinco mares. La primera mirada provoca una doble constatación.

La una nace del carácter del desierto sirio (o siro-arábigo), al E de Palestina. Es una estepa pedregosa e ilimitada –de una altitud media de 600 metros– donde no penetran las lluvias del oeste y donde apenas se conocen oasis. Hasta el tiempo de la mecanización de los transportes, semejante desierto hacía imposible un tráfico directo entre Palestina (y más lejos Egipto) y el golfo Pérsico. Incluso para el camello, o mejor el dromedario, que empezó a usarse durante el II milenio, grandes partes de esta estepa resultaban infranqueables: éste era el caso especialmente de las zonas cubiertas de basalto, al SE de Damasco (véase esquema, p. 15). Sin duda el camello puede caminar varios días sin beber y acumular en su joroba provisiones alimenticias sacadas, en caso necesario, de la hierba seca y los líquenes; pero sus pezuñas están concebidas para la arena, y las piedras ásperas o el cascajo dificultan enormemente su marcha. En línea recta sólo 860 km separan a Jerusalén de Babilonia; pero en la antigüedad el camino se dirigía primero hacia el NE, hasta pasar Damasco, y descendía luego bordeando el Eufrates: ¡el recorrido total era de 1.250 kilómetros! Cerrada al E por el desierto de Siria y al O por una costa poco propicia para el tráfico marítimo, Palestina sólo era abordable por el N y, más difícilmente, por el S.

Volvamos a nuestro mapa inicial. Esta orientación general norte-sur se ve acentuada por otra característica: el relieve del suelo. El mapa de Palestina está cortado por una línea vertical, el valle del Jordán que une dos lagos interiores. Este valle constituye la depresión más profunda del mundo: la superficie del mar de Galilea se halla 212 metros bajo el nivel del Mediterráneo, la del mar Muerto a 392 metros, y su fondo a 790. Como aparece en una sección E-O de Palestina a la altura de Belén (p 25), el suelo de la estepa se eleva primero un poco para caer casi perpendicularmente en el valle del Jordán; luego, al O, asciende en etapas rápidas para descender de nuevo gradualmente. Más adelante hablaremos *ex profeso* del relieve palestinense; aquí queremos insistir en la extensión de esta depresión. En el esquema adjunto se indica su prolongación, al S del mar Muerto, en una longitud de 170 kilómetros. Este valle, que la Biblia llama Arabá, pasa junto a Acaba, a corta distancia de las ruinas de la Eilat bíblica, formando allí un brazo del mar Rojo. Parece –dicho sea de paso– que es la misma depre-

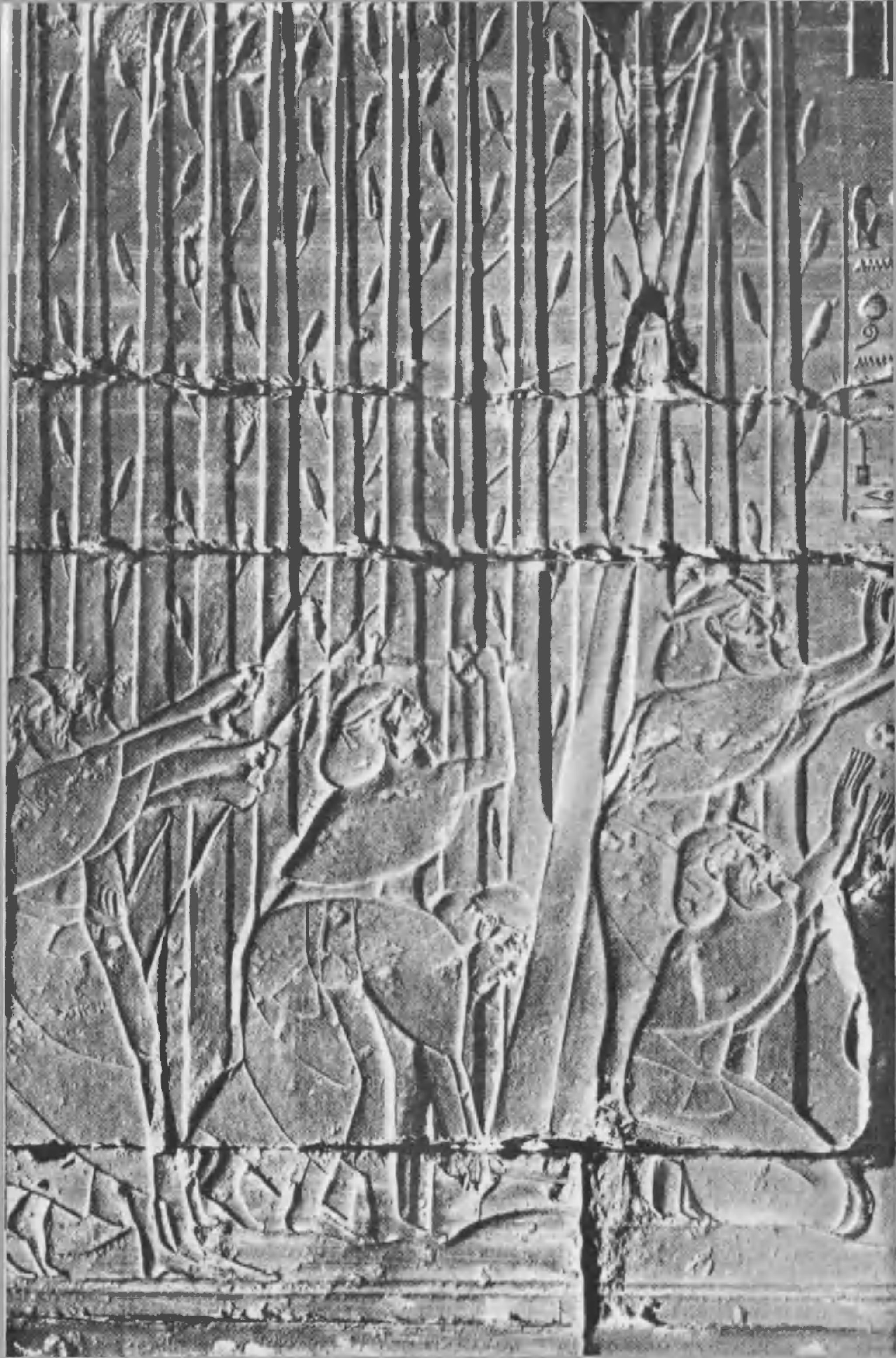


sión geológica que abrió el lecho del Alto Nilo y que, después de atravesar Egipto y Sudán, se detiene en el lago Tanganika, en el Congo. En el N ocurre lo mismo: el mapa de la izquierda sugiere un relieve semejante. El suelo del desierto se eleva primero para formar el Hermón que se prolonga, al N, en el Anti-Líbano; desde la llanura de la Beqá (nombre árabe que significa "valle"), al O de estos montes, se alza una nueva cadena, la del Líbano. Finalmente, como puede constatarse en el mapa n.º 2 (tras la p. 84), en la Beqá nace el Orontes, cuyo curso, paralelo a la costa, señala otra prolongación de la depresión norte-sur. A pesar de sus muchas analogías con el relieve palestinense, esta región difiere de Palestina en más de un punto: las montañas, a uno y otro lado de la depresión, son mucho más elevadas; por otra parte la Beqá, que parece prolongar el valle del Jordán, en realidad está separada de él por una región montañosa. Pero concluyamos con dos observaciones: por una parte se comprende que la Antigüedad pudiera reunir bajo el mismo nombre de Canaán los países del Líbano y de Palestina; por otra es fácil ver que los habitantes de ésta pudieran constituir una unidad real cultural y política.

En el mapa de la izquierda las cifras remiten a las páginas que ilustran las regiones señaladas por la flecha. En el extremo N la antigua ciudad comercial de Fenicia, Trípoli (→ 12 arriba*); en el interior el Líbano nevado (la raíz *lbn* significa "ser blanco"). Más al S, donde la llanura costera se hace más estrecha, Biblos (→ 30). Al otro lado de la Beqá, una vista del majestuoso Hermón (→ 12 abajo, de la raíz *hrm*, "santo, intocable"). Luego una panorámica del mar de Galilea, que el Nuevo Testamento llama también lago de Genesaret (→ 164-165) y que acaba por ser designado con el nombre de la ciudad que construye en sus orillas un hijo de Herodes, Tiberiades (cf. p. 159); en primer plano aparece la ciudad, y a lo lejos la llanura transjordana. Este lago se adivina en una foto (→ pág. sig.) del valle del Jordán, en la que aparece también su afluente el Yabboq que desciende del N. Para recorrer los 109 kilómetros que, en línea recta, separan el lago de Galilea del mar Muerto (→ 24) el impetuoso y turbio Jordán efectúa tantos meandros (→ 161) que su recorrido alcanza los 320 kilómetros. Finalmente se verá una foto aérea del Arabá (→ 28 abajo) con el paisaje desértico del Négueb en primer plano y, al otro lado del valle, la altiplanicie. Allí, en la franja más oscura, duerme una ciudad célebre; "Petra la Rojiza" (→ 138).



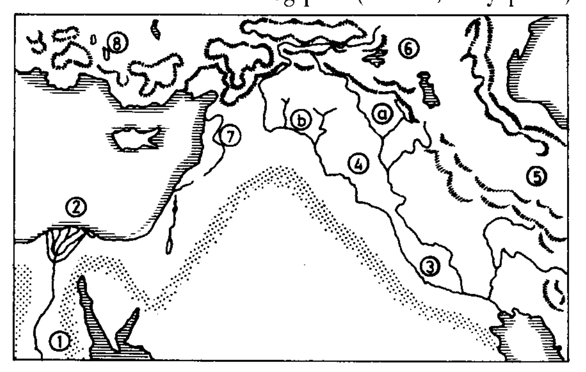




EN EL CRUCE DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES

La región costera, abordable sólo por el N y el S, constituye el vínculo natural entre las dos más grandes civilizaciones de la Antigüedad: Egipto y Mesopotamia. A lo largo de su historia, el minúsculo pedazo de tierra que ocupaba Israel iba a verse envuelto en el juego de ambiciones y alianzas de estos dos enormes bloques rivales. Antes, pues, de penetrar en la historia de la Tierra Prometida propiamente dicha no será superfluo echar una mirada a los países de sus imponentes vecinos.

Los egipcios dividían ya su país en dos (1 y 2 en el dibujo de abajo): el valle del Nilo, con varios cientos de kilómetros de longitud y escasos kilómetros de anchura, bordeado de estepas desérticas (→ 22 arriba); y luego el Delta, que se despliega en un abanico de 200 kilómetros de lado. La agricultura dependía enteramente de la crecida anual, y se requería el esfuerzo organizado de todos los habitantes para sacar de ella el provecho suficiente. Pero ya el primer faraón conocido, Menes, unió "los dos países" en un solo estado fuerte. Desde sus primeros sucesores, instalados en Menfis, la magnífica capital hoy desaparecida (→ 20-21 *), a escasa distancia al sur del Cairo, hasta los faraones más tardíos que residían en Tebas, 600 kilómetros más al S (→ 22 abajo, 23 *), todos llevaban la doble corona del Alto y el Bajo Egipto. En su trono se repite también un dibujo en que aparecen dos dioses del Nilo atando un papiro –emblema del Delta– y una flor de loto –la planta del valle– al jeroglífico que significa el concepto "unión" (→ 51 *). A causa del aislamiento de su país rodeado de desiertos, los egipcios, conservadores por naturaleza, pudieron mantener durante milenios, sin modificaciones esenciales, la impresionante cultura de su primer desarrollo. Muy pronto, sin embargo, debieron aventurarse fuera de sus fronteras. Su suelo, aunque rico, no podía bastar a sus necesidades: les negaba, por ejemplo, la madera necesaria para la construcción de casas y barcos. Desde los tiempos más remotos se les ve navegar a lo largo de las costas palestinenses: iban a los puertos fenicios, al pie del Líbano, en busca de los famosos cedros a cambio de sus propios productos. Biblos se convierte así en una ciudad casi egipcia (→ 19 *, 30 y p. 31). Más tarde los faraones no retrocedieron ante la penosa travesía del desierto costero (170 kilómetros de Pelusa a Raphia: cf. mapa p. 129) para ocupar militarmente Canaán y apoderarse por la fuerza de los tan preciosos cedros (→ 13 y 14 *). Así el país había estado durante varios siglos bajo la dominación

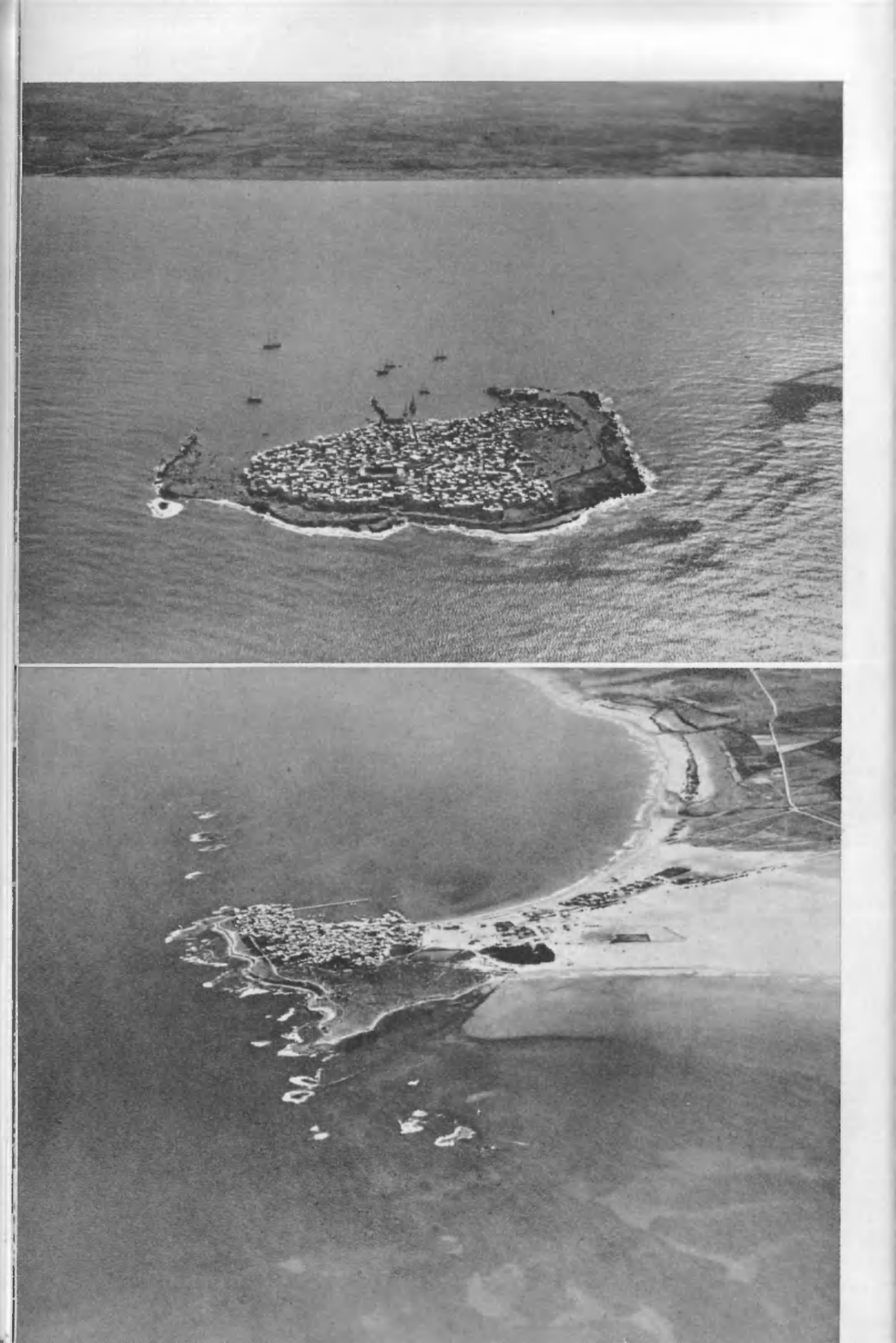


de Egipto mucho antes de que se instalaran en él los israelitas; por eso éstos decían: "Como Egipto, Canaán era hijo de Cam" (Gn 10,6). A veces, en su marcha conquistadora, los tebanos habían llegado incluso a las márgenes del Éufrates. Y ante él se detenían asombrados: este río, casi tan ancho como el Nilo, corría de norte a sur; ¡era el mundo al revés! Seguramente no sospechaban que este "río al revés" había suscitado, con el Tigris, civilizaciones al menos tan antiguas y ricas como la suya. ¡Pero qué distintas!

El "País de los dos Ríos" está también dividido (n.º 3 y 4 en el esquema). En primer lugar, al S, la llanura, fertilizada por un juicioso empleo de las crecidas anuales: allí florecieron, poco antes del año 3000, ciudades sumerias como Ur, Lagash, Nippur. Luego, al N de Babilonia junto al Éufrates y de Bagdad junto al Tigris –que marcan los puntos en que los ríos se acercan más– (cf. p. de guarda), éstos se separan de nuevo hasta distanciarse 550 kilómetros el uno del otro: estamos en una región de estepas. El núcleo de Asiria se hallaba a orillas del Tigris, al S de Czire, donde aquél deja la alta montaña (junto a *a*). A orillas del Éufrates, en un sector que se desvía hacia O, florecieron y desaparecieron después ciudades y estados poderosos como Mari (→ p. sig., arriba*), a 80 kilómetros al S de la desembocadura del Khabuor, el Habor de la Biblia (a la derecha de *b*). Mesopotamia, por tanto, no estaba tan cerrada como Egipto. Todo lo que habían construido generaciones al sur del país, podía ser barrido de un golpe ante los asaltos de dos ríos mucho más caprichosos que el Nilo: no es cosa de azar el que de allí nos venga la versión más antigua del Diluvio que conocemos. Además, tribus que bajaban de las altiplanicies del N del Irán (5) y de Armenia (6) y nómadas procedentes de la inagotable península arábiga invadían las riberas del Tigris y el Éufrates, enriqueciendo con nuevos elementos la brillante cultura que los había atraído.

Cuando en el País de los dos Ríos se llegaba a formar un poder de cierta importancia, se extendía hacia occidente, donde el Éufrates está a sólo 200 fáciles kilómetros del mar. Esta región (en torno al n.º 7 del esquema), que viene a corresponder con los Estados modernos de Siria y Líbano, presentaba para ellos mil atractivos: formaba un trampolín para una expansión hacia Egipto; constituía una zona fértil; en ella estaban los cedros del Líbano; pero sobre todo en su costa se hallaban los centros comerciales de los fenicios. En el mapa 2 (frente a p. 84) se han señalado algunos: Ugarit, la gran ciudad destruida hacia 1200 a. de C. por los "pueblos del mar", redescubierta por azar en 1928, en *Ras Shamra*, de donde no se ha acabado de extraer datos preciosos sobre la antigua cultura de Canaán; Arvad, la ciudad insular (→ 18 arriba), Trípoli y Biblos, ya mencionados, Sidón y finalmente Tiro (→ 18 abajo). Desde tiempo inmemorial este pueblo de marinos mantenía relaciones comerciales con el mundo occidental: Chipre, la isla del cobre, las costas de Asia Menor, el archipiélago griego. Si se tiene en cuenta que el norte de esta franja costera experimentaba un fuerte influjo de los hititas de Asia Menor (8), se comprenderá que es legítimo decir que en ella se cruzaban todas las antiguas civilizaciones.

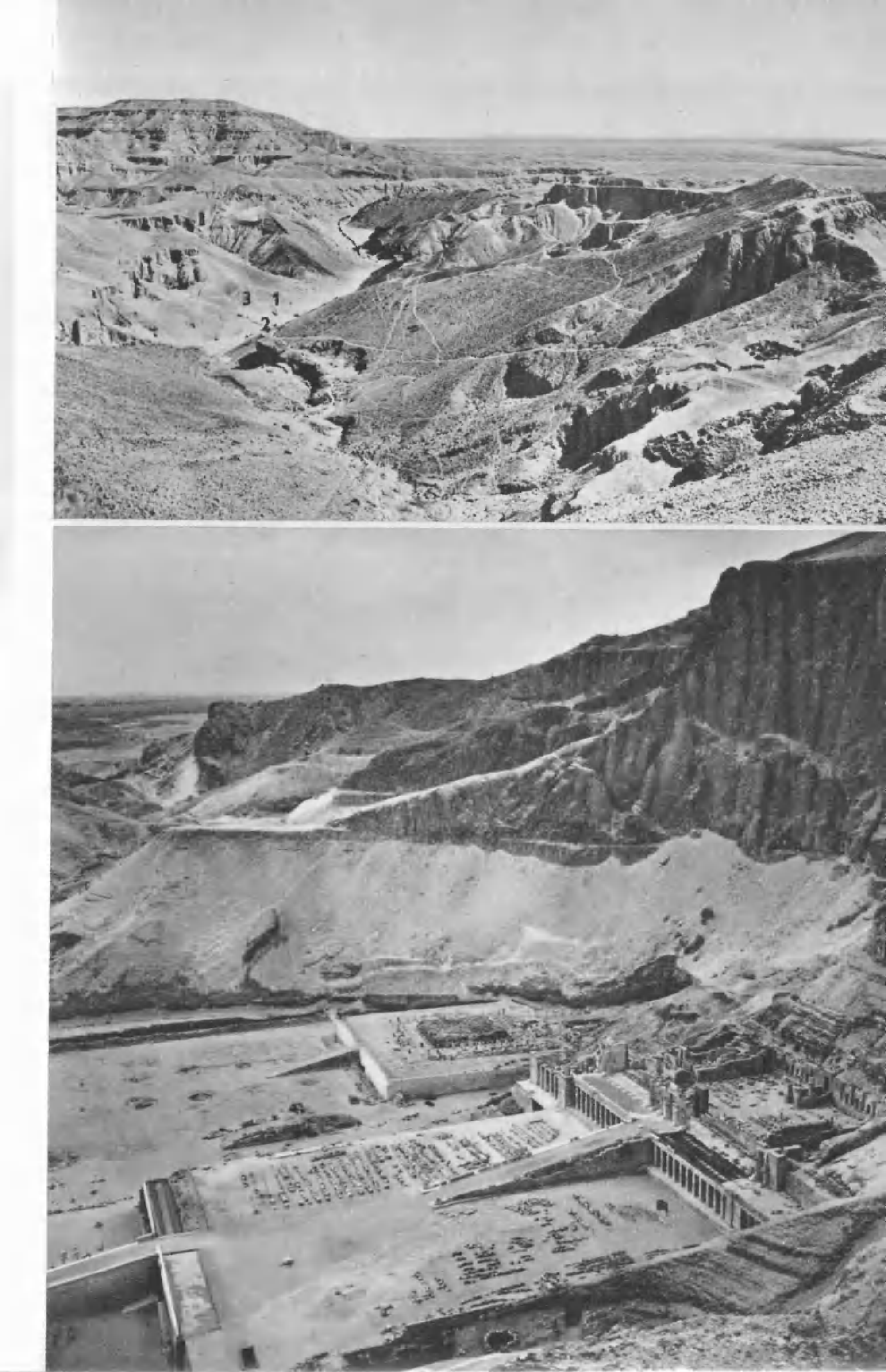











3 1
2



PANORAMA DE PALESTINA

La página de guarda presentaba a Palestina desde gran altura, situada entre cinco mares en el único camino que une Asia con África. En el mapa n.º 1 (frente a p. 84), que convendrá desplegar para tenerlo a la vista, se la ve a la lupa. La profunda depresión por la que el Jordán desciende hacia el mar Muerto, el más curioso de todos los mares (→ p. anterior *), forma una columna verde que divide el país en dos partes desiguales.

Digamos primero unas palabras sobre la parte occidental. Como hacen destacar los colores, la cadena meridional de montañas, aproximadamente entre Hebrón y Baal-Hasor, es bastante ancha y elevada (véase abajo la sección a la altura de Belén; el dibujo de los estratos hace ver cómo la región del mar Muerto es un paraíso para los geólogos). Más al N, donde en otro tiempo llevaba el nombre de Efraím, esta cadena pierde altura y se abre en valles, uno de los cuales, muy estrecho, la cortará completamente en Siquem. La ciudad antigua se alzaba entre los dos montes, Ebal al N y Garizim al S (→ 68-69 *); a sus pies, hacia el E, se extiende una llanura estrecha pero fértil, que en nuestra foto aérea, tomada a comienzos de junio, aparece "blanca para la siega" (→ 67 *). Un poco más lejos, pasada la antigua Tirsa, junto a la que se abre un valle que desciende a unirse con el del Jordán (→ 105 arriba), la cadena montañosa parece dividirse: un brazo sube hacia el NO para unirse con el Carmelo que se hunde a pico en el mar (→ 119); otro se dirige hacia el NE, donde las alturas semicirculares de Guilboé delimitan la llanura de Yizreel (→ 89 abajo). Desde Megiddo se le pierde de vista para ver aparecer la cadena central en la Baja Galilea → 84 arriba; cf. → 27 abajo, tomada desde la cumbre del Tabor), el país de Nazaret y *Kafr Kenna* (→ 27 arriba). La llanura costera, protegida por las dunas, se ensancha considerablemente hacia el S, donde habitaron los filisteos. A la altura de Yafo (Haifa) se estrecha en la llanura de Sarón que las aguas, estancadas por la barrera de dunas, han transformado en una sucesión de ciénagas; en la Biblia es conocida por su vegetación espesa y salvaje.

Pasemos al lado derecho del mapa. La altiplanicie, al E del Jordán, aparece dividida en cuatro partes por las profundas incisiones del Yarmuk, el Yabboq (→ 65 abajo; cf. → 11 *) y el Arnón (→ 78 arriba). Esta rápida ojeada al relieve del suelo postula un doble complemento que a la vez es consecuencia del mismo: la repartición de las lluvias en el país y la red de caminos naturales.

En verano, de mediados de mayo a mediados de septiembre, no llueve en Palestina; sólo se da un rocío, a veces fuerte, de importancia vital para la agricultura. Las lluvias se reparten entre los otros meses. De ahí que

las de otoño y primavera ("las lluvias tempranas y tardías" de Dt 11,14 ss) sean la condición de toda buena cosecha. Procedentes del Mediterráneo, caen con más abundancia en el norte del país que en el sur, donde la costa se curva; además, a medida que la cadena central es más elevada, con mayor fuerza atrae las precipitaciones. Así la región montañosa de Judá y las colinas situadas al O (llamadas en la Biblia "Región Baja") reciben agua suficiente, mientras que al E el desierto de Judá (→ 29 *) se halla "a la sombra de las lluvias"; y lo mismo ocurre en la depresión tropical de Jordán. Sólo más al N, al descender e interrumpirse la cadena central, la lluvia penetra más hacia oriente: así el valle del Jordán es allí más apto para el cultivo, y cuenta además con más arroyos y fuentes. Finalmente, la subida de Transjordania recibe también más lluvias en toda su longitud.

También los caminos, decíamos, dependen del relieve. Como hacen ver las líneas esquemáticas del mapa n.º 1, en el S sólo hay dos grandes vías de comunicación posibles, las dos orientadas en dirección N-S: una que bordea la costa, otra que sigue la arista de la cadena montañosa. Junto a ellas se levantan muchas de las ciudades importantes de Israel; y la moderna carretera asfaltada de Hebrón a Siquem sigue el mismo trazado. El viajero atento que la recorre verá, en tiempo claro, a veces el Mediterráneo a su izquierda, centelleante tras las dunas y la llanura; a veces, a la derecha, la arista de la meseta transjordana. Si se toma el trabajo de trepar a una altura como *Nebi Samwîl,* junto a Gabaón (→ 82 centro), podrá abarcar con una sola mirada los dos horizontes y recrearse contemplando la asombrosa estructura de Tierra Santa. Más compleja es la situación al N de Siquem. Unida por el NO a la llanura costera, junto a la bahía de Acre, y por el E al tell de Bet-Shân, la llanura de Yizreel crea aquí el único paso fácil entre el E y el O. Por otra parte, el macizo del Carmelo obliga al camino del mar –ese camino famoso que une Egipto con Mesopotamia– a torcer hacia el NE a través de un paso que desemboca en la llanura, en Megiddo: aquí cruza el eje E-O.

Estos datos sumarios hacen ver qué distinta era la situación de las tribus septentrionales de Israel frente a las de Judá, un tanto aisladas en su zona montañosa, accidentada (→ 28 arriba) y netamente delimitada. No sin razón se habla de cuatro residencias sucesivas de los reyes del Norte: Siquem, Penuel, Tirsa, Samaría; la geografía misma de esta región ofrecía más posibilidades que Judá, y las alianzas políticas señalaban por sí mismas la posición estratégica más favorable. Por otra parte los israelitas se permitían una vida más cómoda en un país más fértil y con más lluvias. Insensiblemente se mezclaban con los cananeos de Yizreel, Akko y Bet-Shân, y multiplicaban los contactos con los fenicios y los Estados arameos del NE. Las influencias y las conquistas paganas encontraban sin duda una presa fácil en este país tan abierto, de tierra tan generosa; pero también Jesús, más tarde, recibió aquí mejor acogida cuando vino a anunciar el Reino.




1
2
3
4

VESTIGIOS DE UNA SERIE DE CIVILIZACIONES

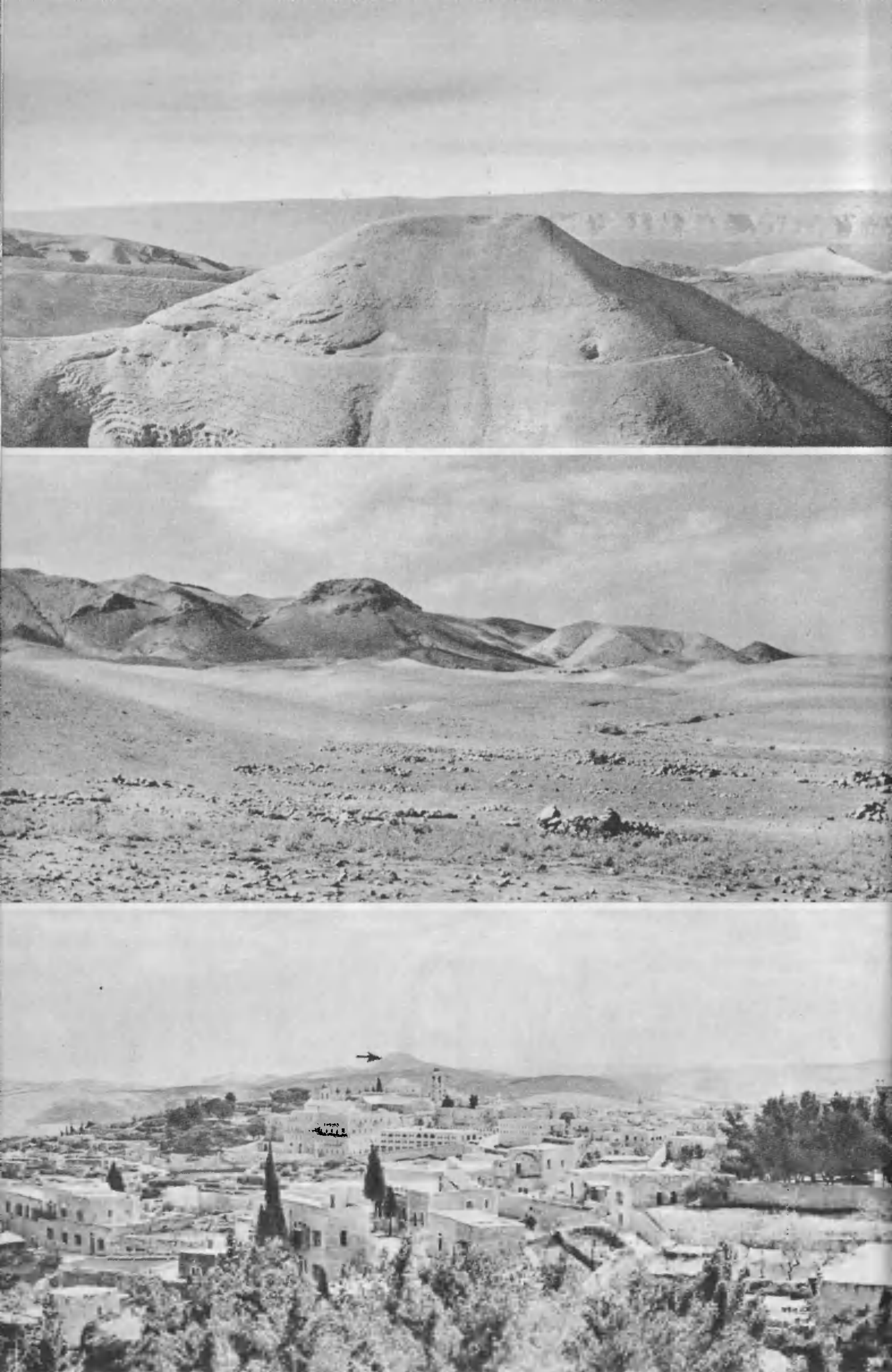
Toda la región de que nos hemos ocupado hasta ahora, Siria-Palestina, Egipto y Mesopotamia, está todavía sembrada de vestigios de la antigüedad; algunos dominan el paisaje, otros duermen desde hace siglos bajo las arenas o el limo. Para sus viviendas los egipcios utilizaban adobes secados al sol (→ 75). El material era tan precario que de una ciudad como Menfis sólo quedan las palmeras que crecen en su emplazamiento (→ 20-21). Sus monumentos funerarios, en cambio, y los templos de sus dioses estaban construidos con bloques de piedra, que se halla en abundancia en el desierto que aprisiona al país, o con granito procedente de Elefantina (→ 131 abajo) o de más lejos todavía; su técnica de trabajo y de transporte nos resulta aún incomprensible por su perfección. De ahí las innumerables ruinas que jalonan el suelo egipcio. En el curso de los siglos fueron cubiertas –al menos parcialmente– por el barro del Nilo o las arenas del desierto (véanse, p. e., las diferencias de tono en las columnas de Luxor, → 71); pero así se nos han conservado numerosos bajorrelieves preciosos, como la parte superior del obelisco caído de Karnak (→ 42), o incluso construcciones enteras como el magnífico templo de Edfu (→ 132 abajo). Como los egipcios llevaban su afán de comodidad en la otra vida hasta el extremo de preparar al difunto una "morada de eternidad" en todo semejante a la que le había albergado en su vida terrena, tallando para ello la piedra como el material ordinario, papiro, madera, etc., estos vestigios culturales nos dan a conocer también el aspecto más cotidiano de las ciudades del Nilo.

En Mesopotamia, por el contrario, no se disponía de piedra. Se construía principalmente con ladrillos cocidos al sol o al fuego, cementados con betún (Gn 11, 3). Con el paso de los siglos, las tormentas, las lluvias, las inundaciones transformaron las antiguas ciudades en un montón informe de barro. Esparcidos en la inmensa llanura sólo se alzan algunos templos enormes en forma de torres, con los que los hombres pretendían acercarse a la divinidad, o mejor, ofrecerle escalas para que descendiese a la tierra (→ 61 abajo *).

Las ruinas de Siria-Palestina son de todas clases y de todos los tiempos. A veces en un mismo lugar están representados los restos de una serie de culturas. Biblos (→ p. anterior) es un ejemplo entre muchos. En primer plano el Mediterráneo; en el fondo, tras la llanura estrecha y fértil, los contrafuertes del Líbano que aquí se eleva hasta los 3.000 metros. La pequeña aldea, a la izquierda, se llama *Jebeil*, viejo nombre que los asirios escribían Gubla y los hebreos Gebal; sus habitantes eran famosos como carpinteros (1 Re 5, 18) y como constructores de barcos (Ez 27, 9), lo cual es comprensible: les faltaba espacio para la agricultura y la ganadería, pero detrás tenían los fantásticos bosques de cedros y delante una costa de bahías bien protegidas. La iglesia, en el círculo 1, es obra de los Cruzados que ocuparon el lugar –bautizado por ellos Giblet– de 1104 a 1188, luego de 1198 hasta una noche azarosa de 1266 en que los últimos defensores escaparon al asedio del sultán Baibars y llegaron a Trípoli por mar. La iglesia y su magnífico baptisterio son de puro estilo románico. A la misma época perte-

nece el castillo, cuyo torreón se ha encerrado en el círculo 2. En el n.º 3 un anfiteatro romano nos remonta diez siglos más atrás. Si entonces las cumbres del Líbano estaban ya en gran parte despojadas de sus cedros, la ciudad, cuyo nombre se pronunciaba "Byblos", no era menos floreciente debido al culto de Adonis. Dos mil años separan este anfiteatro del templo (círculo 4) de los numerosos obeliscos (→ 19). Ya hacia el año 3.000 los mercaderes egipcios acudían a este centro cultual, tan conocido que lo habían introducido en sus leyendas de Isis y Osiris. Pero lo que verdaderamente buscaban en este "país de los dioses" era la madera de cedro. A cambio de ésta entregaban principalmente hojas para escribir que fabricaban a base de tallos de papiro del Delta. El mundo griego se procuraba estas hojas en Biblos; por eso en griego se llamó al libro *byblos* y *byblion*, de donde deriva Biblia: el libro por excelencia. Los griegos recibieron también de los fenicios la escritura. Estos habían intentado reducir a un alfabeto los complicados signos de uso y, aunque la evolución de sus esfuerzos sea poco clara, habían logrado la meta mucho antes de comenzar el I milenio. De este invento también nosotros somos beneficiarios. A la derecha de los escombros de la excavación, en primer plano, aparecen los cimientos de casas construidas hacia el año 4000. Contando a partir de la iglesia y el castillo medievales, esta foto presenta por tanto ruinas escalonadas en más de cincuenta siglos. Añadamos que el anfiteatro romano ha sido sacado a luz por los arqueólogos que lo trasladaron a su emplazamiento actual para poder excavar los estratos más profundos. Y lo mismo se hizo con el templo (círculo 4).

Estas excavaciones sólo han sido posibles porque *Jebeil*, como la Giblet de los Cruzados, no se alza sobre las ruinas de la antigua Gubla-Biblos, sino a un lado. Afortunadamente esto ocurre con frecuencia, por ejemplo en Hama, a orillas del Orontes (→ p. sig. arriba), que se alza en torno al montón de ruinas de la Hamat bíblica. El montón es tan alto que domina las blancas cúpulas de los edificios y la noria que con música de chirridos eleva a un acueducto las aguas del río (→ p. sig. abajo): lo han creado las destrucciones repetidas de la vieja Hamat. En estas regiones los muros de las casas, edificadas con material quebradizo, se componían de dos hileras de piedras sin tallar; los intersticios se llenaban con cantos y se cubría la superficie con barro. Podían añadirse adobes secados al sol; una capa de arcilla cubría también un techo en terraza apoyado en postes ligeros. De la ciudad devastada sólo quedaban los cimientos de los muros, cubiertos por los escombros de la superestructura. Los habitantes que no perecían por la espada, el hambre o la peste, huían. El viento y la lluvia se encargaban de convertir las ruinas en un montículo raso: esto es lo que los antiguos semitas llamaban un *tell*. Algunos años después, atraídos por su situación favorable, las gentes venían a habitar allí, y, como dice Jeremías, "la ciudad se reedificaba sobre su *tell*" (30, 18); y así, con cada destrucción, la altura del tell crecía. Pero abandonemos a su suerte el de Hama y veamos, en un nuevo capítulo, cómo se hace el examen de los tells en Palestina.







EXAMEN DE LOS TELLS Y LAS TUMBAS

Si un tell está formado por los escombros de ciudades sucesivamente devastadas, en las paredes de una trinchera cavada en él lógicamente se descubrirán tantos estratos como destrucciones hubo. Aunque parezca extraño, este principio elemental no fue descubierto hasta 1890, tras medio siglo de búsqueda de antigüedades en Palestina. Simplemente no se había prestado atención a estos tells. Ese año W. Flinders Petrie vino a consagrarse a uno de ellos en el país de la Biblia. Este joven inglés se había señalado ya en el curso de los diez años precedentes por sus investigaciones precisas en las colinas de escombros del Delta; allí había aprendido entre otras cosas a apreciar en su justo valor detalles aparentemente mínimos como los trozos de cerámica. En 1890, por tanto, abrió varias zanjas en *Tell-el-Hesy*, al E de Gaza (para este nombre y los siguientes cf. el mapa desplegable n.º 1, frente a p. 84). Pronto reconoció cierto número de estratos y pudo incluso asignarles una fecha aproximada situando los objetos encontrados en los períodos que se fijaban entonces según la antigua cronología egipcia. Con esto Petrie sentaba las bases de una renovación de la arqueología en Palestina. Desde entonces, y hasta la primera guerra mundial, sociedades ya existentes o de nueva creación, de diferentes nacionalidades, iniciaron la excavación de otros tells: los de Guezer, Taanak, Megiddo, Samaría, Jericó.

Después de la guerra, durante el mandato británico en Palestina, comenzó un nuevo período. Bajo la competente supervisión del Departamento de Antigüedades, y a menudo en estrecho contacto unas con otras, muchas naciones participaron en excavaciones, facilitadas por la construcción de una red de carreteras. Disturbios internos, seguidos de la guerra de 1939, redujeron estas actividades casi a la nada.

Luego se abre un tercer período, en un país dividido. En Israel la arqueología es muy activa, no sólo por empresas de envergadura como en Hasor (→ 83 *), sino también en otros muchos lugares que revelan a los arqueólogos las obras de construcción o de riego. En Jordania se conceden todas las facilidades a los equipos extranjeros. Durante los últimos años se ha excavado, entre otros sitios, en Dotân (→ 35 *), Siquem (→ 68-69), Tirsa (→ 105 arriba * y p. anterior), Jericó (la antigua y la de Herodes), *Khirbet Qumrân* (→ 142) y, en Transjordania, Dibôn.

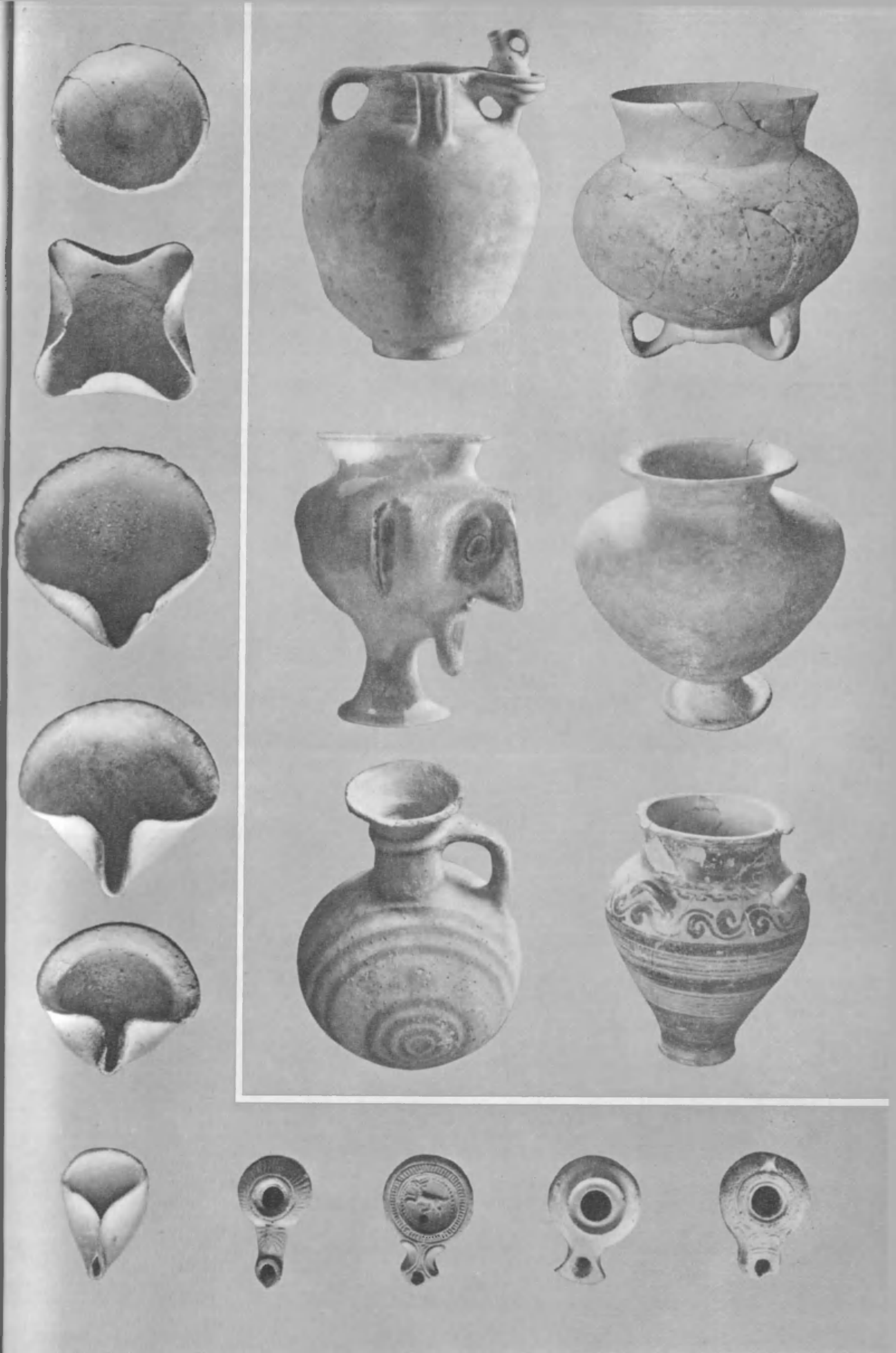
¿Cuál es la mejor manera de proceder? Evidentemente la mejor manera será sacar a luz primero completamente los restos de la ciudad más reciente, luego retirar éstos para estudiar la precedente, etc., hasta que se llegue a la base de la ocupación más antigua. Pero este método sería extraordinariamente costoso. Aunque estas ciudades sean casi siempre muy pequeñas, poner al descubierto semejante superficie exige un gran número de obreros que, bajo la dirección de capataces experimentados, deben preocuparse de los más pequeños detalles; se precisa además todo un estado mayor de geómetras, dibujantes, fotógrafos, que registren con precisión todo lo que aparezca. Porque para sacar a luz el estrato inferior es necesario quitar el precedente, y este testigo de la antigüedad desaparecerá así para siem-

pre. Es preciso, pues, describirlo con exactitud en los informes científicos donde las generaciones siguientes puedan encontrarlo con todo detalle. Pero si la ciudad fue de cierta importancia y ocupó una extensión mayor, la empresa resulta irrealizable: la exploración de Biblos (cf. pp. 31-32), en la que se ha trabajado incansablemente durante cuarenta y una campañas, no está aún terminada; y Yadin, el arqueólogo israelí que dirige las excavaciones de Hasor, estima que para agotar sistemáticamente las riquezas de este tell se necesitarían unos ochocientos años. Por eso en la mayoría de los casos se realiza sólo una excavación parcial.

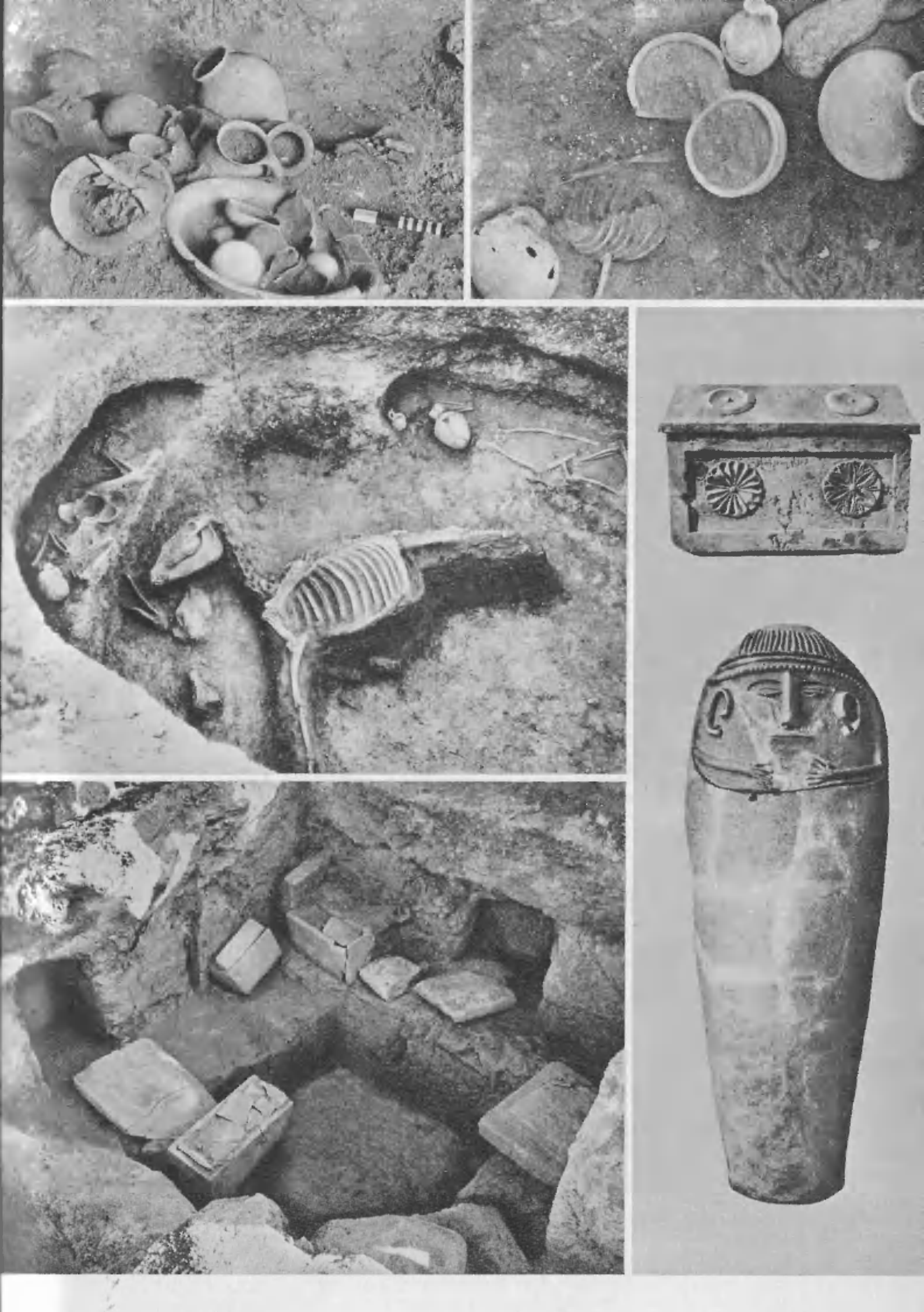
La elección de un tell depende sin duda de su importancia histórica, pero también de otras consideraciones prácticas: ha de ser de acceso fácil, estar provisto de agua, tener cerca una aldea donde contratar obreros, etc.; una vez elegido, se abre primero una trinchera experimental en el borde (cf. foto aérea de Dotân → 35 arriba, tomada en 1953 durante la primera campaña), luego se escoge un punto de donde se esperan obtener datos importantes: una puerta de la ciudad, un palacio, un templo... Cuando se reciben nuevos fondos para la continuación de los trabajos y la publicación científica (a la que obliga todo permiso de excavación), se trabaja en una nueva porción del tell (cf. 83 arriba*). Desde Petrie, pero sobre todo durante el período 1920-1938, la técnica del aislamiento de estratos y de su "lectura" histórica ha evolucionado considerablemente; esto se debió sobre todo a un mejor conocimiento de la cerámica, sus formas distintas y modo de elaboración, peculiar a cada uno de los períodos. En la página siguiente pueden verse (en la izquierda y abajo*) las fotos de una serie de lámparas de aceite que representan dos milenios de historia: desde el 2000 a. C al período grecorromano (las cuatro últimas de abajo).

La excavación de un tell entraña la búsqueda diligente de necrópolis (ciudades-cementerios) donde los antiguos enterraban a sus muertos. En los países vecinos de Palestina las tumbas –al menos las de los grandes personajes– estaban marcadas por una superestructura de piedra, como en Egipto (pirámides, mastabas), en algunas regiones de Fenicia (→ 40 arriba*) y en Petra (→ 138 arriba*). En Palestina frecuentemente se utilizaban las cuevas naturales que abundan en este país montañoso, o se excavaban cámaras funerarias en las rocas calcáreas poco duras. En realidad es difícil encontrar tumbas intactas: con frecuencia han sido saqueadas o limpiadas con el fin de reutilizarlas; pero las intactas proporcionan, por Los objetos enterrados con el muerto, importantes elementos culturales. En este campo hay una enorme variedad ilustrada por las fotos de las pp. 40 (abajo) y 41.

Equipos de estudiosos de múltiples países, constantemente enriquecidos con elementos jóvenes y entusiastas, colaboran en la empresa de hacer el inventario del subsuelo palestinense. Son financiados por diferentes institutos o por su gobierno. Así cada año nos da una imagen más precisa de la vida diaria de los israelitas en los distintos momentos de su historia, y de la de sus predecesores que, desde los tiempos prehistóricos, habitaron en el país. Cada uno aporta así su contribución a la conquista pacífica de un pasado de valor inestimable para toda la humanidad.









DESCIFRAMIENTO Y RECONSTRUCCION

Al descubrir las ruinas que encontramos en Egipto, Mesopotamia y el litoral siro-palestinense no obtendríamos ninguna vista de conjunto de su historia si no estuviéramos en condiciones de leer los textos que aparecen en ellas. Afortunadamente podemos leerlos, gracias a unos espíritus geniales cuya obra se puede comparar con los grandes inventos de los tiempos modernos. Hasta comienzos del siglo XIX no se sabía qué hacer con los misteriosos jeroglíficos egipcios. Eran bien conocidos. Desde los grandes césares Roma se adornaba con multitud de obeliscos, enormes columnas monolíticas de cuatro caras terminadas en pirámide. Traídos del país de los faraones, donde se alzaban en parejas a las puertas de los templos, algunos de estos gloriosos trofeos estaban enteramente cubiertos de jeroglíficos. En 1831, para honrar a Luis-Felipe, Mehemed Ali hizo trasladar un coloso de éstos desde Tebas a París. Como puede leerse en su pedestal, Plaza de la Concordia, el ingeniero que dirigió las operaciones se felicitó por el éxito de su empresa. Ignoraba sin duda que, hacia el 660 a. C., los asirios habían trasportado dos semejantes desde Tebas a Nínive por un camino mucho más largo y difícil.

Un adolescente sintió un día la vocación de resolver el enigma de los jeroglíficos. J.-F. Champollion (1790-1832), que siendo un muchacho escuchaba apasionadamente el relato de la expedición de Napoleón a Egipto, se puso a estudiar chino, árabe, hebreo, siríaco y sobre todo copto, la lengua de los cristianos egipcios, único lazo de unión posible con el pasado. En 1822, tras quince años de trabajo perseverante, encontraba la primera clave; a su muerte, a los cuarenta y dos años, dejaba el manuscrito de una gramática del antiguo egipcio. Después de él, numerosos investigadores fueron revelando los secretos de esta lengua y reconstruyeron, con la ayuda de los innumerables textos encontrados, la historia secular de este pueblo de cultura tan maravillosa. En la página anterior puede verse una cara de la pirámide terminal de un obelisco tebano, hoy roto y caído; medía 29,5 metros y pesaba 325 toneladas. Sin Champollion sólo se podría admirar esta bella composición: sin duda algún dios extiende sus manos, en un gesto de bendición, sobre algún príncipe arrodillado; no se sabría decir más. Ahora podemos leer los signos: (col. de la derecha, arriba) *Palabras dichas por Amón Re, dios del cielo: Yo he dado* (2.ª col.) *la soberanía de los dos países enteros a mi hija* (3.ª col., el nombre dentro del cartucho) *Maat-ka-Re como ella desea. ¡Que ella viva!* Esta Maat-ka-Re, "Justicia es la esencia de Re (el dios sol)", es conocida como la única mujer faraón de alguna importancia, llamada a menudo por su nombre propio Hatshepsut, "Cumbre de las damas nobles"; es célebre especialmente por el espléndido templo funerario que hizo construir contra la pared rocosa que oculta el Valle de los Reyes (→ 23 abajo). Hacia 1480, tras veinte años de reinado, fue destronada por Tutmosis III, su medio hermano y esposo, que eliminó en todas partes sus imágenes y borró a martillazos su nombre. Si por suerte nuestro obelisco escapó a este furor iconoclasta, fue para ser víctima de otro. En la foto se observa que la figura de Amón, con sus dos

grandes plumas, está incrustada más profundamente que la representación masculina de la reina; lo mismo ocurre a los jeroglíficos de su nombre y su título ("dios del cielo") en la columna de la derecha. He aquí la explicación. Hacia 1377, cuando Amenofis IV subió al trono, quiso hacer reconocer el disco solar de Aton como la única divinidad. Su fanatismo le llevó a suprimir en todas partes el nombre del dios principal Amón. Los celosos servidores de Akhnaton ("Agradable a Aton": así se hacía llamar) treparon hasta lo alto del obelisco de Hatshepsut para borrar la imagen, el nombre y el título del dios destituido. El reformador recluso, que había hecho construir una capital enteramente nueva en terreno virgen, justamente entre Tebas y Menfis (junto a la actual *El Amarna*), murió hacia 1358, incomprendido de su pueblo y dejando tras sí un Estado en desorden. Los sacerdotes de Amón iniciaron en seguida la reparación del sacrilegio cometido con su dios y restablecieron su imagen y su nombre donde y como pudieron. Así hicieron en nuestro obelisco, que ha guardado las huellas de la reforma. Este ejemplo basta para mostrar cómo, desde Champollion, estas piedras muertas han comenzado a hablar.

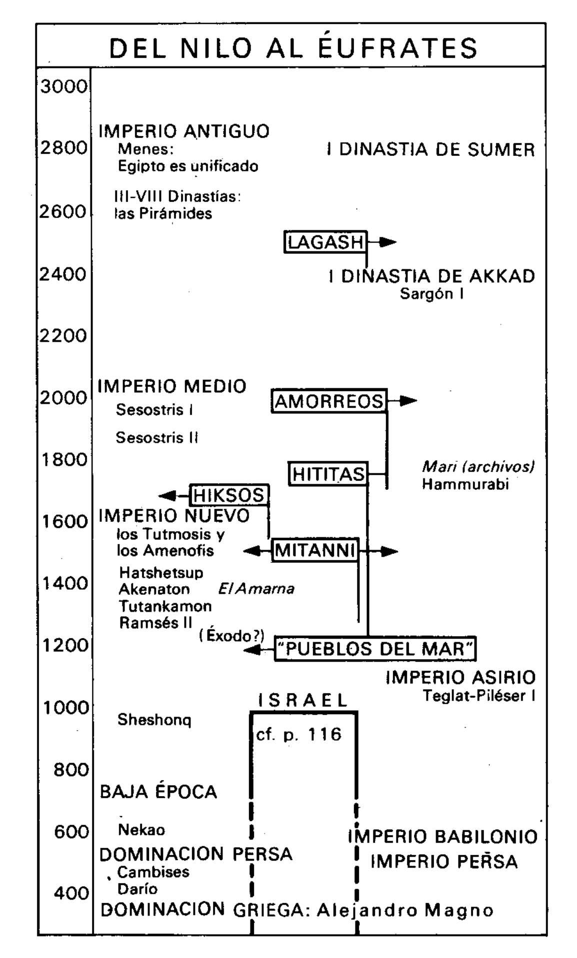
A este coro se unieron también los innumerables papiros conservados por obra de la sequedad del suelo. Porque ya en el alborear de su historia, hacia el año 3000, los egipcios habían concebido la idea genial de fabricar hojas delgadas superponiendo tiras cruzadas de tallos de papiro; en estas hojas escribían signos con un delgado estilete y un líquido indeleble. Estos jeroglíficos, trazados en cursiva, se llaman escritura hierática. A veces añadían dibujos, a menudo en color y tan delicados como una miniatura de la Edad Media, como por ejemplo en colecciones de proverbios que, hacia el siglo XVII a. C., se tenía costumbre de ofrecer a los muertos embalsamados: se les designa comúnmente con el nombre de "Libro de los Muertos". Hemos reproducido una viñeta de él, acompañada del material de los escribas (→ 55 *) donde se puede ver a Osiris, el dios de los muertos, sentado en su trono. Ante él está Maat, diosa de la justicia, luego el dios Thot que vigila a Horus ocupado en la balanza. En uno de los platillos se ve el corazón del muerto, en este caso la mujer ansiosa del extremo derecho, en el otro la justicia concretizada en una miniatura de Maat. Un monstruo infernal está tumbado debajo. Junto a gran cantidad de fórmulas mágicas, en el Libro de los Muertos se encuentran frases como éstas, que debía pronunciar el difunto ante su juez celeste: *Yo no he cometido injusticia, no he saqueado, no he sido codicioso, no he robado, no he matado a nadie, no he reducido la medida...* Y en forma más positiva: *Yo he hecho lo que agrada a los dioses: he dado pan al hambriento, agua al sediento, vestido al que estaba desnudo y paso al que no tenía barco...*

En Mesopotamia no se encuentra el papiro. El sur del país, junto al golfo Pérsico, era en otro tiempo una de las regiones más fértiles del mundo, porque su suelo está formado de ricos aluviones. Ya en el IV milenio los sumerios, que habitaban en el país, habían observado que un signo trazado en una masa de arcilla aplastada resultaba indeleble después de secada al sol; sabían también que los dibujos podían representar ideas, mensajes. Pronto comenzaron a estilizar sus representaciones de todos los objetos posibles; y como las líneas eran más gruesas del lado en que el estilete atacaba la arcilla, tomaron la forma de un clavo o una cuña (en latín *cuneus*): ésta fue la escritura cuneiforme. Pronto, y a ello colaboró la estilización,

los dibujos primitivos se hicieron irreconocibles; por otra parte los signos aumentaron para poder fijar sin equívoco más elementos de la lengua. Hacia el 2250 el país de Sumer cayó bajo el dominio de los acadios, que adoptaron esta escritura para su lengua, totalmente distinta por ser semítica. Crearon signos nuevos, mientras conferían otros sentidos y sonidos a los ya existentes. Este proceso se amplió a lo largo de la turbulenta historia de Mesopotamia, objeto constante de nuevas invasiones; este sistema de escritura fue adoptado también fuera de sus fronteras. En 1926 un estudio sobre la evolución de la escritura cuneiforme arrojaba el espantoso balance de 35.438 signos diferentes. Afortunadamente para nosotros, los elamitas, que habitaban en las montañas al N de Sumer, adoptaron este sistema, pero lo simplificaron reduciéndolo a 113 signos silábicos. Los persas mejoraron la situación creando un sistema de 41 signos.

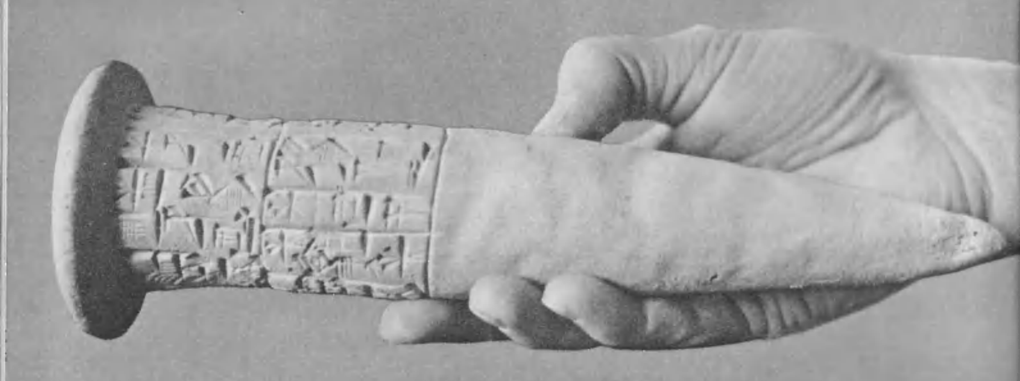
Por eso la apasionante historia del desciframiento comenzó por textos, copiados por viajeros en Persépolis, la "ciudad de los persas", como había de constatarse más tarde. Éstos presentaban un mismo texto en tres lenguas: persa, elamita y babilonio. En 1802 un profesor de instituto, el alemán Grotefend, establecía con penetrante astucia que en la parte aparentemente más simple se citaban los reyes persas Hystapes, Darío y Jerjes: obtenía así el valor de trece letras. Un oficial inglés del ejército de la India, Rawlinson, entusiasmado por este trabajo, hizo esfuerzos sobrehumanos para copiar una enorma inscripción grabada por Darío (522-486) a 120 metros del suelo sobre la pared lisa y vertical de una roca en *Bisutun*. Se trataba de un largo texto trilingüe como los de Persépolis. Se hicieron rápidos progresos en la parte babilonia, donde los signos eran más numerosos y más diversos: la colaboración de muchos estudiosos intervino tanto como los bajorrelieves extraídos de las ciudades asirias excavadas entretanto; sus dibujos aclaraban a menudo el sentido de las inscripciones. En 1848 la Royal Asiatic Society entregó un texto recientemente descubierto a cuatro descifradores, Rawlinson, Talbot, el sacerdote irlandés Hincks y el alemán Oppert, para que lo tradujesen independientemente. Sus resultados concordaban plenamente en lo esencial: la antigua Mesopotamia abría sus misterios. Desde entonces se ha penetrado más y más en las sutilezas del asirio-babilonio en todas las etapas de su evolución; a partir de él se han podido conquistar otros dominios, como la cultura y la lengua sumeria y el mundo totalmente olvidado de los hititas de Asia Menor.

El espacio sólo nos permite reproducir algunas muestras de los innumerables monumentos cuneiformes: el código grabado en piedra de Hammurabi, rey de Babilonia (1728-1686, → 47 *) y algunos textos en arcilla. El desciframiento ha hecho posible la elaboración de una cronología y un cuadro de conjunto de la historia antigua. En este punto el descubrimiento de listas de reyes en varias ciudades de Mesopotamia resultó de importancia capital. En ellas se dan los nombres de toda una serie de príncipes de una ciudad o un estado, con el número de los años de su reinado. Éstos servían de calendario para fechar los acontecimientos principales y los hechos importantes como un eclipse de sol o de luna. La astronomía moderna ha utilizado estos datos para establecer una cronología absoluta. En otros textos relativos a campañas contra los países vecinos o a pactos con ellos los reyes citaban a sus colegas extranjeros por sus nombres. Así jeroglíficos y tablillas cuneiformes han permitido la confección del esquema adjun-



to: a la izquierda Egipto, a la derecha Mesopotamia, en el centro algunas de las múltiples invasiones que alteraron su historia. Un hecho sorprendente se percibe a la primera mirada: Israel como Estado, es decir, bajo David, aparece relativamente tarde en este escenario. El dato posee una extraordinaria importancia. Porque el desciframiento de las lenguas antiguas nos ha revelado también, en muchas expresiones religiosas y sociales, la cultura de los pueblos que precedieron a Israel. Al que conoce las lenguas modernas todo buen librero puede ofrecer traducciones de estos viejos textos a menudo importantes, siempre interesantes para el conocimiento del Antiguo Testamento: documentos históricos, leyendas o consideraciones sobre la creación, mitos y epopeyas heroicas, himnos y plegarias, cantos de amor, proverbios, profecías, oráculos, códigos, etc., todo traducido de las lenguas usadas en Egipto, Mesopotamia, Siria, Palestina y países limítrofes. El primer contacto hará exclamar: "¡Pero estas gentes sienten y hablan como la Biblia!" Luego, al observar que la mayoría de estos textos son pre-israelitas, se rectificará: "¡Cómo Israel es hijo de su ambiente!" No obstante, este pueblo poseía como propio un bien inalienable, a pesar de su estrecha dependencia frente a sus hermanos mayores. Si en nuestros días esto se ve con más claridad que en los siglos pasados, se debe a la luz que ilumina hoy el antiguo Oriente Próximo y al descubrimiento de lo que edificaron, escribieron y pensaron los predecesores o vecinos de Israel.

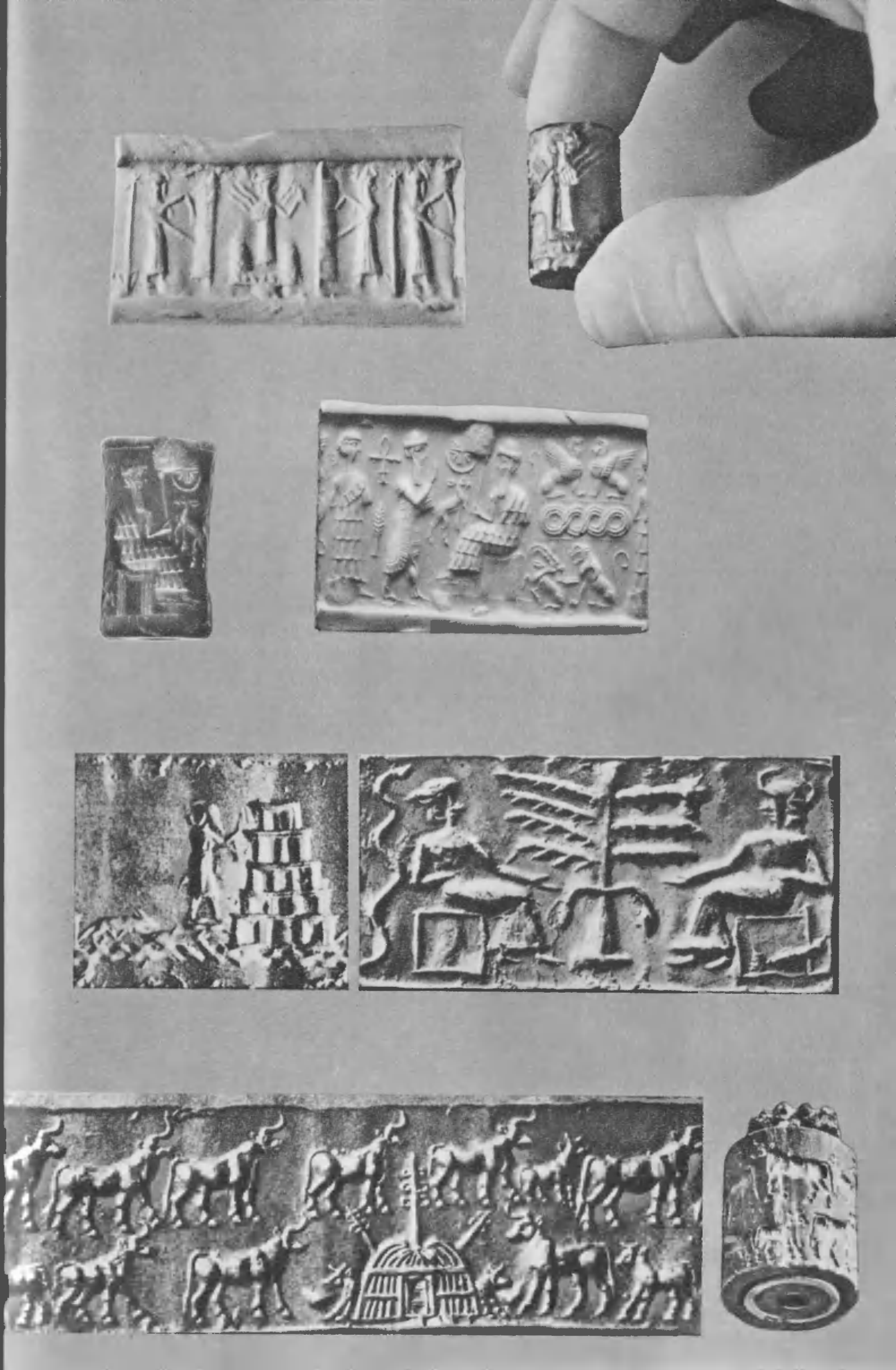


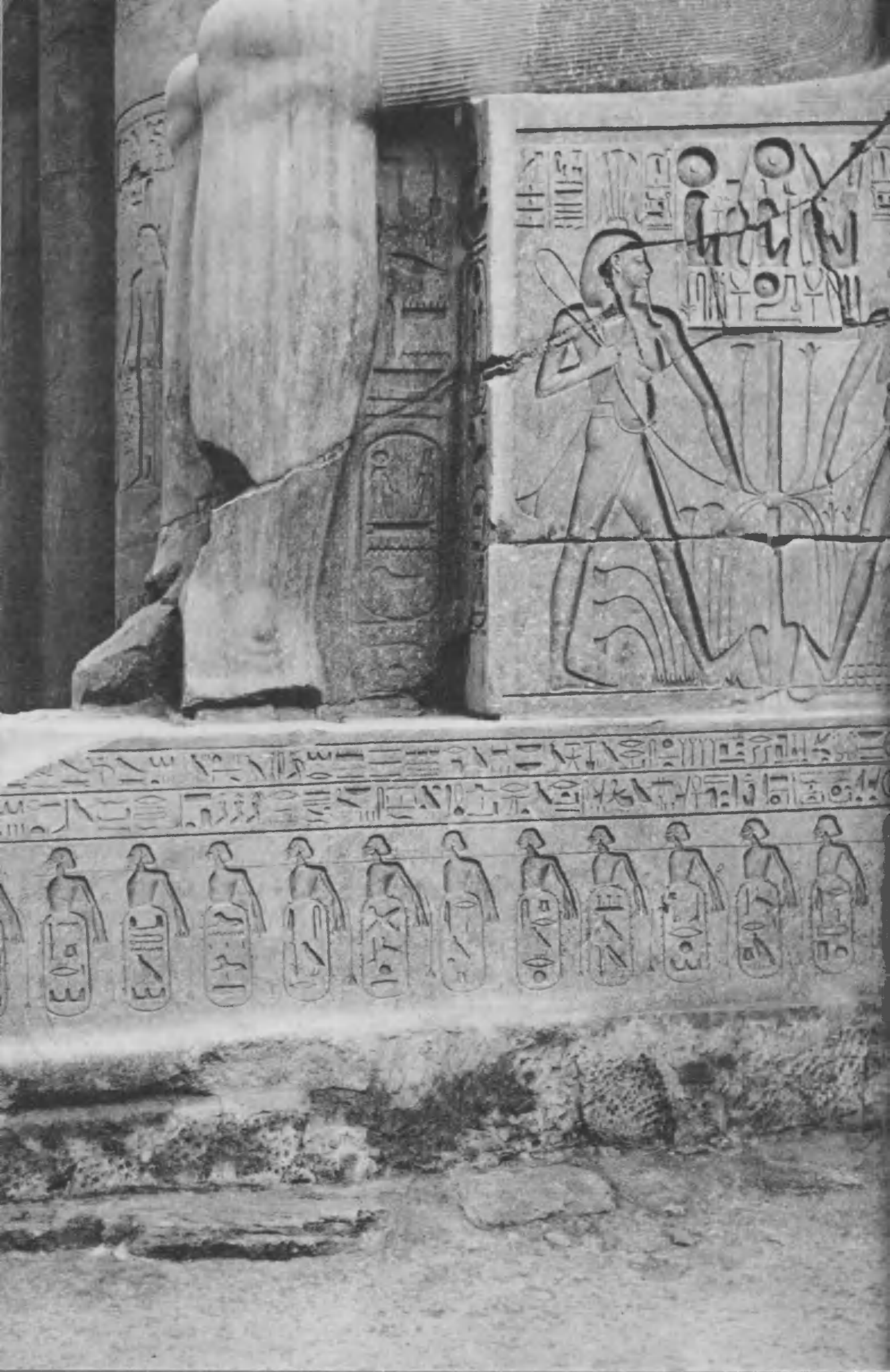












CÓMO IDENTIFICAR UNA CIUDAD

Era una hermosa mañana de marzo, en 1928. Un aldeano sirio trabajaba tranquilamente su pedazo de tierra a la orilla del Mediterráneo, a dos pasos de los acantilados gredosos, a veces abruptos, de una bahía llamada *Minet el Beida*, el "puerto blanco". De pronto su arado primitivo chocó contra una pesada piedra; la retiró con gran esfuerzo y vio que formaba la clave de bóveda de una cavidad mortuoria llena de objetos atrayentes. El buen hombre tuvo entonces un gesto por el que los arqueólogos y biblistas le estarán eternamente agradecidos: resistiendo la tentación de ir a vender a buen precio, en el mercado de antigüedades, vasijas y joyas, comunicó su hallazgo a las autoridades, francesas en aquella época. Cuando los arqueólogos excavaron la tumba y sus alrededores, atrajo su atención un tell, a 800 metros tierra adentro. A causa sin duda de los hinojos que en él crecían en abundancia, los autóctonos lo llamaban *Ras Shamra*, "la colina de los hinojos". Una trinchera experimental fue tan prometedora que se decidió acometer una excavación seria. Ya en la primera campaña, en 1929, la parte superior del tell revelaba su interés, entre otras cosas por un templo y la biblioteca aneja, rica en tablillas de arcilla cubiertas de una escritura cuneiforme hasta entonces desconocida. En Fenicia, mucho más al norte de lo que se había sospechado, había existido una ciudad comercial cuyo puerto se hallaba sin duda en *Minet el Beida*.

Los estudiosos quisieron saber cuál era su nombre. ¿Se habría descubierto Sumur, mencionada en los textos egipcios desde Tutmosis III como una poderosa ciudad costera de Canaán, cuyos habitantes cita la Biblia con el nombre de zeramitas, después de los de la ciudad insular de Arvad (Gn 10, 18)? También durante la primera campaña se encontró una estela (una piedra conmemorativa, cf. → 53 abajo *), dedicada por un funcionario egipcio al dios Seth de Sapuna: éste era un nombre de ciudad muy común, que aparece incluso en la antigua Palestina bajo la forma de Safôn (Jos 13, 27). ¿Sería éste el nombre de la ciudad? No, replicaron otros estudiosos: la correspondencia con los príncipes asiáticos (377 tablillas o fragmentos) contenida en los archivos de Estado de Amenofis III y IV, trasladados por éste último a su nueva capital junto a El Amarna (cf. p. 43), había arrojado ya mucha luz sobre la situación en Canaán hacia 1400-1370; y entonces desempeñó un papel importante una ciudad situada en el extremo norte: Ugarit. Ésta debía de ser la ciudad encontrada en *Ras Shamra*. Estos investigadores no se equivocaban. Con rapidez increíble se descifró la nueva escritura (un alfabeto de veintinueve letras), y los documentos atestiguaban la identidad del lugar con la Ugarit de los archivos.

Problemas de este tipo son pan de cada día para el que quiere profundizar en la geografía bíblica. Por una parte tiene a su disposición los textos: en primer lugar la Biblia, cuyos libros históricos sobre todo citan nombres de lugar, principalmente en los relatos, a veces también en pasajes propiamente geográficos (como Gn 10 y sobre todo Jos 13, 21); luego documentos extrabíblicos: los hay muy viejos, como las listas de ciudades y países sometidos en Asia, listas que, desde Tutmosis III, los faraones hacían grabar

en los muros de los templos y los pedestales de sus estatuas (→ 50*), o los relatos de campañas de los reyes asirios, etc.; los hay también más recientes: escritos grecorromanos, obras de geografía de Eusebio, de san Jerónimo, de autores árabes, medievales o más recientes todavía. Por otra parte se tiene delante el país, bien *de visu*, bien en buenos mapas, según se presenta hoy, con sus ciudades, sus aldeas, sus innumerables ruinas y tells.

El caso de una ciudad que como Jerusalén, Belén, Heshbôn, etc., lleva todavía el mismo nombre que en la Biblia no crea ningún problema de identificación; y lo mismo ocurre cuando el nombre bíblico es todavía reconocible en el de su tell o de sus alrededores inmediatos, habitados o no. Tell *Taanak* ocultará necesariamente la Taanak bíblica, junto a la que ganó una batalla Barak (Jue 5, 19). El enorme *Tell el Hosn* encierra sin duda los restos de la Bet-Shân de la Biblia, pues a sus pies se alzaba, hasta 1949, la pequeña aldea árabe de *Beisân*, versión árabe del antiguo topónimo.

Pero la situación se complica cuando el nombre actual no ofrece ninguna semejanza con el bíblico. Así, por ejemplo, los viejos atlas bíblicos identificaban Lakish con *Tell el Hesy* (cf. p. 37). Pero *Tell ed-Duweir*, el "Tell del pequeño convento", 12 kilómetros más al E, pareció concordar mejor con los datos literarios. Las excavaciones realizadas en él (1933-1937), durante las cuales aparecieron los famosos óstraca (→ 54 arriba*), confirmaron prácticamente la hipótesis. Los nuevos atlas reservan ahora *Tell el Hesy* para la Eglôn del Antiguo Testamento, pero con un gran signo de interrogación. Otro ejemplo: según los textos antiguos la ciudad filistea de Eqrôn debía encontrarse donde la llanura costera se une con la montaña, y aproximadamente a la altura de Jerusalén. Allí, en efecto, a unos 15 kilómetros de la costa, se halla la aldea de *Aqir*, sin duda descendiente de Eqr(ôn). Así muchos atlas situaron allí la ciudad bíblica, aunque con reservas porque ni en la aldea ni en sus contornos han aparecido trozos de cerámica antigua. Recientemente arqueólogos israelíes han hecho muy probable la identificación de Eqrôn con las ruinas, excavadas por ellos, de *el Muqanna*, 7, 5 kilómetros más al sur. Pero muchos habían creído ver aquí los restos de la Elteqe bíblica: ¡será preciso buscarle ahora una nueva localización! Para Gabaôn se pensaba generalmente en la aldea de *El Jib*, 9,5 kilómetros al NO de la vieja Jerusalén (→ 82 medio*). Pero eran muchos los argumentos en contra, tanto sobre la identidad de los nombres como sobre la concordancia con los datos históricos. Durante el verano de 1956, tras muchas negociaciones con el jefe de la aldea, el americano Pritchard inició allí una pequeña excavación. La piqueta de los obreros dio en un pozo enorme, abierto en la roca: medía 11 metros de diámetro, y una escalera descendía a lo largo de la pared (→ 81). Este debía ser el "estanque de Gabaón" (s Sm 2, 13). La tierra que lo llenaba contenía gran abundancia de cerámica, asas de cántaros para vino e incluso embudos; y en veintisiete de estas asas estaba escrito el nombre de Gabaón (→ p. sig., arriba*). Por primera vez, al cabo de sesenta y seis años de excavaciones, unas ruinas de Palestina entregaban su tarjeta de visita.









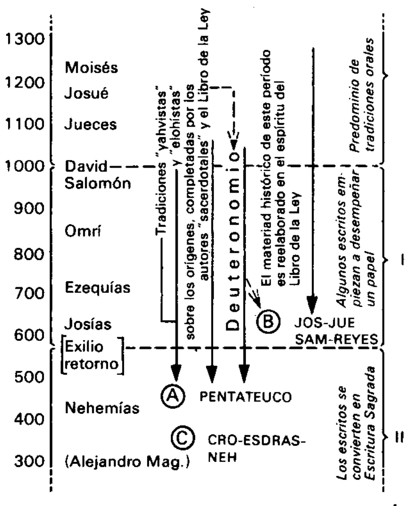



LOS LIBROS HISTÓRICOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Hacia finales de la Edad Media prevalecía aún entre judíos y cristianos la opinión de que los cinco primeros libros de la Biblia se debían íntegramente a la mano de Moisés. Esta formidable obra, la "Ley" o, según la expresión griega, el "Pentateuco" (la obra "en cinco rollos"), estaba indisolublemente ligada al fundador de la religión israelita. Se creía que precisamente por ser tal fundador había fijado por escrito toda la historia santa desde la creación del mundo hasta los acontecimientos memorables, inclusive sobre los que se basaría la fe de Israel en el transcurso de los siglos: la liberación de Egipto, la alianza en el Sinaí y la marcha hacia la Tierra Prometida. Moisés había desempeñado en estos hechos un papel de primer orden y lo que escribió sobre los primeros tiempos podía conocerlo por tradición: ¿no remontaba su genealogía hasta Adán? Se admitía también que el más grande de todos los profetas, puesto al corriente de la marcha de las cosas en la creación (Gn 1), había completado su obra mediante el relato de su propio fin (Dt 34, 1-12).

Con el Renacimiento surgieron dudas sobre la exactitud histórica de esta tradición secular. No que se sospechase entonces de todo lo que era tradicional, sino que se leía el Pentateuco en su texto original, lo mismo que los demás escritos antiguos, porque la difusión de las Biblias hebreas impresas ofrecía la oportunidad. En consecuencia se dio más importancia que en siglos pasados a la calidad literaria. Pronto se descubrieron en la "Ley de Moisés" divergencias de estilo, repeticiones, contradicciones, que socavaban la hipótesis de un autor único. A estos argumentos se añadía a veces el de que en tiempo de Moisés no se había inventado aún la escritura, que a lo sumo era tan primitiva que semejante obra, de aspectos tan diversos y en ciertas ocasiones tan literaria, no había podido escribirse entonces. Contra esta objeción sin fundamento la exposición de las pp. 43-46 nos permite reducir los argumentos a la reproducción (→ p. anterior) de esta delicada estatua: representa a un escriba egipcio mil años más viejo que Moisés y que pudo permitirse esta inmortalización gracias a su carrera, edificada sobre un largo aprendizaje de la escritura y un laborioso estudio de una literatura ya clásica en su época. Si Moisés recibió de la corte de entonces, en el Delta oriental, la educación de un alto funcionario, hacia el 1300 a. C., probablemente podía servirse no sólo de la escritura egipcia, sino también de la cuneiforme utilizada para la correspondencia diplomática con Asia. Técnicamente hablando habría podido perfectamente escribir una obra tan extensa como el Pentateuco.

Pero en realidad este libro no quedó constituido hasta muchos siglos después de él. Se admite generalmente que el texto, según lo leemos en nuestras Biblias, no se fijó hasta el siglo v. En aquellos años sacerdotes cultos –después del Exilio éstos se habían convertido en guías del pueblo– reunieron ciclos narrativos y colecciones de leyes, elaborados en los siglos precedentes, los completaron con el material conservado en sus ambientes e hicieron con todo un conjunto, lo que les pareció mejor para la comunidad de los judíos. Éste es el proceso que quiere resumir, muy sumariamente, el

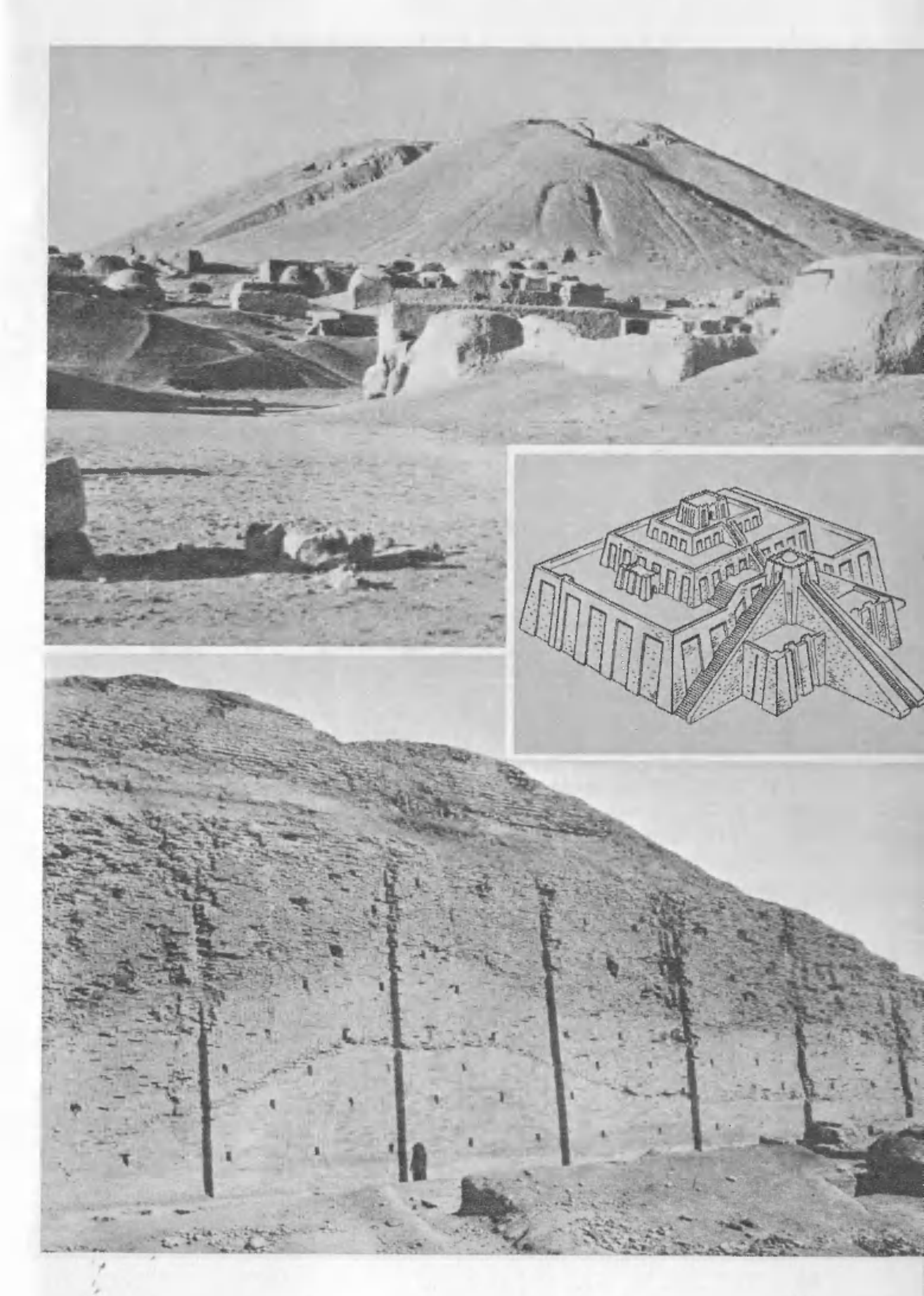


esquema adjunto: tradiciones orales del tiempo de los hebreos (I), reunidas en diferentes colecciones (cf. p. 94) durante el período israelita (II), formaron el Pentateuco actual en la época judía (III). Se observará también el lugar de las otras dos obras históricas. La serie Josué, Jueces, Samuel y Reyes (B), elaborada en el reinado de Josías, fue adaptada durante el Exilio. Un levita del siglo IV compuso las Crónicas al mismo tiempo que Esdras y Nehemías (C). Como para A, los autores de B y C trabajaron con materiales tradicionales de todo origen y naturaleza; también ellos se dejaron llevar, al componer su libro, de las necesidades espirituales de sus contemporáneos y su visión del pasado. De ahí que ninguna de las "relecturas" de A, B o C pueda ser considerada como "historia" sin más. Hoy esta palabra designa una interpretación de los hechos pasados que se apoya en un examen crítico de las fuentes. Por tanto, el que estudia la historia de Israel, antes de utilizar los datos de los tres libros históricos, debe preguntarse por el ambiente en que éstos se formaron, sobre los motivos por los que el autor los incluye en una forma concreta y en un lugar concreto de su obra.

Es ésta una exigencia indispensable. Porque inconscientemente muchos conservan con tenacidad la concepción simplista de un escritor bíblico sentado al acecho y anotando escrupulosamente en su rollo todo lo que ve y oye. Esta crítica necesaria de los textos, que los descubrimientos arqueológicos refuerzan pero no suprimen (como parecen sugerir algunos *best-sellers*), conduce con frecuencia a suposiciones donde se desearía poseer certezas, sobre todo para el período I del esquema. Pero, precisamente por respecto a la Biblia, son preferibles estas hipótesis a afirmaciones falsas.

La publicidad dada en estos últimos años a los descubrimientos del mar Muerto ha podido hacer pensar que actualmente todos estos problemas están resueltos. ¿Qué hay de verdad en ello? ¿Arrojan alguna luz estos manuscritos en este punto? No, porque los jefes de la secta establecida allí (cf. pp. 145-146) veneraban ya las tres obras históricas como Escritura canónica. En la atmósfera santa de su *scriptorium*, sentados ante sus largas mesas, copiaban cuidadosamente las Escrituras Sagradas, mojando sus dedos en pequeñas cavidades llenas de agua cada vez que debían escribir el sacrosanto nombre de Dios (→ p. siguiente*). Sus rollos bíblicos (→ 60*), de un prodigioso interés para estudiar las vicisitudes de un texto inspirado, redactado mucho antes, no sirven para ayudarnos a conocer los antecedentes de su redacción final. Más adelante volveremos sobre este punto.







LOS PATRIARCAS DE ISRAEL

Israel conservó los recuerdos de su origen más que ningún otro pueblo de la Antigüedad. Y en tiempo de los Jueces se tenía la costumbre, en las tribus, de acompañar el ofrecimiento de las primicias a Yahvé con un credo como éste: *Mi padre era un arameo nómada. Descendió a Egipto con un pequeño número y se convirtió allí en un gran pueblo. Los egipcios nos maltrataron y nos impusieron una dura servidumbre. Recurrimos a Yahvé, el dios de nuestros padres. Yahvé escuchó nuestra voz y vio nuestra miseria. Yahvé nos hizo salir de Egipto con mano fuerte. Nos condujo hasta aquí y nos dio este país. Por eso ahora traigo las primicias de los frutos de la tierra que tú, Yahvé, me has dado.* El empleo de los pronombres personales hace ver hasta qué punto los israelitas se sentían una misma cosa con sus padres. Por otra parte, en esta confesión de fe (resumen de Dt 26, 5-10) resuenan ya todos los grandes temas que jalonan el Pentateuco: los Patriarcas nómadas que vienen a ser un pueblo en Egipto, la esclavitud y la liberación, la marcha hacia la Tierra Prometida (sólo falta el tema del Sinaí y la Alianza).

El primer tema está desarrollado en los relatos bien conocidos de Abrahán, Sara, su hijo Isaac (Gn 12-50) y los dos gemelos de éste, Esaú y Jacob; este último, tras las aventuras maravillosas de José, acaba en Egipto con toda su familia. El tema constantemente presente de las promesas de Dios y su acción personal sobre los personajes principales hace que estas narraciones posean una fuerte unidad; el análisis, en cambio, muestra que están extrañamente compuestas de una gama de elementos de todas las épocas que va desde los rasgos populares a las interpretaciones más profundas. Según la mentalidad hebraica, el Patriarca se prolongaba realmente en su tribu; una característica de ésta o un acontecimiento solía tipologizarse en un hecho de la historia de su antepasado, relacionado a menudo con su nombre. ¿Un ejemplo? En un cierto momento las tribus –los "hijos" de Jacob– formaban una unidad; en tiempo de David este "Jacob" sometió a los edomitas de las montañas de Seír. La palabra *edom* significaba "rojo" y *seir* hace pensar en "peludo", mientras que el nombre *Jacob* (originariamente quizá: ¡Qué (Dios) proteja!) evocaba *akeb*, "talón", de donde probablemente se derivó un verbo cuya tercera persona del imperfecto se pronunciaba *jacob*: "ataca al talón, es astuto, engaña". La historia de los dos mellizos, en la que Jacob, que más tarde *engañará* a su hermano y lo someterá (Gn 25, 22-26), nace *agarrado al talón* de Edom, *rojo* y *peludo*, es un modo muy popular de unir acontecimiento históricos del tiempo de David a datos mucho más antiguos: israelitas y edomitas pertenecían al mismo grupo étnico, eran "mellizos". De modo semejante, Israel era consciente de su parentesco con los enemigos hereditarios, Moab y Ammón en Transjordania. Sus nombres, que se parecían a las expresiones hebreas "del padre", "paternal", explican el relato poco edificante de los dos descendientes de Lot, un sobrino de Abrahán (Gn 19, 30-38).

Cuando, a mediados del siglo VIII, el peligro asirio va a amenazar la existencia misma de Israel, el gran Isaías encontrará la expresión de lo que

debe ser la actitud fundamental de un pueblo elegido por Dios: creer y confiar sólo en Él (Is 7, 9; 30, 15). Así se explica que, en los relatos sobre Abrahán, patriarca y prototipo de Israel, se pusiera el acento en su fe *que hizo de él un justo* (Gn 15, 16). Es legítimo pensar que el capítulo sobre la circuncisión (Gn 17) fue redactado en el siglo VI, después que esta práctica secular adquirió, durante el destierro en Babilonia, su plena significación de signo de alianza entre Israel y su Dios.

Estos son sólo algunos ejemplos, pero bastan, creemos, para demostrar que no se puede reducir el prodigioso conjunto de Gn 12-50 a un simple *curriculum vitae* de unos individuos de la antigüedad. Estos capítulos son mucho más ricos. El Israel histórico tenía firme conciencia de continuar siendo el objeto del interés personal que Dios había comenzado a manifestar a los Patriarcas. Por eso en él estos recuerdos perduraban vivos, es decir, se enriquecían constantemente hasta el punto de que se ha hecho imposible descubrir con precisión lo que nos interesa a nosotros los modernos: qué fueron estos antepasados como personas, cuáles eran sus relaciones familiares, qué sucedió a cada uno de ellos. Debemos contentarnos con las grandes líneas.

Pero éstas encajan perfectamente con la imagen que poseemos hoy de la situación del antiguo Oriente a mediados del II milenio. Originaria de Ur, la familia de Abrahán se establece en Harán (→ 61 *). Ahora sabemos que en esa región varias ciudades (cf. mapa 2, frente a p. 84) llevaban nombres que aparecen en la genealogía bíblica de Abrahán: Harán, Nahor, Til-Turahi, Sarugi y Phaliga, que tienen su paralelo en Harán y Najor, "hermanos" de Abrahán, Teraj, Serug y Peleg, sus antepasados (Gn 11, 18-26). Una parte del clan, Abrahán y Lot (el "padre" de Ammón y Moab), descendió hacia el sur, a Canaán, pero sin perder el contacto con la que quedó en Aram Naharaim o Paddan-Aram, como podía llamarse la región de Harán. Llevaban una vida nómada, marchando de un punto de agua a otro con su ganado, ovejas, cabras y asnos (→ 66 arriba). Montaban sus tiendas, puntos negros recortados en el horizonte (→ p. sig. arriba), con preferencia entre las estepas áridas y los cultivos superpoblados. Una de sus rutas descendía por el valle del Yabboq (→ p. sig. abajo: obsérvense las dos tiendas), por Penuel, entraba en el valle del Jordán, pasaba junto a Sukkot (hoy un hermoso tell, → 67 arriba) y se dirigía hacia la llanura, ante Siquem, en el corazón del país (→ 67 abajo, 68-69; descripción p. 25). Siguiendo la cadena central avanzaban hacia el sur por Betel y Hebrón, donde su paso se unió a tradiciones primitivas sobre el mar Muerto y sus pintorescas formaciones rocosas (→ 70 abajo *; Gn 18, 19). Finalmente erraban por el Negueb, que abandonaban en caso de hambre para refugiarse en el Delta fértil. Hacia 1890 a. C. el príncipe egipcio Khnumhotep hizo representar en un muro de su tumba un grupo de semitas nómadas (→ 62 *); con sus vestidos multicolores (recuérdese la túnica de José), el armamento de los hombres –arcos y flechas, lanza y bastón–, la lira de ocho cuerdas, las sandalias, los odres, la carga de los asnos, todo concurre a darnos una imagen fiel de los que fueron los antepasados de Israel.




1
6
5
8
4
3
9
2
7











LIBERADOS DE LA ESCLAVITUD

Entre la enorme cantidad de viejos textos descubiertos en Egipto no hay ninguno en que simplemente se aluda a la estancia de los hijos de Jacob en el Delta. Tampoco aparece una palabra sobre Moisés ni sobre la extraordinaria huida de los hebreos a través del mar de las Cañas. Por otra parte, tanto en estos relatos sobre los Patriarcas como en el libro del Éxodo, la Biblia calla obstinadamente los nombres de los faraones del momento. Así es natural preguntarse por el lugar que ocupa esta epopeya en el conjunto de la historia profana, mejor conocida en nuestros días.

Aproximadamente en la línea que sigue hoy el canal de Suez los faraones del siglo XIX habían edificado una serie de fortalezas destinadas a proteger su país contra las grandes hordas de nómadas hambrientos, atraídos de Canaán por la opulenta fertilidad del Delta. Las puertas sólo se abrían a los mercaderes, como lo atestigua la pintura del príncipe Ibsha y su familia (→ 62*); su título figura encima de su nombre: "Príncipe de un país extranjero". Pero hacia el 1700 se observa que el aparato defensivo se derrumba ante la invasión de grupos humanos muy variados que descienden de Canaán y de más lejos: iban a dominar el N de Egipto durante más de un siglo. Se les llamó con el mismo título que Ibsha, *hq'h's.t*, que el griego deformó en "hiksos". Muchos estudiosos admiten que esta situación encaja perfectamente con la instalación de los hijos de Jacob en el país del Nilo. ¿No se comprende mejor la carrera de José si se la sitúa en la corte de un faraón oriundo también de Canaán?

Hacia 1570, bajo la presión de Tebas, en el S, los hiksos fueron expulsados. Comienza entonces la gran época de los diferentes Amenofis y Tutmosis que extienden sus dominios hacia el norte, hasta el Éufrates. Pero esta potencia se desmorona con Amenofis IV, el reformador religioso recluido que se hacía llamar Akenaton (cf. p. 43). Un general, Horemheb, intentó paliar el desorden latente en Palestina durante el reinado de Tutankamon, el débil yerno de Akenaton; finalmente llegaba a ser faraón (1345-1318). De los preciosos bajorrelieves de su tumba, junto a Menfis –hoy dispersados en los museos–, puede verse un detalle en la página anterior: oficiales egipcios arrastran a dos prisioneros palestinenses en el cortejo triunfal de Horemheb. Otro panel representa un grupo de sirios con este texto explicativo: "No sabiendo cómo seguir viviendo", piden asilo en Egipto, "según la costumbre inmemorial de vuestros padres". La restauración se prosigue después de Horemheb y conoce un nuevo esplendor, en poderío y riqueza, con Ramsés II (1301-1234). A comienzos de su reinado mantuvo guerras encarnizadas contra los hititas que desde Asia Menor se extendían por Siria. En 1280 estableció con ellos un famoso tratado de paz: una versión egipcia del mismo puede leerse en los muros de un templo tebano, y por una casualidad extraordinaria se han encontrado las tablillas de la versión hitita en cuneiforme babilonio.

Se puede suponer que el éxodo de los hebreos conducidos por Moisés tuvo lugar en el reinado de este faraón constructor; numerosos datos facilitados por la arqueología de Palestina nos invitan a ello, p. e., las huellas

de una devastación y de un cambio de ocupación en diferentes lugares en la misma época, hacia 1200 a. C. Por otra parte, la situación en Egipto armoniza bien con los datos bíblicos. Tras la expulsión de los hiksos muchos "asiáticos" habían quedado en el Delta. Se comprende que fuesen despreciados y objeto de sospecha, y que se los utilizase con preferencia para las construcciones de Ramsés. Un fresco bien conocido, pintado hacia 1460 en la tumba de Rachmiré, en Tebas, muestra a un asiático típico entre los fabricantes de ladrillos (→ p. sig.). En tiempos de Ramsés la mayoría estaban sin duda sujetos al trabajo forzado. A estas gentes, que formaban una especie de clase social con los prisioneros de guerra y los esclavos, se les llamaba *apiru*, término que algunos relacionan con *ibri*, hebreos: es sintomático, en efecto, que los relatos bíblicos sobre José y el Éxodo llaman con frecuencia a los israelitas con ese nombre.

Mientras el pueblo gemía bajo la carga del trabajo forzado, en el país de Goshen, Moisés, en el marco majestuoso del Sinaí, tuvo su misteriosa experiencia que le reveló la grandeza y la solicitud del "Dios de los Padres". Por estrechos valles, entre rocas de colorido admirable (→ 76 arriba), se penetra en el corazón de las masas graníticas de la península para desembocar de repente en una llanura dominada por un macizo elevado (→ 76 abajo); algo detrás, en la cumbre de la izquierda, una tradición secular ha reconocido la montaña de Moisés. En esta foto la caravana se encamina hacia un punto del valle (en la sombra, a la izquierda): es el célebre convento de Santa Catalina; éste se ve mejor en la foto siguiente (→ 77), tomada desde el ángulo opuesto de modo que la llanura queda ahora en el fondo. ¿Condujo Moisés directamente a este grandioso escenario a su grupo de hebreos, "multitud numerosa y compleja" (Ex 12, 38; Nm 11, 4) a la que había hecho atravesar milagrosamente un brazo del mar Rojo? ¿O se ha de seguir la opinión de los que se inclinan por un éxodo por la ruta del norte, asignando a la maravillosa travesía un punto de la costa, al E de Pelusa (cf. mapa p. 129), donde se había conocido también desde siempre una montaña de Dios? Para decidir con certeza no se pueden tomar como base sólida los topónimos bíblicos: mar de las Cañas, Pi-Ha-hirot, Migdol, Baal-Safón, etc., demasiado vagos o comunes (Migdol, p. e., significa simplemente "torre de guardia"). Sólo es cierto el primer término del viaje, la región de fuentes en torno a Cadés, al sur de Palestina (cf. mapa 6, frente a p. 100).

En realidad, con Moisés y su obra ocurre lo mismo que con una montaña que se perfila en la bruma. Sólo se adivinan los contornos, pero basta para saber que está allí, en una impresionante majestad. Toda la historia ulterior de Israel está construida sobre los hechos del Éxodo y la Alianza. La fe ha conservado el núcleo, mientras que viviéndolos, quizá sobre todo celebrándolos sin cesar en la liturgia, se los desarrolló y embelleció. Hoy se presentan al historiador cubiertos de un velo de niebla, y éste dista mucho de conocer la marcha de los acontecimientos con la precisión de los productores de Hollywood. Pero a la vez es más consciente de su inmensa repercusión sobre la fe y la historia de Israel.







EL ESTABLECIMIENTO EN CANAÁN

Tras un año de permanencia en Cadés, en el extremo meridional de Palestina, Moisés condujo a sus hebreos en dirección NE a las llanuras transjordanas de Moab, frente a Jericó. Tampoco en este punto es posible hacer un todo coherente con los elementos tradicionales conservados en el libro de los *Números* sobre la ruta seguida. Sin duda Moisés atravesó la depresión llamada en la Biblia "torrente de Arnón" (→ p. anterior, arriba) que corta las altiplanicies de Transjordania. El *Dt* localiza también su adiós y su muerte en la cumbre del monte Nebo (→ p. anterior abajo, visto desde el N). Desde la cumbre, en efecto, ocupada por las ruinas de una iglesia y un convento del siglo VI, al otro lado del espacioso valle del Jordán 1100 metros más bajo, la mirada puede abarcar toda la cadena central de Palestina, desde Hebrón a Galilea incluido el Carmelo. Hacia el sur podrá contemplar un gran trozo del mar Muerto, mientras en dirección opuesta descubrirá, en tiempo claro, el mar de Galilea y detrás el Hermón nevado, distante del Nebo 180 kilómetros. Éste es el país que, durante largos años, Moisés había tenido presente en el espíritu como la meta final de su obra: desde esta cumbre lo veía a sus pies en toda su extensión. Pero le era negada la dicha de introducir en él a su pueblo: esta tarea estaba reservada a Josué.

El plan del libro bíblico que lleva su nombre es extraordinariamente simple y su geografía (al menos en lo que se refiere a las batallas) es fácil de seguir en el mapa (cf. mapa 3, frente a p. 85). Cumpliendo una orden divina (c. 1) Josué envía espías al otro lado del Jordán (2); pasa el río con sus tribus renovando el prodigio del mar de las Cañas (3-4), hace circuncidar al pueblo y celebra la Pascua (5); se apodera de Jericó (6); luego, dando un rodeo impuesto por el relieve (→82 arriba), penetra en la cadena central hacia Ai (7-8). Perdona a Gabaón (→ 82 medio, cf. 81) y a las ciudades aliadas con ella (9), pero somete a varios reyes, entre ellos el de Lakish (→ 82 abajo), y domina todo el sur del país (10). Tras la batalla en las aguas de Merom y la destrucción de Hasor, importante ciudad real (→ 83), se apodera del norte (11), quedando así dueño de toda Palestina (12). El conjunto conquistado, incluida Transjordania, es dividido entre las doce tribus (13-22). Finalmente, tras las últimas recomendaciones a todos, Josué muere y es enterrado (23-24).

Evidentemente aquí se han simplificado acontecimientos mucho más complejos. Pero la simplificación se comprende. El libro de Josué fue escrito en tiempo del rey Josías (640-609), sin duda como primer cuadro de un conjunto histórico más vasto (cf. p. 58), antes de ser retocado durante el exilio. Este conjunto sería considerado como una especie de epopeya nacional, sin olvidar que en Israel lo nacional y lo religioso se confunden. Para él, en efecto, el hecho de habitar en Palestina era un artículo esencial de su *credo* (cf. p. 63). Yahvé no era un Dios cualquiera. Era el que había prometido a los padres la tierra de Canaán; el que, fiel a su palabra, había liberado de Egipto a sus descendientes para hacer de ellos su pueblo, que habitaría en su país. Teniendo esto en cuenta se puede sospechar la violencia de la crisis provocada por los asirios cuando aniquilaron, el 721, el

reino de las diez tribus, así como la resurrección de las aspiraciones religiosas y nacionales cuando Asiria cae rápidamente después del 650. El rey Josías emprende entonces la reconquista de Samaría y Galilea. Y es durante estos años cuando Jeremías pronunció lo esencial de los oráculos que forman los capítulos 30 y 31 de su libro: Yahvé va a reintegrar en sus tierras a las tribus desterradas, trayéndolas del Norte. Va a restaurar la unidad perdida en torno al monte Sion y bajo el cetro de un descendiente de David. Pronto un Israel nuevo habitará tranquilamente todo el país de Yahvé.

Todo lo que, en las tradiciones, se refería a su instalación, Israel lo reunió entonces en una gran epopeya, aunque menos por amor al pasado que por el deseo de expresar una fe renaciente: al mismo tiempo sería un guía y un estímulo para la renovación nacional. Como prólogo se le puso una presentación, simplificada pero elocuente, de la entrada en la Tierra Prometida: "Llamado y confortado en poder por nuestro Dios, Josué entró en este país a la cabeza de las doce tribus y lo sometió enteramente, luego asignó a cada una su dominio. Así Dios ha cumplido todas sus promesas, ni una ha dejado de realizarse (Jos 21, 45). Dios se ha mostrado fiel. También vosotros, que habitáis ahora en el país, debéis ser fieles a sus mandamientos, si no os arrebatará esta tierra buena (Jos 23)."

Sobre esta trama impresionante los redactores de la epopeya tejieron otras tradiciones, jóvenes y viejas, preocupándose poco de un acuerdo mutuo fundado en la historia. Así algunas ciudades asignadas a Judá (según Jos 15) en realidad no existían aún en aquel tiempo; pero para hacer más elocuente el dato escueto "Judá recibió tal territorio" se utilizaron listas administrativas del tiempo de los reyes de Judá. Los autores incorporaron también algunos trozos antiguos por los que se ve que durante mucho tiempo varias tribus no estuvieron en condiciones de ocupar ciertas ciudades cananeas (p. e. Jos 17, 11-13; cf. Jue 1, 27-35). Les era indiferente que estas tradiciones contradijeran su presentación de Josué conquistándolas todas personalmente. Como se ve, el mismo texto bíblico suscita la cuestión del desarrollo exacto de los acontecimientos en torno a la instalación en Canaán. La respuesta de los estudiosos no es (todavía) unánime. Al no mencionarse ningún combate en Palestina central, y constituyendo sin duda la renovación de la alianza en Siquem, en el corazón del país, un dato muy antiguo (Jos 24), muchos deducen que los recién llegados encontraron allí tribus emparentadas. ¿Habían llegado de Egipto en fecha anterior? ¿No habían emigrado allí? En ambos casos la presentación de las doce tribus franqueando en masa el Jordán debe ser una consecuencia de la simplificación –y esto vale también para los capítulos del Pentateuco consagrados a la marcha por el desierto. Por otra parte, ciertos indicios sugieren que la tribu de Judá comprendía grupos entrados en Canaán por el sur. Esto refuerza más la impresión de una inmigración muy compleja. En el capítulo siguiente veremos que la arqueología ha complicado el problema de los acontecimientos reales en lugar de aclararlo; y esto basta para invitarnos a la circunspección ante el *slogan:* las excavaciones demuestran que la Biblia es verdad.







DE JOSUÉ A SAÚL

Según ciertos arqueólogos la presentación bíblica de una invasión masiva y devastadora de los israelitas en Canaán parece confirmarse en los vestigios de una destrucción simultánea, poco antes de 1200, de Betel, Lakish y *Tell Beit Mirsim* (probablemente Debir). A esto se añade el testimonio de los excavadores israelíes que, desde 1955, trabajan en grande y en serio en Hasor, al N (→ 83 *). En Jericó y Ai, por el contrario, los resultados son negativos. El primero de estos tells, excavado anualmente desde 1952 por Miss Kenyon con un método de lo más minucioso, revela en sus estratos más bajos vestigios de ocupación que se remontan al VIII milenio a. C., ganando así el título de la ciudad más antigua del mundo que hoy se conoce. Pero de la Jericó del siglo XIII no se ha descubierto hasta hoy ninguna huella palpable. En cuanto a Ai, cuya destrucción se narra en Jos 8, se la localiza desde hace mucho en un impresionante montón de ruinas a 2,5 kilómetros al SE de Betel; la población la llamaba "el Tell", en perfecta correspondencia con el significado del término hebreo Ai, "el montón de ruinas". En las excavaciones de 1933-34 se comprobó que el lugar había estado habitado hacia 3300, luego fue destruido hasta los cimientos hacia 2400; y en este estado quedó hasta que los israelitas se instalaron allí hacia 1000 a. C. En tiempo de Josué, por tanto, Ai no era más que lo que dice su nombre, un montón de ruinas. ¿Cómo armonizar esto con los relatos bíblicos? Entre las múltiples soluciones puede elegirse una de estas cuatro: 1) el relato de Jos 8 se formó mucho más tarde, para justificar la presencia de un tell tan enorme; 2) el núcleo es histórico, porque los habitantes de Betel, a poca distancia, se habían refugiado en las ruinas ante la invasión israelita; 3) primitivamente el relato hablaba de la destrucción de Betel, pero cuando ésta pasó a ser una ciudad israelita floreciente la historia se refirió al tell de Ai; y 4) la localización de Ai ha de buscarse en otro sitio, no en *et-Tell*.

Por lo que se refiere, pues, a las circunstancias precisas de la ocupación de Canaán estamos reducidos a conjeturas. Escogeremos el término medio entre una "guerra relámpago" bajo el caudillaje de Josué, seguida de una ocupación general, y una penetración lenta y pacífica. Lo cierto es que los dos siglos siguientes adquirieron color, en la memoria de Israel, de tiempos heroicos. Josué había sido un héroe; Moisés le había cambiado el nombre primitivo, Hoseas (cf. Nm 13, 16), por otro explícitamente yahvista: "Yahvé es salvación" u "otorga la salvación"; los judíos de Alejandría lo pronunciaban Jesús. Fue seguido por otros guías del pueblo, heroicos también, que traían la "salvación": aniquilaban al enemigo, liberaban de los opresores, restauraban la paz y el bienestar. Los redactores de la epopeya nacional, en tiempo de Josías (cf. p. 79), reunieron en el actual libro de los Jueces tradiciones sobre estos personajes. Para ayudar a sus contemporáneos que habían vivido la opresión asiria reprodujeron esta gesta de gran colorido, pero no sin explicar las causas profundas: era Yahvé su Dios quien, ante la infidelidad del pueblo, se había visto obligado a entregarlos a los opresores. Si, en su miseria, se volvían a Él, les enviaba un "portador

de salvación", un "redentor" en la persona de un Juez. Pero junto a esta preocupación didáctica (cf. prólogo de Jue 2, 6-3, 4 y, p. e., 10, 6-16) los redactores muestran respeto por su material. El historiador moderno puede encontrar allí datos seguros sobre la vida de las tribus en aquel tiempo.

Éstas formaban una especie de confederación sacra, análoga probablemente a lo que vemos en Grecia: cada tribu, que habitaba en torno a un santuario, tenía a su cargo el culto durante un mes. De ahí la agrupación en doce tribus, tanto en Israel como entre sus vecinos (cf. los doce "hijos" de Nahor y de Ismael, Gn 22, 20-24 y 25, 13-16). Después de Guilgal, la función de santuario central pasó a Silo: allí se guardaba el Arca de la Alianza y se acudía en peregrinación.

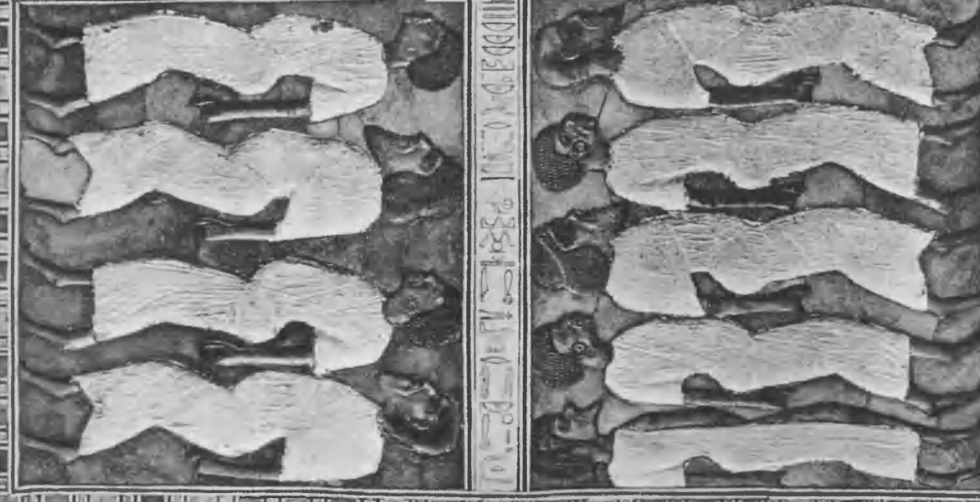
En el mapa 3 (frente a p. 85) se han indicado esquemáticamente las acciones guerreras de los Jueces contra los opresores extranjeros: en el N, junto al tabor (→ 89 *) que les sirvió de punto de concentración, Débora y Barak contra los príncipes cananeos. Jue 5, que nos ofrece una relación poética de la batalla compuesta sin duda a raíz de la victoria (hacia 1125 a. C.) y transmitida luego fielmente, es un documento de valor sobre la fe común y las relaciones entre las tribus. Hacia el E se señalan los combates de Gedeón contra los nómadas que, montados en camellos, hacían incursiones y devastaban el territorio de Israel; los del Jefté contra los ammonitas y de Ehud contra los invasores de Moab. Pero los que obstaculizaron la expansión ulterior de las tribus israelitas fueron los filisteos. Éstos formaban parte de la gran migración que, hacia 1200, había agitado todo el Mediterráneo oriental. Rechazados de Egipto con dificultad por Ramsés III (1197-1165), se habían establecido en la costa meridional. Tras decenios de guerrillas contra sus vecinos más próximos, los israelitas (y éste es el contexto de relatos populares como los de Sansón), estos no semitas incircuncisos penetraron más en la cadena central. Superiores por la técnica del hierro, importada de su país de origen (Kaftor, se decía en Israel: quizá Creta y sus satélites culturales), ejercían un verdadero terror entre los israelitas. En más de un aspecto el libro de los Jueces ofrece una imagen más exacta de la realidad que el de Josué: el país está por conquistar, cada tribu actúa por sí misma, la unidad nacional no está realizada. Pero no se olvide el objetivo primero de este escrito –al que los judíos llamaban profético–: los ataques enemigos vienen sólo de la infidelidad del pueblo; sólo su conversión moverá a Dios a elegir un libertador.

Las secuencias narrativas incluidas en 1 Sm (cf. p. 79) muestran hasta qué punto fue crítica la situación cuando los filisteos se apoderaron del Arca de la Alianza, símbolo de la unidad nacional, y ocuparon gran parte del territorio. Incluso Silo, el centro de peregrinación general, fue devastado. Algunas fotos ayudarán a la imaginación del lector de 1 Sm: un retrato fiel de un filisteo seguido de un semita de Canaán (→ p. sig.), una vista del paso entre Mikmas y Gueba, escenario de la hazaña de Jonatán (→ 88 *), y por fin una vista de los montes de Guelboé (→ 89 abajo *) para ilustrar el último capítulo. Allí conoció Israel un desastre desolador antes de ver morir a su primer rey.









JERUSALÉN, CIUDAD DE DAVID Y DE DIOS

El rey Saúl había muerto trágicamente en los montes de Guelboé. En Hebrón fue ungido y entronizado como rey de la tribu de Judá, David, que hasta entonces había sido vasallo de los filisteos en Siqlag, pero al mismo tiempo fiel defensor de las gentes de los alrededores. Así recogía los frutos de una política de sagacidad y paciencia que proseguiría durante años con respecto a los supervivientes del reino de Saúl. Finalmente llegaron embajadores de las tribus del Norte a Hebrón a pedirle que reinara también sobre ellos. David accedió a esta petición: fue consagrado rey de todo Israel hacia el año 1000, inaugurando un nuevo capítulo en la historia del pueblo de Dios. Él fue quien transformó la federación sacra en un reino de importancia, enriqueciendo además la vida religiosa de Israel con expresiones y perspectivas nuevas. Según la mentalidad de entonces, el rey de un pueblo era una figura sagrada, un representante terrestre del dios nacional, tan íntimamente ligado a él que se le podía llamar un "hijo" de la divinidad. Tal era la concepción dominante en Egipto, y parece que la monarquía de David recibió influencias de este lado. Según una antigua tradición, en la que cada día confían más los estudiosos, es al mismo David a quien un poeta de su corte dirigía estas palabras del Salmo 110: *Oráculo de Yahvé a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos un escabel para tus pies.* En un texto quizá también antiguo el mismo rey afirma que Dios le ha dicho: *Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado* (Sal 2, 7). Semejante declaración, dirigida a un hombre, a un hijo de aldeanos de Belén, era algo inaudito en Israel. En Egipto, en cambio, era corriente. El obelisco de Hatshepsut ilustrará este último texto (p. 43), mientras que las dos partes del verso precedente quedan aclaradas por una estatua de Tutmosis III, sentado a la derecha del dios Amón, y por el trono de Tutankamon cuyo escabel reproduce los nueve enemigos tradicionales del país (→ p. anterior *). Estos ejemplos, seleccionados entre un abundante material, hacen preguntarse cómo estas influencias egipcias pudieron intervenir en la titulatura e incluso en el ceremonial de la joven corte davídica. Los datos históricos conservados por la Biblia sobre David y su obra son insuficientes para elaborar una respuesta segura, a pesar de su riqueza y valor excepcionales, debido a la personalidad extraordinariamente fascinante del joven rey. Ya en vida suya circulaban relatos sobre él, en especial sobre su juventud y su actividad en tiempo de Saúl. Cierto número de ellos fue recogido en 1-2 Samuel, sin que los compiladores se preocuparan de la coherencia lógica de los acontecimientos contados. Hacia el final de su vida la figura de David seguía siendo tan cautivadora que inspiró a un sabio escriba de su corte una especie de biografía. Esta auténtica obra maestra, incluida casi sin cambios en el libro de historia nacional (2 Sm 9-20 y 1 Re 1-2), sobrepasa por su estilo sobrio y ardiente, pero más aún por su sentido de lo humano, todo lo que el mundo de entonces y de mucho después pudo escribir sobre grandes personajes. El autor redactó su obra durante el reinado de Salomón. Su propósito manifiesto era asegurar la dinastía de David, mostrando cómo, tras muchas peripecias y fracasos, Salomón había venido

a suceder a tan gran príncipe. No es necesario probar que esta cuestión era de capital importancia, política y religiosamente: basta recordar las promesas del Dios de Israel a David y a su "casa", transmitidas por medio de Natán el profeta y recordadas por distintos salmos de uso litúrgico (2 Sm 7; cf. Sal 89, 132, etc.). Una consecuencia de este objetivo limitado es que este relato grandioso, como ocurría con las tradiciones populares, no nos aclara con precisión lo que desearíamos saber: la extensión y consolidación de su poder, la administración y la economía de su reino, las influencias extranjeras en la corte, etc. El historiador moderno sólo puede dar de esto una imagen incompleta, montada sobre notaciones aisladas (p. e. sobre las conquistas de David, en 2 Sm 8) e indicaciones esparcidas en la Biblia, sobre materiales extrabíblicos (objetos, representaciones y textos) y sobre no pocas hipótesis.

En este breve resumen sólo queremos señalar un hecho importante del reinado de David. Cuando reunió bajo su cetro las tribus del Norte, entre éstas y Judá subsistía un enclave: la ciudad de Jerusalén y su territorio. Alarmados por el rápido crecimiento del poderío de su antiguo vasallo, los filisteos acudieron con un gran ejército con el fin de capturarlo cuando hacía su primer viaje al Norte. Pero David los derrotó junto a Baal-Perasim, un poco al NO de Jerusalén, en forma tan decisiva que ya no volvieron a representar una amenaza seria para Israel: tres siglos después Isaías recordaba el hecho como una obra del poder de Dios (Is 28, 21). El enclave estaba liquidado. Sólo quedaba la fortaleza de Jerusalén, pequeña pero sólida, levantada sobre un espolón rocoso. A sus pies corría la fuente de Guijón. En caso de asedio los habitantes podían cerrar el acceso a la fuente por el valle, gracias a un ingenioso sistema, y utilizar otro a través de un túnel abierto en la roca (cf. dibujo → 107 abajo *). Este sistema era conocido en otras ciudades de Canaán, como Megiddo, Guézer y Gabadón (→ 106 arriba y abajo, izq.); más tarde el rey Ezequías perfeccionará el de la capital (→ 106 abajo, derecha *). Un gesto temerario de Joab decidió la situación. Si nuestra interpretación del texto es correcta, subió por el túnel–formado en parte por un pozo vertical– hasta el orificio de entrada y sorprendió a los defensores. Dueño de Jerusalén, llamada también Sion, David hizo de ella su capital. La ciudad conquistada por David, antes barrera entre Judá y las otras tribus y llamada ahora con su nombre (cf. 2 Sm 12, 28), iba a convertirse en el centro del nuevo estado de las doce tribus. El rey hizo traer a ella en seguida el Arca de la Alianza, que había quedado casi olvidada en Qiryat-Yearim durante los años agitados que precedieron. Así la "ciudad de David" asumió el papel de Silo, que durante un siglo y medio había sido el centro de la federación de las tribus. Difícilmente se puede subestimar el significado, en la historia mundial, de estas primeras medidas de David. Piénsese en la densidad de ideas que entonces quedaron unidas para siempre: el Dios de Israel venía a habitar en la ciudad de su Ungido: tal era el título de David, *Mesiah* en hebreo, *Christos* en griego. Reinando desde lo alto de la Ciudad de Dios, la tarea de este "Cristo" consistía en hacer triunfar la equidad y realizar la justicia apaciguando conflictos, primero en su reino, pero también en el exterior. Las promesas transmitidas por Natán se referían también a los sucesores descendientes de David y contenían de hecho el germen de la esperanza de Israel en un reino pacífico, "mesiánico", para toda la humanidad, como lo expresan tantos salmos y profecías.

De esta espera el centro es invariablemente Sion, ciudad de David y de Dios.

En el glorioso reinado del hijo de David, Salomón (hacia 970-930), Jerusalén experimentó un magnífico ensanche hacia el N. Allí, dominando la ciudad, mejor expuesta a los vientos para aventar (cf. → 121 abajo), se encontraba la era de Arauna; David la había comprado a este jebuseo para levantar en ella un altar. Con arquitectos, artesanos y materiales de Fenicia (entre otros, cedros del Líbano), Salomón edificó allí un templo a Yahvé en el que instaló el Arca de la Alianza. Seguramente agrandó la explanada, en torno a la era, mediante una terraza artificial. Jamás sabremos sus dimensiones ni el emplazamiento exacto del magnífico palacio que edificó entre el templo y la ciudad, porque Herodes agrandó más la terraza, que ha venido a ser la enorme plataforma en que se alza hoy la mezquita de Omar sobre la roca santa; por ser el segundo lugar santo del Islam después de la Meca, es imposible realizar excavaciones en ella. Hacia el N, mirando desde el torrente Cedrón, se ve alzarse esta terraza, emplazamiento aproximado del templo y el palacio real (→ 96 arriba). Ésta se destaca también en las tres fotos aéreas de Jerusalén, que ofrecemos juntas para permitir una buena vista de conjunto del relieve del suelo, un esquema de su desarrollo histórico y el emplazamiento de los principales santos lugares (utilícese el mapa desplegable 4, frente a p. 85).

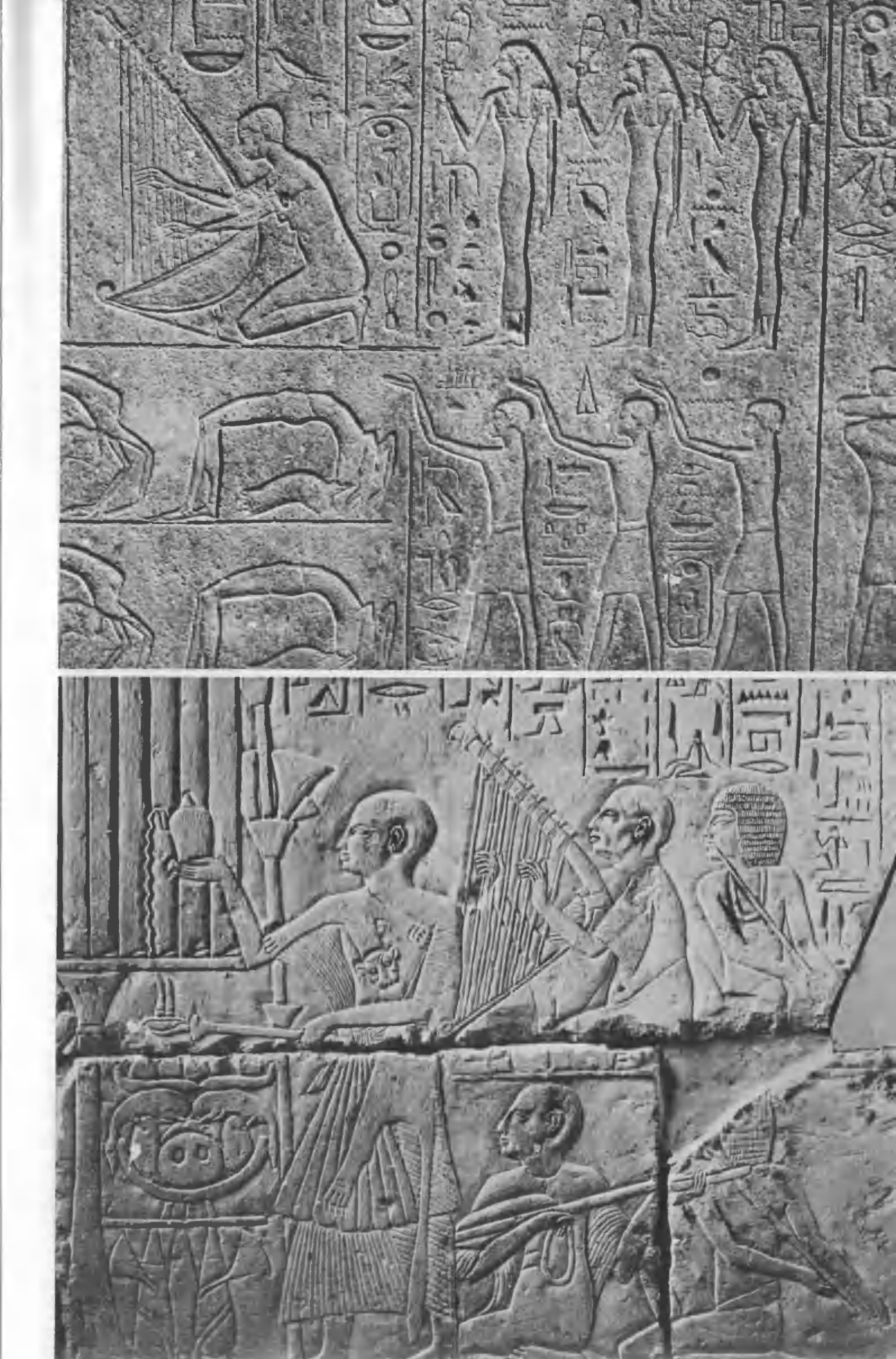
Afortunadamente el mobiliario y la descripción, difícil de entender, del templo de Salomón (1 Re 6-7) son aclarados por los hallazgos arqueológicos. Sobre un plano sencillo, del que Hasor ha dado recientemente un excelente paralelo (→ 103 *), se pueden efectuar reconstrucciones bastante fieles (→ 102 arriba *), mientras las excavaciones nos ofrecen ejemplos concretos de los objetos cultuales descritos: basas sobre ruedas, altar (→ 98 abajo *) e incluso motivos decorativos (→ 101 *). Fuera de Jerusalén se han encontrado restos de obras salomónicas en Megiddo, cuya puerta (véase la reconstrucción propuesta, con sus construcciones anteriores, → 102 abajo *) es muy semejante a la de Hasor (→ 83 abajo, a izq. del primer plano). Aunque cedió algunos territorios conquistados por su padre, Salomón aumentó sus riquezas mediante un tráfico marítimo mundial. Su flota mercante, construida y equipada por fenicios, utilizando el puerto próximo de Ezion Guéber, en el golfo de Eilat, navegaba hasta el lejano Ofir, el país del oro. Las excavaciones de Ezion Guéber completan el relato de la Biblia que presenta ya como legendario el esplendor de Salomón: en ellas han aparecido restos de una gran industria del metal.

En el transcurso de unas décadas, el pueblo de campesinos que era Israel debió de asimilar un torrente de novedades. Muchas eran de origen extranjero, sobre todo egipcias, importadas quizá a través de Canaán. Jerusalén era una vieja ciudad fuerte, que había estado bajo la soberanía de los faraones (como Megiddo, → 104 *) y poseía venerables tradiciones religiosas de las que la Biblia ha conservado la del Melquisedec, rey y sacerdote del Altísimo (Gn 14, 18-24). La Biblia no dice que David matara a los jebuseos y a su rey; al contrario, trató a Arauna con gran respeto. Es posible que tomase elementos cultuales de estas tradiciones (más tarde se le consideraría como el gran organizador del culto), así como de otras relacionadas con su función de rey del pueblo de Dios. En todo caso es cierto que egipcios, o funcionarios formados en Egipto, contribuyeron a la organiza-

ción del joven reino. Salomón incluso tomó como esposa a una hija del faraón. Así, bajorrelieves egipcios permiten hacerse una idea de múltiples peculiaridades de su corte, como la música y la danza. Se admirará en particular la figura de ese arpista ciego (→ p. sig. abajo *, personaje del medio) que entona el canto fúnebre de Patenemheb en un muro de su tumba. Quizá su canto es la inscripción grabada encima de él: "Nadie viene de allá abajo para decirnos lo que se necesita y para tranquilizarnos antes de que nos llegue el turno de ir adonde ellos han ido. Realiza tus sueños mientras vives, derrama mirra sobre tu cabeza y vístete de lino fino. Completa el bien que posees y no te abandones al desaliento. Vive tu vida de hombre y no tortures tu corazón antes de que llegue el día de las lágrimas... Las lamentaciones no salvan a nadie de la tumba." En este texto encontramos una sabiduría que no es extraña a la Biblia; al leerlo se pensará inmediatamente en ese curioso librito del Eclesiastés que el autor anónimo puso bajo el patronato de Salomón.

Pero toda esta renovación debía provocar reacciones violentas por parte de este pueblo tan apegado a sus tradiciones. En particular Salomón emprendió una nueva división del territorio en distritos (cf. 1 Re 4, 7-20 y mapa 5), rompiendo conscientemente con la antigua federación de tribus. No obstante, la reforma dio sus frutos. El rey brillaba en el ejercicio de la "sabiduría", que no se ha de concebir sólo como un conocimiento enciclopédico, metódico, de todo el saber, sino también como una formulación concisa de todas las actitudes humanas, especialmente el arte de vivir del perfecto "gentleman". Este arte, tan indispensable para realizar una carrera brillante, era cultivado desde hacía años en Egipto. El núcleo de las más viejas colecciones de proverbios en la Biblia (Prov. 10-22 y 25-29) nace probablemente en el ambiente de los funcionarios reales. Esta literatura callaba siempre las palabras Israel, alianza, predestinación, santidad, etc., pero en el reinado de Salomón y el siglo siguiente nació una obra capaz de expresar con solemnidad las más profundas convicciones de la fe de Israel: en un estilo comparable al de la historia de la corte de David, ya mencionada, pero más explícitamente religioso, uno o varios autores compusieron lo que se llama la historia yahvista. Quizá para salvar las antiguas tradiciones de la confederación en vías de disolución, se reunió en un relato todo el pasado de Israel, al menos desde Abrahán hasta la muerte de Moisés.

A esta historia se añadió como prólogo una introducción profunda sobre los comienzos de la humanidad, la creación de *adam*, es decir, del hombre, en el paraíso. Los relatos de la caída, del fratricidio, del diluvio y de la torre de Babel mostraban la rápida progresión del mal y, como consecuencia, el fraccionamiento total de una humanidad que Yahvé había querido una sociedad feliz. Pero sobre este horizonte sombrío se destaca luminosa la vocación de Abrahán, y por tanto de Israel: con ella Yahvé reharía la unidad rota y colmaría a los hombres con sus bendiciones. Se estaba ya en los albores de una creación nueva y más hermosa.







JUDÁ E ISRAEL

El reino conoció disensiones internas. Se habían manifestado ya ocasionalmente en tiempo de David, y la política interna de Salomón las fomentó. Inmediatamente después de su muerte, hacia el 930, culminaban en un cisma. Volvió a oírse en el Norte el viejo estribillo: *¿Qué parte tenemos nosotros con David? No tenemos herencia con el hijo de Jesé. ¡A tus tiendas, Israel!* (1 Re 12, 16; cf. 2 Sm 20, 1). Concentrados en Siquem, el antiguo lugar de reunión, los rebeldes eligieron rey a cierto Jeroboán. Agitador por temperamento, este efraimita había sido nombrado por Salomón jefe de las gentes de trabajo de la "casa de José", es decir, no sólo de Efraím y Manasés, sino de todas las tribus del Norte; luego, sus inclinaciones rebeldes le habían obligado a refugiarse en Egipto huyendo de la policía real. Según 1 Re, sus inclinaciones fueron apoyadas por Ajías, un profeta de Silo, el antiguo centro religioso de la federación, situado también en Efraím. Designado por un profeta y llamado por el pueblo, como Saúl y David, Jeroboán comenzó su reinado en Siquem.

Una secesión política naturalmente debía ser sancionada por otra religiosa. Jeroboán consagró dos santuarios de su reino al culto oficial de Yahvé, uno en Dan, en el extremo N, y otro en Betel, 15 kilómetros al N de Jerusalén: el lugar, según la tradición, había sido fundado por Jacob, el Patriarca llamado también Israel. En ambos santuarios Jeroboán instaló la efigie de un toro, cubierta de oro. Desde muy atrás este animal era un símbolo popular de la divinidad, dispensadora de la vida y la fecundidad. Recientemente también se ha encontrado una imagen de éstas en el santuario pre-israelita de Hasor (→ p. anterior, arriba). Con esto Jeroboán pretendía hacer más atrayente el culto de Yahvé. Quizá él consideraba estas imágenes sólo como trono del Dios invisible. En el mundo cananeo circundante han aparecido diferentes representaciones de una divinidad de pie sobre el animal sagrado que le sirve de atributo (→ 53 abajo, a izq. *). A veces también su imagen está sustituida por un símbolo, un astro por ejemplo, colocado encima del animal. Pero semejante distinción no era asequible al pueblo común de Israel, que veneraba al toro mismo como a Yahvé, igual que los paganos hacían con sus baales: se adivinan las consecuencias para su modo de vivir y pensar. Dos siglos después, Isaías, tan apegado a Sion, la morada del Santo de Israel, como a la casa de David, calificaba este cisma –"cuando Efraím se apartó de Judá"– como la más terrible calamidad que había sufrido el pueblo de Dios (Is 7, 17). Para Isaías y sus discípulos la sanción divina contra Jeroboán se manifestó claramente en 721, cuando Asiria borró del mapa a todo el reino del Norte. Durante la campaña de Senaquerib contra Judá en 701 sólo se libró Jerusalén por una disposición milagrosa. Así los mismo hechos afirmaban que Yahvé no quería ser adorado fuera de Jerusalén, ni siquiera en los antiguos y venerables santuarios de la provincia que rodeaba la capital. El rey Ezequías tomó algunas medidas en este sentido, pero fue sobre todo Josías quien desplegó toda su energía para realizar la voluntad manifiesta de Yahvé, expresada sin ambigüedad en el Deuteronomio. Los redactores de los libros de los

Reyes (4.ª parte del gran conjunto histórico: cf. p. 58) se orientaban por las mismas convicciones. Obtenían sus informaciones básicas sobre la historia de los dos reinos en los anales oficiales de los reyes o en extractos de los mismos. Allí encontraban las fechas del esquema para encuadrar cada reinado: *El año tantos de N., rey de Judá (o de Israel), N. comenzó a reinar en Israel (o en Judá), y reinó tantos años en...* Según su apreciación, todos los reyes de Israel eran reprochables porque *continuaban el camino trazado por Jeroboán que había hecho pecar a Israel,* es decir, porque no habían puesto término al cisma. De ahí la enseñanza en forma de relato, un tanto complicado a nuestro gusto, que ofrece 1 Re 13 (cf. también 14) y las consideraciones de 2 Re 17: por no haber cumplido incondicionalmente la orden de Dios, la catástrofe se abatió sobre Israel, y se abatiría también sobre Judá. Todos los príncipes del Sur eran del Linaje de David, y la casa de Yahvé era su Templo nacional. Sin embargo sólo ocho son juzgados favorablemente, seis de ellos con el reproche de que en su reinado *no desaparecieron los lugares altos.* Sólo Ezequías y Josías reciben una alabanza sin restricción.

La elección del material destinado a llenar los esquemas debía también mucho a las concepciones de los autores. Lo que les parecía importante para sus contemporáneos y las generaciones futuras eran las historias relativas al culto, en las que el templo desempeñaba un papel o intervenían los profetas. Si sabemos algo de la invasión de Sisac (el primer faraón citado por su nombre en la Biblia), es porque Roboán le pagó el rescate con los tesoros del templo. Conocemos un poco más al rey Ajab por ser el adversario de Elías en el magnífico ciclo de relatos relativos al profeta. La Biblia, en cambio, no nos dice que Ajab tomó parte con 10.000 hombres y 2.000 carros en la batalla de Qarqar (cf. p. 105). Para acontecimientos de esta clase, políticos o militares, el lector podía acudir a los anales de los reyes de Israel y Judá. Por desgracia éstos se han perdido. Tenemos, en cambio, un importante lote de anales de reyes asirios que relatan sus campañas contra los pequeños estados costeros. Por ellos conocemos la batalla de Qarqar. Nos revelan también la grandeza de Omrí, padre de Ajab, del que los libros de los Reyes sólo nos dicen, en una corta noticia, que abandonó Tirsa como capital (→ 105 arriba) y se instaló en Samaría (→ 105 abajo). El lector debía saber esto para entender lo que seguía.

Justo bajo la superficie del tell, los excavadores de Tirsa descubrieron los cimientos de grandes construcciones no acabadas (→ 36 abajo), mientras los de Samaría encontraban elocuentes testimonios de riqueza en el palacio real (→ 101 *). Lo que puede leerse ahora en los tratados modernos de historia bíblica (para la que podrán servir el mapa de la p. sig. y el esquema de la p. 116) se basa, por tanto, en gran parte en datos extra-bíblicos y en la arqueología: afortunadamente éstos completan los hechos unilaterales, por haber sido seleccionados desde un punto de vista religioso concreto, que la Biblia nos ha conservado.

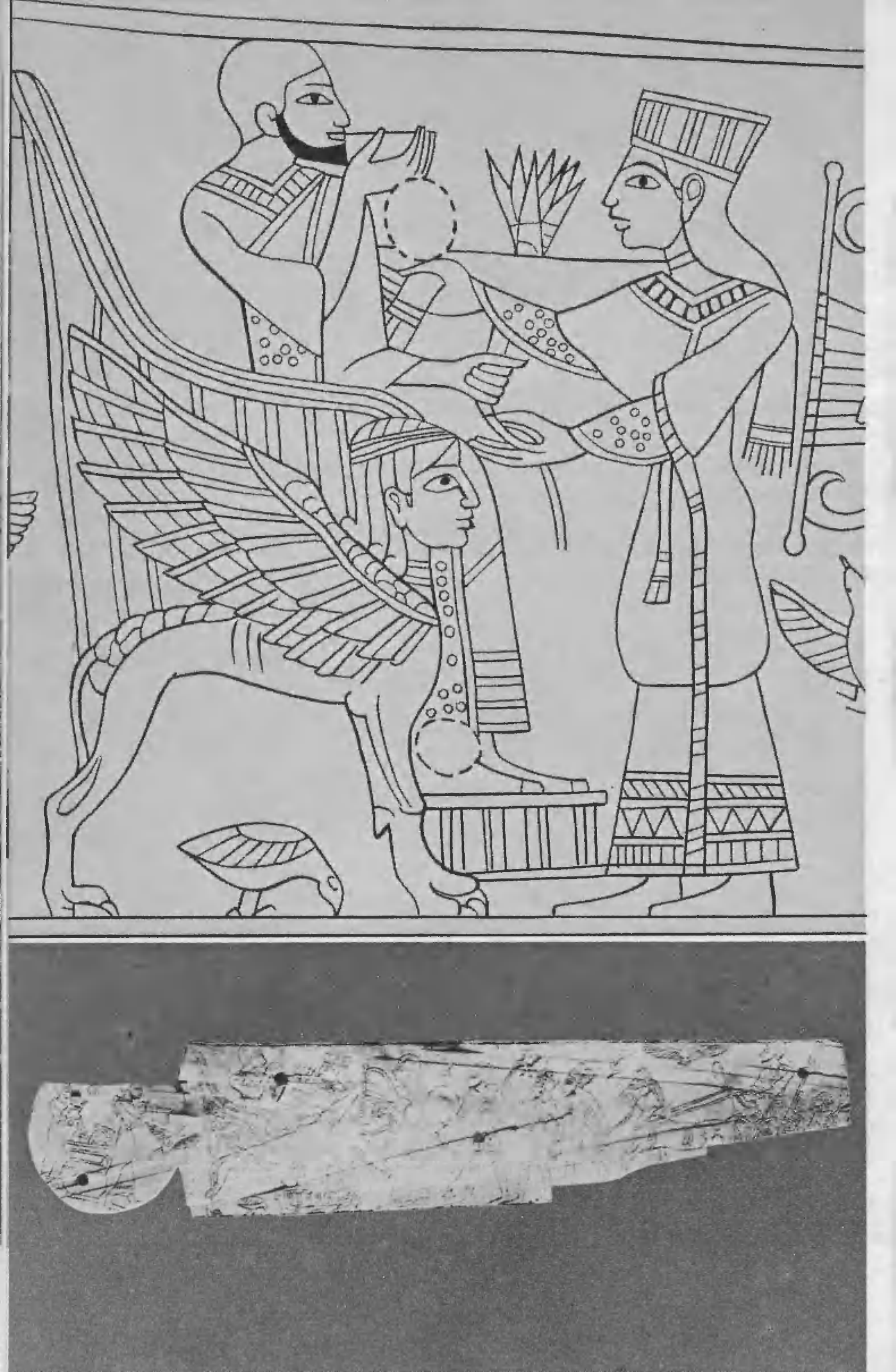




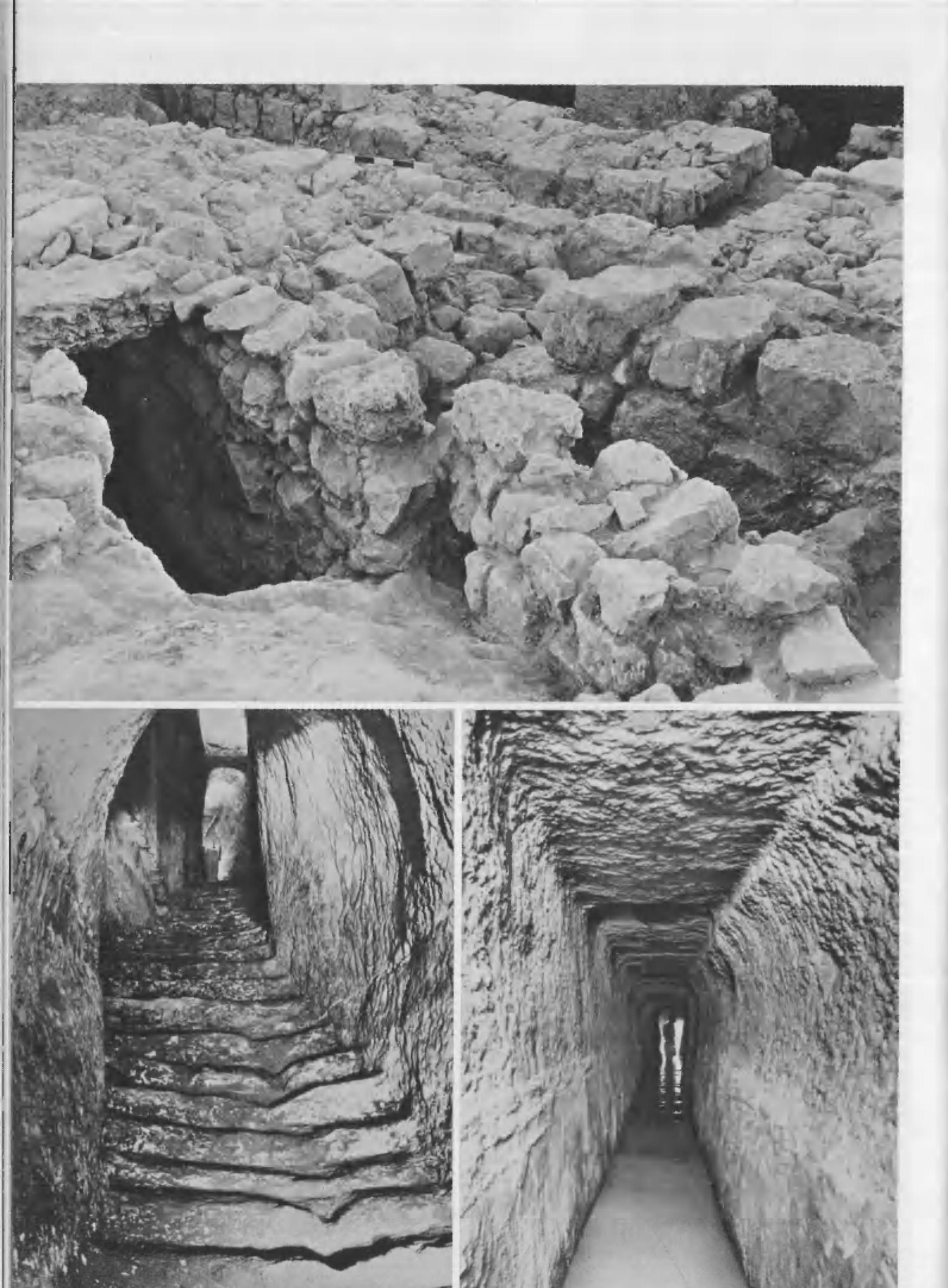


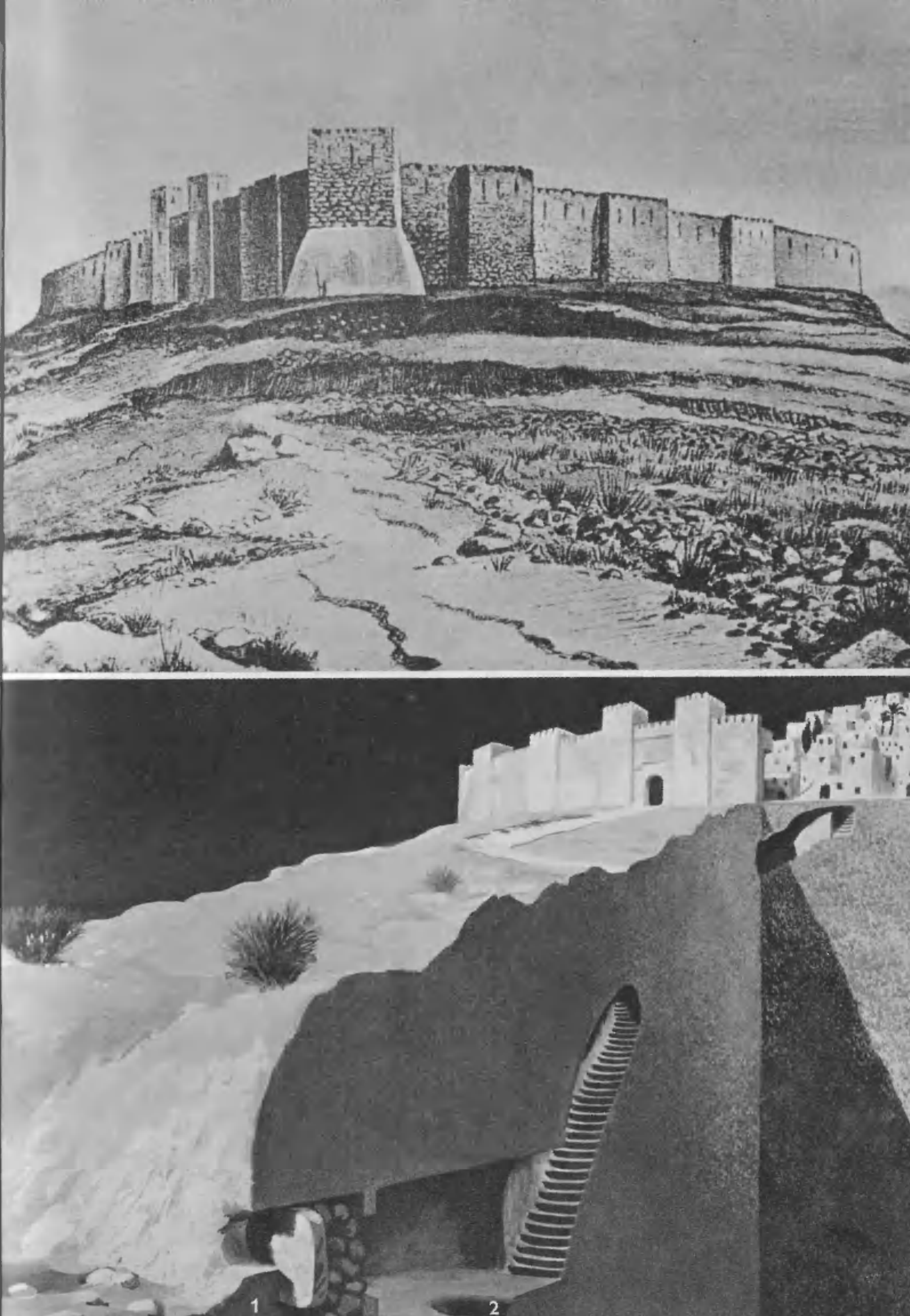











1
2



BAJO EL PODER DE ASIRIA

Vistos desde lejos, desde el punto de vista de la política mundial, Israel y Judá forman parte, durante los dos siglos que siguen al cisma, del grupo de Estados situados entre el Éufrates y el torrente de Egipto, y en guerra continua unos con otros. Al Este, Edom, Moab y Ammón, en otro tiempo posesiones de David, pero independientes de nuevo a raíz del cisma; al Norte, Damasco, que estuvo también bajo el cetro de David, y más arriba Hamat. Al Oeste, las ciudades filisteas; en la misma costa, más al N, Tiro, que domina la costa hasta el Carmelo; luego Sidón, etc. Muchos episodios de estas disputas nos son desconocidos. Las informaciones más explícitas de la Biblia se refieren a las guerras entre Israel y Damasco, y esto es porque sirven de telón de fondo a los relatos sobre Elías y Eliseo. El primero reaccionó sobre todo contra el paganismo que penetraba en Samaría. Tirsa, la capital que Omrí había abandonado el año sexto de su reinado, estaba situada al comienzo de un valle que abría hacia el SE un camino excelente hacia la Transjordania del Sur (→ 105 arriba). Durante su reinado estos territorios se perdieron, reconquistados por Mesa, rey de Moab, que conmemora el acontecimiento en su famosa estela. Quien domine el hebreo bíblico puede leer este único documento de la literatura moabita (una prueba más del estrecho parentesco entre Israel y Moab: cf. p. 63). Mesa cuenta en ella sus conquistas a Israel al N del Arnón. Para ser más fuerte contra Damasco, Omrí escoge una nueva capital, bien comunicada con la rica Tiro, y casa a su hijo Ajab con una princesa de esta ciudad. De ahí la penetración profunda del paganismo que suscitó la reacción de Elías. Ajab prosiguió la lucha contra Damasco, que se preocupaba sobre todo de los intereses comerciales y de la posesión de la Transjordania del N, Galaad y su ciudad fuerte, Ramot.

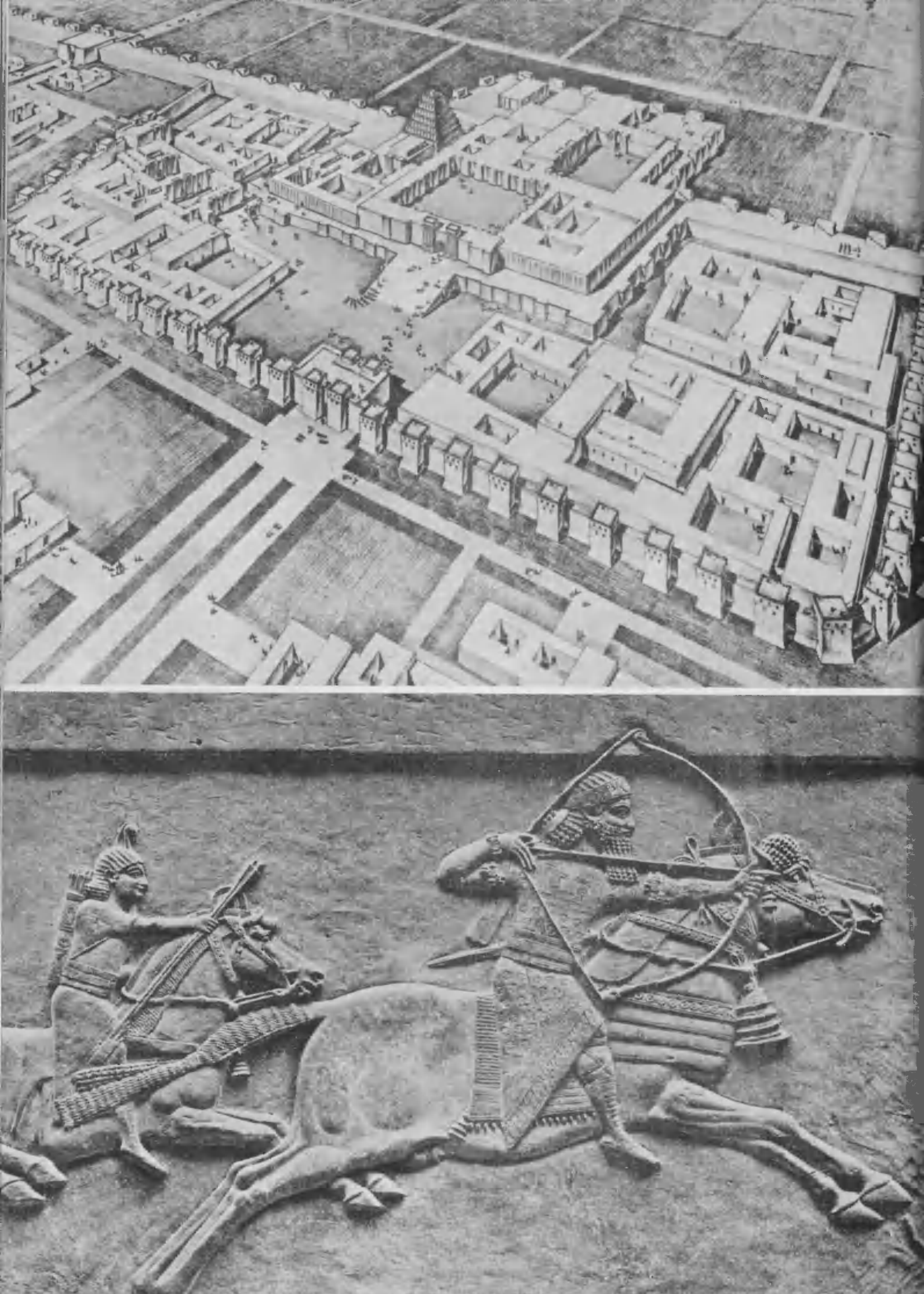
Según sabemos por fuentes asirias, la hostilidad se apaciguó por un momento, hacia 853. Desde tiempo atrás se sabía en Israel que el espíritu de conquista de los asirios, tan debilitados en los dos siglos anteriores, soplaba de nuevo con fuerza. Se había oído hablar también de los espantosos métodos de Asurnasirpal (883-859), cuando aniquiló los pequeños reinos arameos en Mesopotamia. Su hijo, Salmanasar III (858-824), en nombre también del dios Asur, que deseaba dominar en el mundo entero, había extendido con nuevas conquistas el dominio admirablemente organizado de su padre. Había penetrado también en la rica Cilicia. En 853 dirigió sus ejércitos hacia el Sur. Junto a Qarqar, a orillas del Orontes, se enfrentó con una coalición de doce reyes, cuyos nombres y fuerzas menciona: ¡Ajab aparece en la lista fraternalmente asociado con Hadaeser de Damasco! Pero pronto se les ve entablar de nuevo la guerra, ellos y sus sucesores, sobre todo cuando la amenaza asiria parece disiparse. Jehú, del que sabemos tantas cosas por los relatos sobre el profeta Eliseo que le apoyaba, debió pagar tributo a Salmanasar en 841: hecho que el rey asirio inmortalizó en su obelisco negro, de dos metros de alto, hoy en el British Museum. Un detalle (→ 108) muestra al rey de Israel, con su gorro en punta, prosternado a los pies del asirio; éste se dispone a hacer una libación; sus dioses están repre-

sentados por un sol alado y una estrella, símbolos de Asur e Ishtar. Damasco sufre la misma suerte. Pero poco después, cuando la presión asiria cede, se lanza con mayor fuerza contra Israel, que se encuentra debilitado por la ruptura de sus relaciones con Tiro, a razón de la predicación de los profetas. A esta desigualdad de fuerzas pone fin Adadnirari III (809-782) asestando un duro golpe contra Damasco. Después de él Asiria entra en un período de turbulencias internas; Israel y Judá se rehacen, y los reinados contemporáneos de Jeroboán II (783-743) y Ozías-Azarías (781-740) son de gran esplendor. En tiempo de estos dos reyes se cree asistir a un resurgimiento del gran imperio salomónico. Cada uno recupera los territorios que había perdido, y Palestina se extiende de nuevo desde Hamat hasta Eilat. Si el intento de unión no se hace realidad, al menos parece prometer un porvenir más pacífico.

Pero antes de que estos reyes *fuesen a dormir con sus padres*, el coloso del Norte, al que se creía aletargado, se levanta. En 745 Teglat-piléser sube al trono: sería el príncipe más grande de la historia asiria. Entre sus obras figura una nueva sistematización del principio de deportación: la población de una ciudad conquistada, en la medida en que sobrevivía, era trasplantada a otro rincón del inmenso imperio y sustituida por colonos traídos de otra parte. Con esto quería quebrantar el nacionalismo de los pueblos sometidos y preparar un reino universal en que todos se sintiesen como en casa, donde en todas partes se reconocería como soberano a un representante de este pequeño pueblo orgulloso, el asirio. En 738 este rey emprende una serie de campañas contra el Oeste. En 734 aplica su política de deportación a gran parte de Israel. Su sucesor, Salmanasar V, inicia el asedio de Samaría, conquistada en 721 por Sargón II; la ciudad conoció también el método: el reino de las diez tribus desaparecía definitivamente de la historia. Ante el ataque de Senaquerib (705-681) Jerusalén escapa en el último instante a la destrucción. La existencia de Judá es todavía tolerada. ¿Por cuánto tiempo?

La foto de la p. siguiente, un relieve mural de Nínive, ilustra el método en cuestión. Mientras se lleva a cabo la demolición metódica de la muralla exterior, las llamas salen ya de las torres interiores y las puertas. Los últimos soldados, cargados de botín, salen seguidos de uno de sus camaradas que empuja ante sí a dos habitantes que habían permanecido en la ciudad; abajo, una vista del campamento donde aparecen incluso cantineras. En la p. 112 puede verse la reconstrucción de una parte de la nueva capital de Sargón, junto a *Khorsabad;* debajo, el rey Asurbanipal de caza: es una muestra típica de la habilidad de los asirios en el arte del relieve, sobre todo en la representación de animales. Para derribar las murallas se empleaban arietes cubiertos, sobre ruedas, antepasados de nuestros tanques (→ 113, arriba); en el fondo se ve varios habitantes empalados, mientras otros, en los muros, imploran clemencia. En el centro, un oficial (en túnica larga) dispara un arco, protegido por un soldado que sujeta un escudo más alto que él; detrás de ellos, el mismo grupo. Finalmente (→ 113 abajo), varios deportados seguidos de un soldado asirio.



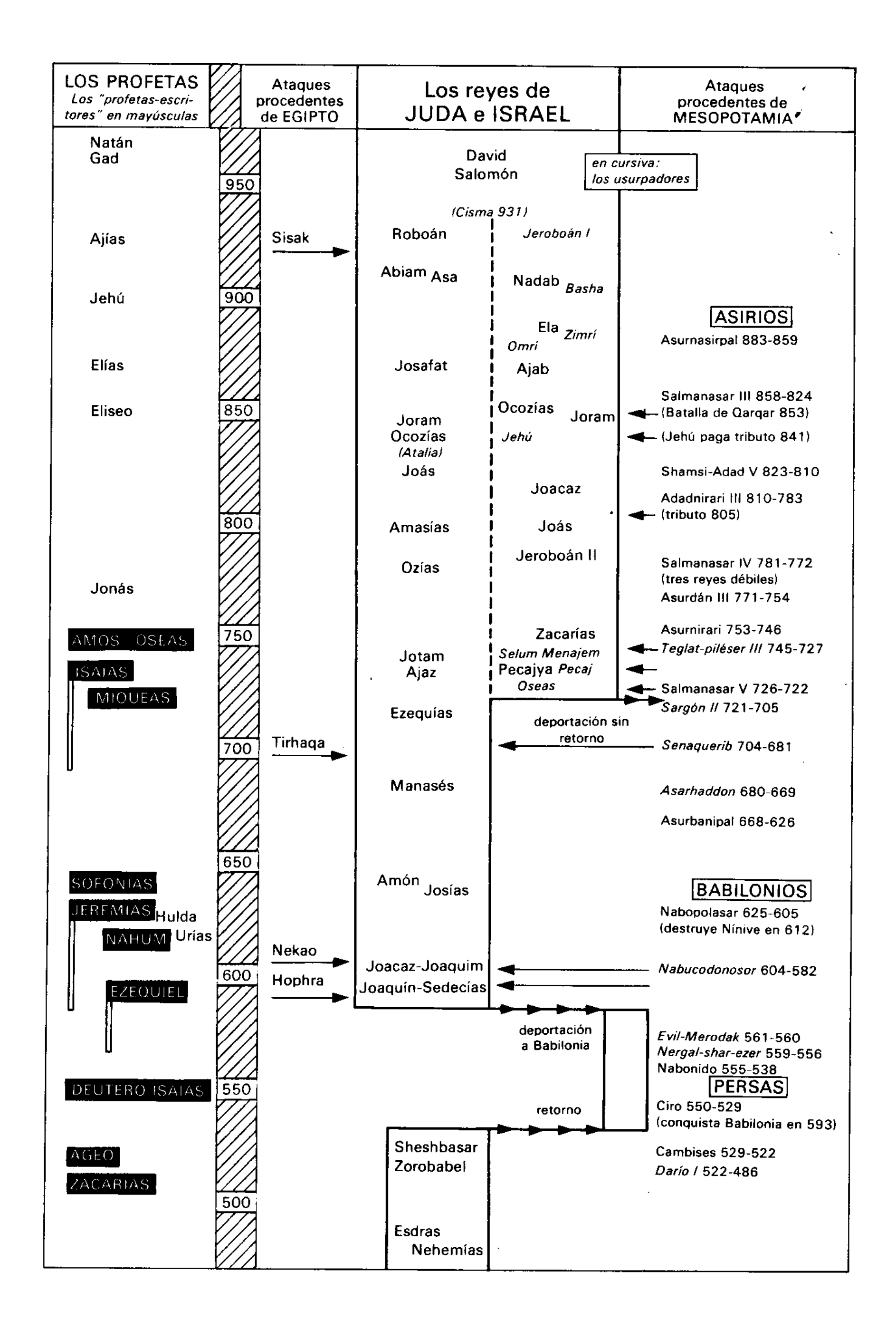




LOS PROFETAS

Por breve que sea un resumen de la historia de Israel, no puede pasar por alto ese fenómeno misterioso y, en último análisis, inexplicable que constituyen los profetas. Se recordará el relato de Saúl que parte en busca de las borricas de su padre. Encuentra un grupo de profetas en éxtasis que le hacen sumarse a ellos. El hecho se repetirá más tarde, y Saúl pasará un día y una noche tendido, desnudo, en el suelo. Al leer atentamente estos viejos relatos parece que esta clase de hombres que entraban en delirio con la ayuda de medios quizá difícilmente aceptables para nosotros, la música y la danza, era considerada en Israel como uno de los canales por los que Dios se revelaba. Así se cuenta de Eliseo, sin la menor reticencia, que necesitaba un citarista para entrar en ese estado y poder proferir luego una palabra de Yahvé. Así también, un oficial de Jehú hablaba en estos términos de un profeta de la escuela de Eliseo: "¿Por qué ha venido a ti ese loco?" El rey Ajab tenía a su servicio cuatrocientos de estos profetas; su modo de obtener de Dios una respuesta en favor del rey, por ejemplo sobre el resultado de una campaña proyectada, no difería sin duda del de los profetas de Baal que se esforzaban por arrancar un signo a su dios en el monte Carmelo. Sabemos que este profetismo era conocido también en los países vecinos y que muchos reyes tenían en su corte a gentes de esta clase. Pero lo peculiar de Israel es que en estas agrupaciones había hombres que tenían conciencia de ser los interlocutores del Dios de Israel, a raíz de una experiencia difícil de describir, pero con certeza absoluta; se sabían tomados a su servicio para ser sus portavoces. Durante toda la monarquía encontramos a hombres de éstos, desde Natán, que se hizo intérprete de la ira divina contra el crimen de David, hasta Urías que, en el mismo espíritu, hablaba como Jeremías contra los falsos profetas y pagó con su vida su intrepidez.

A éstos pertenecen también los "profetas-escritores". Este título les viene de que algunos libros bíblicos llevan su nombre. En los siglos pasados se les consideraba como una especie de teólogos dotados del don de describir con precisión el lejano futuro mesiánico. A finales del siglo pasado esta concepción se modificó. En primer lugar porque análisis profundos de los libros bíblicos demostraron que lo que se llamaba sus escritos –en realidad fragmentos de su predicación– no fueron reunidos hasta mucho después de su muerte; habían sido transmitidos por tradición oral o escrita y aumentados con muchos textos ulteriores e incluso bastante más tardíos. Además, porque el interés de los modernos por el desarrollo histórico y la psicología de cada individuo se preocupó por la situación en que vivió el profeta y por el modo como se inserta en ella, de forma extraordinariamente personal, el mensaje de Dios. Por otra parte, se prestó atención al hecho de que la mayoría de los "profetas-escritores" habían surgido precisamente en momentos de crisis nacional. Esto es lo que quiere hacer ver el esquema siguiente. En el centro se ofrece la serie de reyes de Judá e Israel, a su derecha los príncipes del imperio mesopotámico (en cursiva, los nombres citados en la Biblia; las flechas señalan sus principales hechos



LOS PROFETAS
Los "profetas-escritores" en mayúsculas
Ataques procedentes de EGIPTO
Los reyes de JUDA e ISRAEL
Ataques procedentes de MESOPOTAMIA
Natán
Gad
950
David
Salomón
en cursiva: los usurpadores
(Cisma 931)
Ajías
Sisak
Roboán
Jeroboán I
Abiam Asa
Nadab Basha
Jehú
900
ASIRIOS
Ela Zimrí
Omri
Asurnasirpal 883-859
Elías
Josafat
Ajab
Salmanasar III 858-824
Eliseo
850
Ocozías
Joram
Joram
(Batalla de Qarqar 853)
Ocozías
Jehú
(Jehú paga tributo 841)
(Atalia)
Joás
Shamsi-Adad V 823-810
Joacaz
Adadnirari III 810-783
800
(tributo 805)
Amasías
Joás
Jeroboán II
Ozías
Salmanasar IV 781-772
(tres reyes débiles)
Jonás
Asurdán III 771-754
AMOS OSEAS
750
Zacarías
Asurnirari 753-746
Jotam
Selum Menajem
Teglat-piléser III 745-727
ISAIAS
Ajaz
Pecajya Pecaj
MIQUEAS
Oseas
Salmanasar V 726-722
Sargón II 721-705
Ezequías
deportación sin retorno
700
Tirhaqa
Senaquerib 704-681
Manasés
Asarhaddon 680-669
Asurbanipal 668-626
650
SOFONIAS
Amón Josías
BABILONIOS
JEREMIAS Hulda
Nabopolasar 625-605
NAHUM Urías
(destruye Nínive en 612)
Nekao
600
Joacaz-Joaquim
Nabucodonosor 604-582
Hophra
Joaquín-Sedecías
EZEQUIEL
deportación a Babilonia
Evil-Merodak 561-560
Nergal-shar-ezer 559-556
Nabonido 555-538
DEUTERO ISAIAS
550
PERSAS
retorno
Ciro 550-529
(conquista Babilonia en 593)
Sheshbasar
Zorobabel
Cambises 529-522
AGEO
Darío I 522-486
ZACARIAS
500
Esdras
Nehemías

guerreros), a la izquierda las raras acciones de Egipto. Finalmente, en el extremo izquierdo, la columna de los profetas, con los profetas-escritores en mayúsculas.

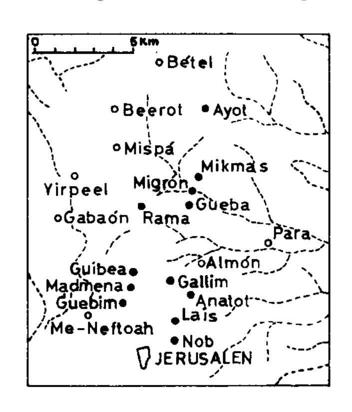
Los primeros aparecen al final de los florecientes reinados de Jeroboán II y Ozías, favorecidos por un debilitamiento de Asiria. Los que se benefician del bienestar son sobre todo los comerciantes y funcionarios; lo consideran como una consecuencia material de la elección de Israel que celebran en un culto fastuoso, sin querer reconocer que su injusticia para con las clases humildes pide venganza al cielo. En esta crisis, un ganadero íntegro de Teqoa, Amós, anuncia derrota y deportación en nombre de Yahvé, que no soporta la injusticia en ninguna parte, y menos en su pueblo elegido. "La corrupción moral de Israel es exactamente una infidelidad frente a un consorte fiel y leal", grita poco después Oseas, abandonado por su mujer a la que sigue amando; en los cataclismos que amenazan ve la expresión de un amor herido. En 745 Teglat-piléser sube al trono de Asiria y comienza por organizar su país. Pero a los pocos años llegan a Jerusalén noticias de lo que este hombre proyecta, en nombre del dios Asur. Los más sagaces prevén con espanto la posibilidad de una próxima desaparición de Israel y Judá. ¿Desaparecerá también el reino de Yahvé? Es entonces cuando Isaías, un hombre de cultura y talento, tiene la experiencia abrumadora del Dios Santísimo de Israel, del Señor único y absoluto, del Rey, sin más. Y se atreve a proclamar que el impetuoso conquistador del mundo no es más que el bastón que Dios coge al otro lado del Eufrates para castigar a su pueblo. Pronto los pueblos de Siria y Palestina se verán en una situación de vida o muerte; en Israel sólo vivirá el creyente, es decir, el que se apoye en Dios. En el esquema, el trazo vertical bajo el nombre de Isaías mide la duración de su ministerio. Se extiende hasta la caída de Israel y el asedio fracasado de Jerusalén por Senaquerib.

Un siglo más tarde los babilonios se apoderan del reino asirio y copian su método de deportación. Se acerca el fin de Judá. Jeremías, sensible y solitario, pero en constante coloquio con Dios, asistió al renacimiento del reinado de Josías, como al fracaso de todas sus medidas (¡Oh si Yahvé pudiera grabar sus mandamientos en el corazón de los hombres!) y a la destrucción de Judá como nación. Los exiliados de 587 fueron acogidos en Babilonia por Ezequiel, el salvador excéntrico, pero influyente, en aquel país lejano. Hacia 550 toda Mesopotamia fue sacudida por una potencia misteriosa, fantástica, que bajaba de las altiplanicies del Irán; sus signos eran una nueva técnica, una nueva política, una nueva religión universal. Entonces surgió entre los deportados un poeta anónimo, el autor de Is 40-55, llamado comúnmente Deutero-Isaías. Con profundidad y dinamismo proclamaba la restauración de Jerusalén. Un grupo fue repatriado hacia 520, pero ¡qué decepción ante las ruinas de la Ciudad y el Templo! A aquella nueva crisis harían frente los profetas Ageo y Zacarías.

Si se analizan cuidadosamente sus palabras auténticas, cada profeta-escritor revela una manera personal y característica de hablar de Dios, condicionada tanto por su temperamento como por las circunstancias. En cada uno esta originalidad discurre en paralelismo con correspondencias muy estrechas, no sólo porque los más jóvenes construían sobre la predicación de sus predecesores (el joven Isaías conocía la de Amós, Jeremías la de Oseas), sino sobre todo porque todos poseían una base común: el patrimo-

nio de Moisés. Hace cincuenta años era todavía corriente ver en los profetas los más rudos adversarios de todo culto exterior y los promotores de una religión "en espíritu y en verdad". Desde entonces este juicio se ha mitigado. Muchos incluso se inclinan a creer que fue precisamente el culto, con su conjunto de ritos, relatos y cánticos, lo que conservó lo esencial del yahvismo y suministró a los profetas un punto de partida para la reflexión que les sugerían sus experiencias íntimas. Pero en el fondo éste es sólo un aspecto particular de un problema mucho más vasto. Lo cierto es que Dios no quiso imponer a los hombres una revelación pronunciada *ex cathedra;* se sirvió de sus criaturas, según las había hecho, y pronunció sus palabras a través de psicologías, temperamentos y sensibilidades religiosas bien definidas.

Al peregrino de Palestina cada lugar que visita le recuerda a estos heraldos de Dios. Al desembarcar en Haifa se imagina el servidor de Elías, sobre el promontorio del Carmelo, espiando las nubes (→ p. sig.). Si sube al monte de los Olivos, junto al hospital alemán (→ 97 abajo, n.º 10), probable localización de Nob, recordará inmediatamente el brioso poema de Isaías que describe la marcha de los asirios contra Sión (10, 28-34; quizá continuación de 5, 26-29). A sus pies verá toda una serie de lugares citados por el profeta, haciendo a veces juegos de palabras (cf. mapa adjunto; los puntos negros señalan los lugares citados en Is 10; la identificación no es siempre segura). Volviéndose hacia el SO el viajero comprenderá cómo, desde Nob donde se encuentra, los asirios podían agitar sus puños amenazadores contra Sion mientras bajaban (→ 97 abajo, n.º 1). No lejos está la aldea de *Anâta*, cercana al tell de Anatot, patria de Jeremías (→ 120 arriba). Siguiendo el oleoducto se llega a la fuente tumultuosa que surte a Jerusalén de agua potable (→ 120 abajo). En tiempo de Jeremías este lugar se llamaba Para, al que con el nombre de Perat (equivalente ordinario de Éufrates) alude quizá Jr 13, 4-7. Al volver a Jerusalén el viajero podrá extrañarse ante este campesino que ha puesto bozal a sus bueyes que trillan (→ 121 arriba), en abierta oposición con el espíritu de los profetas (cf. Dt 25,4). Pero también le vendrán a la memoria otros textos sobre la trilla, como este grito desgarrador de un profeta a su pueblo exiliado: "¡Oh mi trillado en la era!" (literalmente, "hijo de mi era", Is 21, 10). Más allá dos aldeanos arrojan al aire el trigo trillado: los granos, pesados, caen, mientras la paja es llevada por el viento (→ 121 abajo). Ante este cuadro un profeta pensaba en el aventador divino que vendría a separar, el día del Juicio, el grano de la paja.







EXILIO Y RETORNO

En 587 Judá conoció la misma suerte que Israel en 721: el país y la capital fueron devastados, las clases dirigentes deportadas. El expresivo bajorrelieve de la p. 111 ilustra también esta segunda catástrofe. En el detalle de la p. anterior se ve los vencedores que se llevan los objetos del templo local: un trono (¿para la divinidad?) y un gran vaso de culto, en concordancia asombrosa con el relato bíblico sobre el robo de los vasos sagrados (2 Re 25, 14; cf. Esd 1, 7). Pero no se trataba sólo del valor de los tesoros desaparecidos. Esto significaba sobre todo que el dios de los vencedores había vencido al de la ciudad conquistada... No obstante, materialmente hay diferencias entre los dos desastres. Los asaltantes de 587 eran caldeos mandados por Nabucodonosor. En sus innumerables inscripciones, este soberano genial jamás habla de sus operaciones militares; en ellas habla sólo de sus costosas construcciones en beneficio de los dioses y los hombres: templos, ciudades, obras de riego, etc.

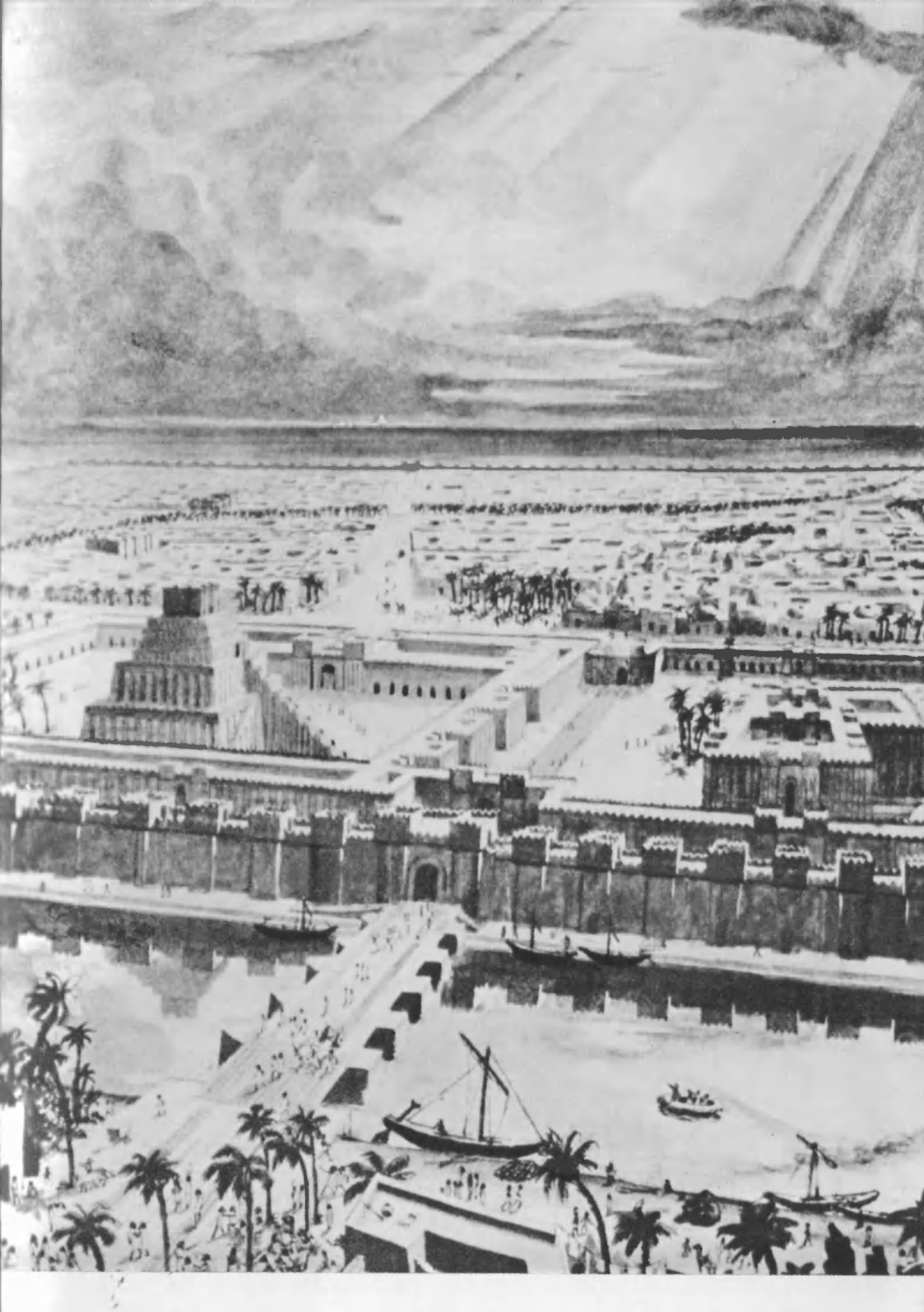
De fuente babilónica, por tanto, tenemos pocos datos sobre el fin dramático de Judá; lo que sabemos es por la Biblia, sobre todo gracias a la pluma del amigo y biógrafo de Jeremías, Baruc. En 1938 estos datos se vieron enriquecidos por la aportación inesperada y emocionante de los óstraca de Lakish (→ 54 arriba *). El que la Biblia hable tanto del fin de Judá se debe principalmente a la más importante de las diferencias entre 721 y 587: los deportados de Samaría fueron dispersados en el imperio asirio y desaparecieron sin dejar huella; los de Judá, por el contrario, permanecieron unidos y, en grupo, aceptaron las consecuencias de su destierro. Gracias a la influencia del pasado más estable de Judá, gracias sobre todo a hombres como Jeremías y Ezequiel, la destrucción de los cuadros tradicionales llevó a una profundización excepcional de la vieja fe. En el descuido de la vida diaria, los de Judá habían menospreciado las amenazas de los profetas. Y éstas se habían realizado. Era, pues, verdad que sus palabras venían de Dios, llenas de poder. Podía, por tanto, pensarse lo mismo de sus promesas de retorno para un "resto"... Con celo, los exiliados se pusieron a reunir lo que quedaba de sus oráculos, grabados en su memoria o fijados por escrito. El conjunto, acompañado de un comentario, se leía como "palabra de Dios" que guardaba toda su actualidad. Al mismo tiempo se fijaban y editaban las tradiciones de historia. La gran obra del tiempo de Josías (cf. p. 58) conoció una nueva edición. Escrita como una epopeya nacional, podía servir ahora como examen de conciencia de la nación. La inspiración que podía suscitar este pasado revivido aparece en los poemas entusiastas del Deutero-Isaías. Junto a datos propiamente israelitas, estos poemas quizá tomaron elementos de la espléndida liturgia de Marduk, en la santa Babilonia que Nabucodonosor había convertido en la más esplendorosa de las capitales de la antigüedad (→ 125 *). Estos elementos ayudaron al profeta a explicitar más las riquezas ocultas de la fe en Yahvé. Lo cierto es que, cuando apareció Ciro (después de 550), este profeta atizaba el fuego latente de la esperanza entre los deportados; su visión profunda del perfecto Siervo de Dios le permitía escribir versos en los que, seis siglos

más tarde, Jesús de Nazaret leería el designio del Padre sobre él (Is 53).

Menos de un año después de apoderarse, sin lucha, de Babilonia, la ciudad de Marduk, Ciro promulgaba el edicto famoso: los judíos retornarían a su tierra y reconstruirían el templo por cuenta de Ciro. Así, en Jerusalén y sus alrededores, se formó con trabajo, pero con el interés vigilante de los reyes de Persia, lo que se llama la "comunidad post-exílica". Shesbasar y Zorobabel, príncipes del linaje de David, pusieron los cimientos, ayudados por los profetas Ageo y Zacarías. Cincuenta años más tarde llegaban de Persia Esdras y Nehemías, con poderes para tomar todas las medidas útiles; ellos mismos relatan en sus memorias el resultado de la gestión; el Cronista (cf. p. 58) las insertó en otros documentos, en los libros de Esdras-Nehemías, donde pretendía dar una panorámica global de la restauración.

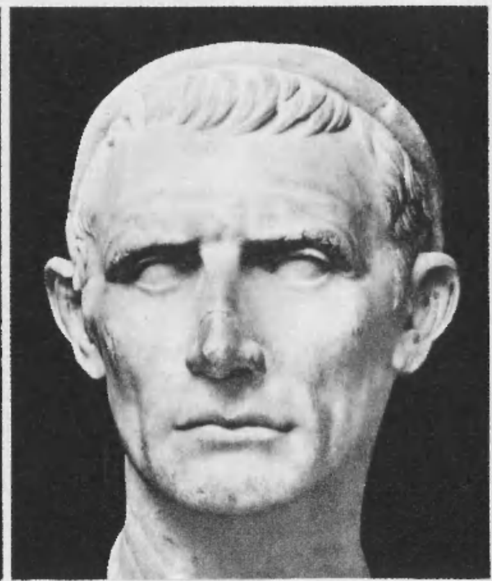
Aquí se acaba nuestra documentación. Sobre el período 400-167 prácticamente no poseemos ninguna información; también los datos de la arqueología son rarísimos (→ 127 *). No obstante, en estos siglos sucedieron muchas cosas de importancia capital por lo que se refiere a la redacción final del AT y a la expansión ulterior del cristianismo. En los círculos sacerdotales de Jerusalén se amplió el viejo ciclo histórico yahvista (cf. p. 94) con ayuda de fuentes más recientes, sobre todo cultuales (como Gn 1 y 17, Ex 25-31 y 35-40). Se utilizaron también genealogías, se adoptó un cómputo de años y edades en función de una cronología artificial que partía de la creación del mundo (fijada, según nuestro cómputo, en el 3761 a. C.). Así llegaba a su término, en el siglo V, la "Ley" (cf. p. 57) que tan profundamente iba a modelar en el transcurso de los siglos la vida y el pensamiento de los judíos. También nacieron otras colecciones proféticas que se convirtieron en los libros actuales, completados a menudo con textos alusivos al fin del mundo (p. e. Is 24-27; Ez 38-39); por otra parte, se compusieron libros nuevos (Malaquías, Abdías, Jonás, Joel). La vieja sabiduría proverbial profana (cf. p. 94) fue reelaborada en un sentido más religioso (Prov 1-9 a guisa de introducción a las viejas colecciones 10-22 y 25-29); un artista excepcional compuso el libro de Job, mientras las colecciones de salmos crecían con nuevos poemas, sobre todo himnos e ingeniosas composiciones didácticas.

Entretanto, bajo el tolerante cayado de los persas instalados en Susa o en su nueva capital, Persépolis (→ 126 *), se organizaba la Diáspora, la "dispersión" tentacular de los judíos en el mundo entero (no siempre sin oposición: cf. el libro de Ester). Sus principales centros eran Babilonia, donde se había instalado gran número de deportados, y Egipto, a donde habían huido muchos habitantes de Judá tras la catástrofe de 587. Excavaciones realizadas en la isla de Elefantina, en el Nilo, frente a Asuán (Aswân, hebreo Sewêne, Syene de Ez 29, 10; 30, 6, la ciudad más meridional de Egipto), revelaron la existencia de un importante grupo judío, sobre todo de soldados al servicio de los persas: esta ciudad fronteriza poseía gran importancia económica y militar. Los fragmentos de cartas y contratos (los papiros de Elefantina, → 131 arriba *) encontrados nos hacen ver que el lejano soberano se preocupaba del culto de los judíos en este rincón perdido y nos informan sobre los contactos de la colonia con el centro de Jerusalén.







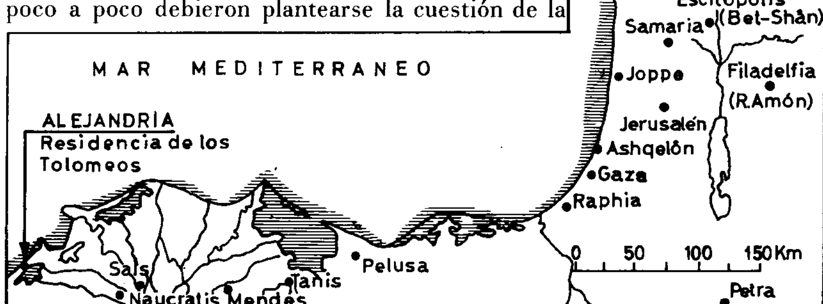


LOS JUDÍOS EN EL MUNDO HELENÍSTICO

A los veintidós años Alejandro sale de Macedonia en una expedición de castigo contra los persas; después de romper la resistencia de su base naval de Tiro, en 334, baja a Egipto que lo acoge como libertador. Inspirado por su poeta predilecto, Homero (Odisea IV, 354), funda el puerto de Alejandría frente a la isla de Pharos (→ 132 arriba *). Alentado por la conciencia de su origen divino (→ p. anterior, arriba *), el nuevo faraón penetra en Mesopotamia. Darío III sufrió una resonante derrota. A finales de 331 cayó Persépolis, víctima del odio de los griegos acumulado en numerosas generaciones (→ 126 *). Pero Alejandro pretendía proseguir su marcha hasta el mar inmenso que baña las orillas del mundo. Cuando cuatro años después, llegadas a la India misteriosa, sus tropas se negaron a seguir avanzando hacia el Este, había cubierto unos 18.000 kilómetros de combates y conquistas, levantando ciudades nuevas de tipo griego. Tras un penoso retorno a Babilonia, moría a los treinta y tres años, con múltiples proyectos para la organización de su imperio infinito y para nuevas expediciones (13 de junio de 323).

Esta marcha fenomenal no afectó directamente a la comunidad judía de Palestina. Tras largas guerras de sucesión entre los Diadocos, hacia 300 el país cayó en poder de los Tolomeos de Alejandría. Pero los Seléucidas, instalados en Antioquía junto al Orontes, ambicionaron para sí este poder. Palestina vino a ser así la manzana de discordia entre *los reyes del Norte y los del Sur* (→ p. anterior abajo *).

Si en un principio el paso de los soberanos persas a los dominadores griegos sólo significó para los judíos un cambio de recaudadores de impuestos, poco a poco debieron plantearse la cuestión de la



actitud a tomar frente a la nueva cultura. Ya mucho antes de Alejandro, elementos de la civilización griega, importados por el ejército, el comercio o las artes, habían penetrado profundamente en el imperio persa. Así, las monedas acuñadas hacia el 400 en la provincia de Judá, una parte de la V Satrapía, seguían el patrón del Ática y llevaban la imagen de la lechuza de Atenas (→ 127 *). Pero los soberanos helenistas promovieron activamente su cultura. Sus dioses locales fueron identificados a los dioses griegos y asimilados a ellos: Baal Shamêm, el dios de los cielos, en Siria, se convirtió en Zeus, igual que Amón de Tebas, en Egipto, donde los Tolomeos, hombres de talento, restauraron la antigua cultura (→ 132 abajo *). En Palestina estos "bienhechores" (→ 133 *) reconstruyeron en un estilo nuevo las ciudades: Rabbat-Ammón pasó a ser Filadelfia, y Akko Ptolemaida. En ellas las gentes cultas hablaban griego, se reunían en el gimnasio o en el hipódromo y se preocupaban de la filosofía del momento.

Pero este proceder era difícilmente compatible con los preceptos de la Ley y Yahvé no podía ser equiparado con Zeus. Muy pronto dos grupos se enfrentaron dentro de la comunidad judía: los modernos que querían adaptar la fe tradicional a la nueva cultura (contaban con muchos adeptos entre las clases altas y sacerdotales) y los conservadores, para los que el patrimonio sólo podía conservarse rechazando incondicionalmente todas las influencias griegas (así, el autor del Eclesiástico, hacia 190 a. C.). Entre los dos grupos oscilaban los indecisos o los escépticos (como el Eclesiastés); en Egipto, mientras tanto, se traducían al griego los Libros Sagrados, con escándalo del partido conservador que no podía sufrir esta entrada del patrimonio nacional en el mundo de los gentiles.

El 198 a. C. Antíoco III (→ 128 abajo, der.) colocaba definitivamente Palestina bajo el cetro seléucida. Su hijo, Antíoco IV Epífanes, que se consideraba además como una manifestación de Zeus (→ 133, el 1.º y 2.º de arriba *), provocó la oposición violenta del partido fiel a la Ley cuando intentó someterlo por la fuerza al modo de vivir griego, y el 167 hizo instalar y venerar en el Templo de Jerusalén una estatua de Zeus Olímpico que presentaba quizás los rasgos de su propia imagen. En estos años de crisis apareció, en su forma actual, el libro de Daniel. La historia de este personaje, tan manifiestamente ayudado por el Dios de Israel en su resistencia a las pretensiones de los soberanos, alentaba la oposición, lo mismo que las visiones que relataba. De él se sacaba la convicción de que Dios había previsto todo, que iba a aniquilar el cuarto imperio mundial aparecido en el escenario de la historia (tras los babilonios, los medos y los persas) y que ahora se alzaba contra el mismo Yahvé. Después Yahvé en persona reinaría en medio del pueblo de los santos, misteriosamente "semejante a un hijo de Hombre".

En 1 Macabeos, compuesto hacia el 100 a. C. y conservado únicamente en la traducción griega, se puede leer un relato fiel de la insurrección y de las acciones de sus promotores: Judas (166-160) y sus hermanos Jonatán (160-143) y Simón (142-134); pero se verá también cómo un entusiasmo al principio puramente religioso quedó pronto dominado por las aspiraciones políticas.









BAJO LA TUTELA DE ROMA

El gran Antíoco II (223-187), que había dado asilo al enemigo número uno de Roma, Aníbal, fue derrotado por Escipión el Africano en 189, junto a Magnesia, en Asia Menor; murió cuando se dirigía a Mesopotamia a saquear los viejos templos para pagar a los romanos un fuerte tributo. Su hijo, Seleuco IV, sufrió las mismas presiones y envió a Heliodoro a Jerusalén para que se apoderara de los tesoros del Templo (cf. Dn 11, 18-20 y 2 Mac 3). Otro hijo, Antíoco, fue retenido catorce años en Roma como rehén; luego pasó algún tiempo en Atenas, el centro cultural, antes de tomar posesión de su trono, vacante desde el asesinato de su padre (175). Tuvo algunos éxitos contra los Tolomeos, pero cuando, en 168, estuvo a punto de añadir el reino de aquéllos al suyo, fue rechazado de Egipto, con sus tropas, por el cónsul romano Popilio Laenas. Entonces desahogó su furor contra Jerusalén (cf. Dn 11, 30). El poder de Roma se hacía sentir en los dos extremos de la franja palestinense.

Así se comprende que los Macabeos, en su resistencia a los seléucidas, buscaran amistad y apoyo en Roma. El autor de 1 Mac, que por amor al pasado grandioso que creía resucitado escribió su libro en el hebreo clásico de Jueces y Reyes, menciona con satisfacción estas embajadas a Italia. Aparentemente no recuerda, en ese mismo gran pasado, los comentarios de Isaías sobre las peticiones de ayuda a Egipto contra Asiria que efectuó Ezequías (Is 30, 31). Entusiasta de la dinastía de los Hasmoneos (desde Josefo, éste es el nombre dado a los sucesores de los Macabeos), ve renacer por medio de ellos la antigua monarquía: compárese el final de su libro con 1 Re 14, 29 sg. Pero su reino estaba fundado sobre una base totalmente distinta, mucho más estrecha. Los Macabeos sólo se habían visto sostenidos por una parte del pueblo, los piadosos, fieles a la Ley; las clases acomodadas, por el contrario, y muchas familias sacerdotales acogían la nueva cultura y, con ella, a los dominadores seléucidas (cf. p. 130). Leemos en Josefo que Juan Hircano (135-104) tuvo éxitos militares en Transjordania y contra Samaría, y que impuso a los idumeos del Sur la religión judía con la circuncisión; pero estos éxitos no se pueden comparar con las victorias de David o Josías. El ejército de Juan, en efecto, se componía sobre todo de mercenarios extranjeros y su jefe se comportaba casi como un príncipe pagano. Los fieles a la Ley que habían sostenido a su familia lo abandonaron, y algunos se retiraron junto al mar Muerto (cf. p. 146). Nace así el partido de los fariseos, en oposición a los saduceos; éstos pertenecían a viejas familias sacerdotales que, desde Jonatán Macabeo, se rebelaban al verlos, a él y a sus sucesores, asumir el sumo pontificado.

A Aristóbulo (104-103), que mató a muchos de sus allegados y judaizó por la fuerza a los habitantes de Iturea, al Norte, sucedió su hermano Alejandro Janneo (103-76; cf. → 133 abajo, izq.*). Constantemente en guerra, sometió casi toda Palestina y Transjordania. Pero llegó a utilizar a sus mercenarios paganos contra su propio pueblo, atrayéndose así el odio de los fariseos.

Su mujer Alejandra (76-67), al quedar viuda, les devolvió la influencia

en el gobierno. Puso en el cargo de sumo sacerdote a su hijo, el débil Hircano II. Éste, a la muerte de su madre, tuvo que enfrentarse con su hermano menor Aristóbulo, un tipo enérgico que tenía consigo a todos los descontentos, sobre todo a los jefes del ejército y a los saduceos. Por consejo del idumeo Antípater, padre de Herodes el Grande, Hircano buscó apoyo en el rey de la nabateos que, desde Petra su capital (→ 138 *), desplegaba poco a poco una fuerza de envergadura. Cuando Aristóbulo, ayudado por los saduceos y por mercenarios, estaba ocupado en hacer la guerra a su hermano Hircano, a los fariseos y al ejército nabateo, supo que Pompeyo, general romano en Siria, acababa de incorporar al imperio este último bastión del reino seléucida (64). Lo que siguió es muy característico. Entre las embajadas que acudieron a rendir homenaje a Pompeyo había tres de Judea: una, en nombre del fogoso Aristóbulo y sus saduceos, le pedía que interviniera; la segunda dirigida por Antípater, le pidió ayuda en favor de Hircano y de los fariseos; finalmente la tercera, enviada por el pueblo humilde, suplicó al romano que pusiera fin sin más al reino de los Hasmoneos. Esta escena muestra, en primer lugar, la rápida decadencia de la dinastía macabea, pero es también un anuncio de lo que sucederá después: el que, en Judá, quiera obtener o conservar el poder, deberá asegurarse la aprobación de Roma.

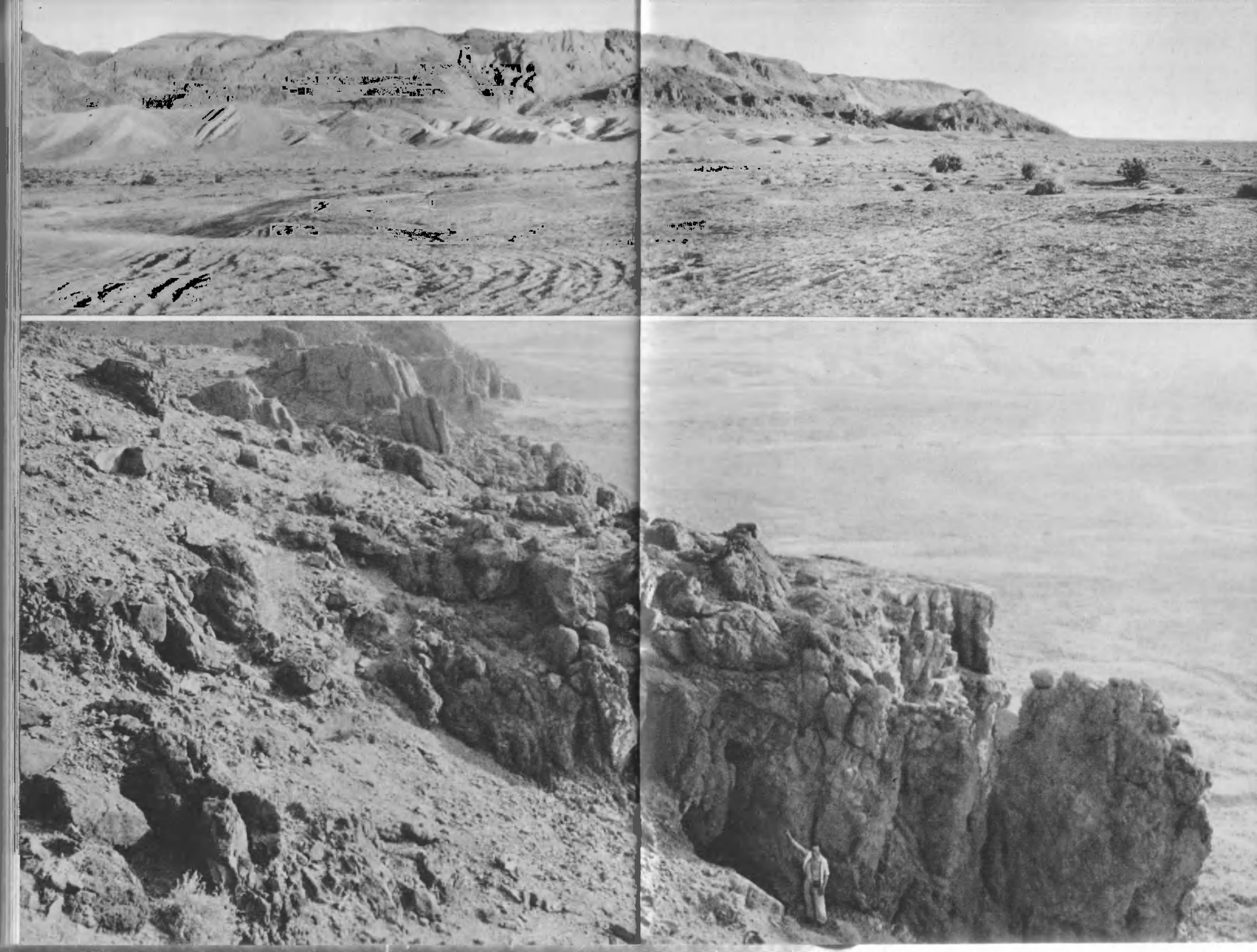
Pompeyo reconoció a Hircano como sumo sacerdote (63-40), pero cercenó su poder de forma drástica. Hircano pierde su título de rey, el país es dividido en los cuatro distritos de Judá, Samaría, Perea y Galilea, y es sometido a la vigilante supervisión de Scaurus, que gobierna la provincia de Siria. En el año 40 los partos, los más fuertes enemigos de Roma al Este, invadieron Siria y Palestina, destituyeron a Hircano y pusieron en su lugar a Antígono (40-37), hijo de Aristóbulo, su antiguo adversario. Entonces Herodes, que se había revelado ya como un intrigante tan astuto como su padre Antípater, se embarcó para Roma y convenció a Antonio y Octavio de sus derechos: a finales del 40 era nombrado rey de Judea. Pero debía conquistar su reino. Tras una visita de obediencia a Antonio, que había marchado a una expedición contra los partos, recibió tropas romanas y se apoderó de Judea y Jerusalén. Al comienzo de su reinado (37-4) Herodes debió desplegar toda su diplomacia: por un lado debía conservar la confianza de Antonio, por otro resistir a las intrigas de Cleopatra (→ 133), reina de Egipto, que intentaba conseguir de su amante, el poderoso triunviro, Siria y Palestina, a semejanza de los faraones de antaño y de los primeros Tolomeos. Tras la derrota de Antonio en Actium (31), Herodes cambia de rumbo y ofrece ayuda y sumisión al vencedor Octavio. Éste, el año 27, recibe el título de Augusto, es decir, sublime, sobrehumano, divino, "Sebastos" en griego, la lengua de cultura incluso en Roma. Porque los romanos se habían helenizado profundamente, y es innegable que las construcciones de Herodes en honor de su bienhechor imperial (cf. p. 151) denotan un estilo griego, lo mismo que los templos posteriores de Palmira (→ p. sig.; cf. → 139 abajo *) y Baalbek (→ 139 arriba *). Éste era el gusto de Roma, que Herodes conocía por haber ido allí a consolidar sus relaciones con el hombre más poderoso del mundo.

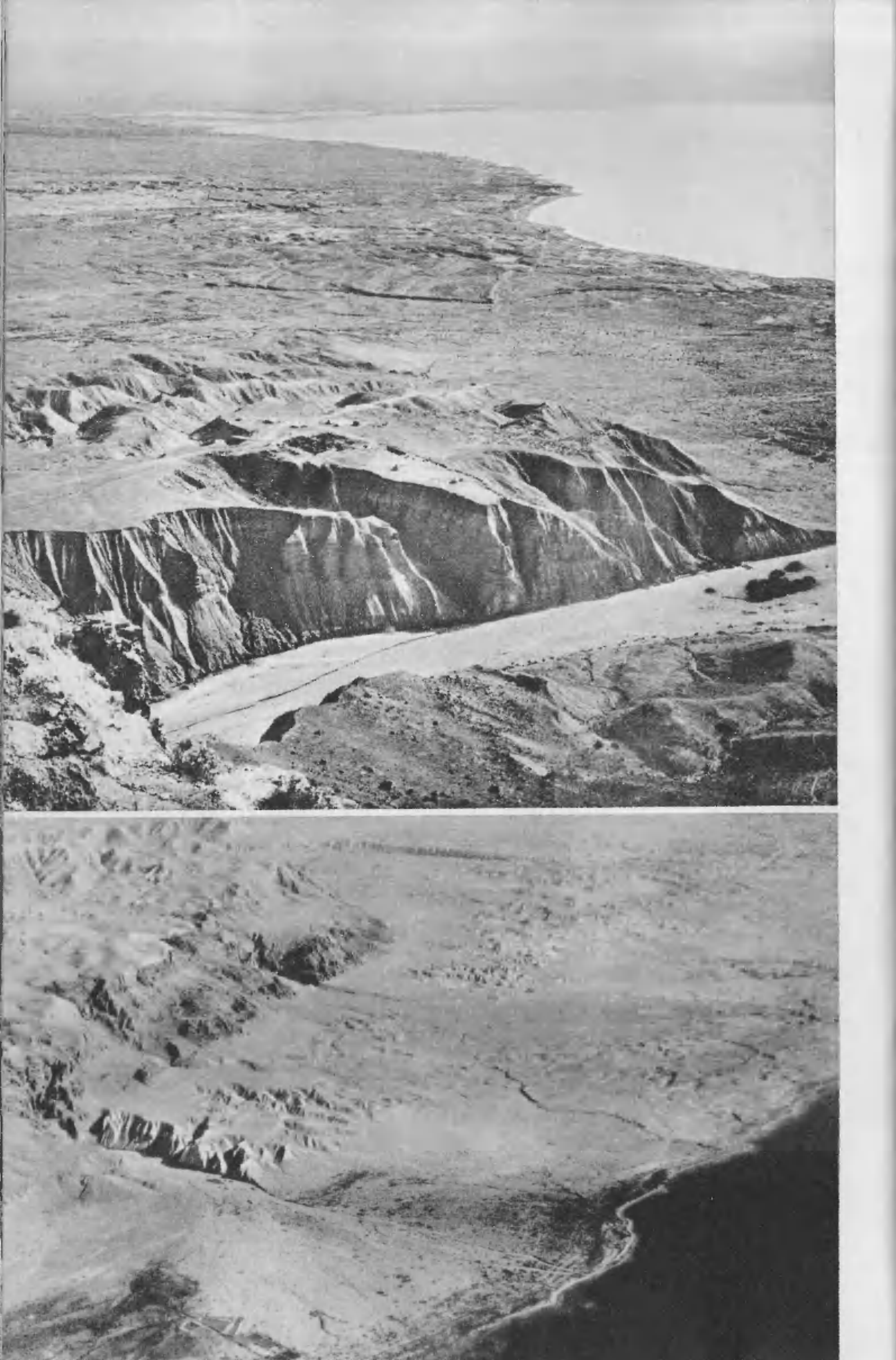












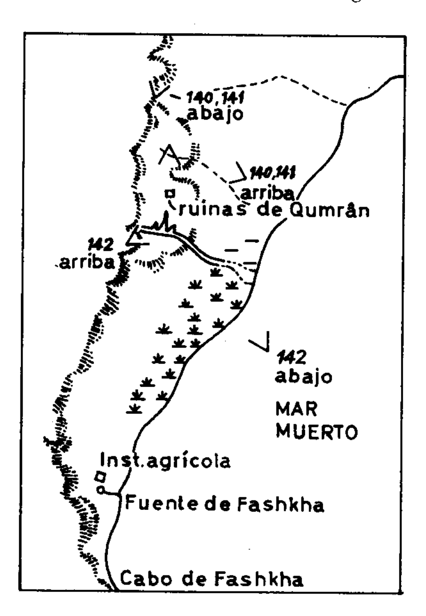




VOCES EN EL DESIERTO

En los años turbulentos de la época macabea, junto a los fariseos y saduceos se formó también el grupo de los esenios. Estos existían ya en tiempo de Jonatán (160-143), según nos informa Flavio Josefo (apr. 37-100 d. C.), un historiador judío que pasó más de treinta y cinco años en Palestina y cuyas obras constituyen la fuente más rica para nuestro conocimiento de la historia judía post-macabea. Probablemente por reacción contra la corrupción de la comunidad judía de Jerusalén, estos "piadosos" se dedicaron sobre todo a buscar la pureza interior y exterior; vivían en comunidad, pobremente y en la obediencia a un superior elegido; se abstenían del comercio y no participaban en los sacrificios cruentos de animales, a pesar de su estricta observancia de la Ley mosaica. Se distinguían por sus vestiduras blancas, sus costumbres muy particulares (así su oración de la mañana en dirección a oriente) y algunos dogmas de un judaísmo alterado. De ellos habla el judío alejandrino Filón (apr. 25 a. C.-50 d. C.) y el pagano Plinio (apr. 23-79 d. C.). Parece que habitaban junto al mar Muerto, a cierta distancia de la orilla por razón de las emanaciones malsanas. Pero al no ser nombrado ni por el Nuevo Testamento ni por los escritos judíos oficiales, sólo habían suscitado la atención de algunos pocos especialistas de la historia judía.

Esta situación cambió bruscamente en 1949 cuando se conoció el descubrimiento, realizado dos años antes, de los manuscritos del mar Muerto. Hoy no hay revista en el mundo que no haya publicado algún reportaje sobre estos maravillosos hallazgos. Es conocida la historia del joven pastor que arroja piedras en las cuevas naturales de la roca y queda sorprendido al oír un sonido metálico; penetra en la cueva y descubre vasijas llenas de rollos escritos. Son conocidas también las investigaciones ulteriores en las otras cuevas y las excavaciones del único vestigio perceptible de habitación en aquella soledad, las ruinas de *Qumrân*. Pero aunque estos detalles sean conocidos, las numerosas publicaciones han prestado poca atención al escenario en que se realizaron. Queremos ofrecer aquí algunas fotos, que podrán estudiarse con la ayuda del mapa adjunto, en que se indica desde qué ángulo fueron tomadas. En la de → 142, abajo, tomada desde avión sobre el mar Muerto, hacia el NO, se ve el mar, en negro (a der.), a la izquierda la pared rocosa y la planicie roída por las lluvias de invierno procedentes de la montaña.



Las ruinas se encuentran al otro lado de este caprichoso corte, hacia el N. La otra foto (→ 142 arriba) está tomada desde la montaña, hacia el NE (aquí el mar Muerto aparece claro); se divisa el rectángulo de las ruinas, como una mancha negra, sobre la planicie, con las tiendas de los excavadores alrededor. En el extremo del primer espolón se verá una anfractuosidad: es la entrada de la cueva IV. Junto a la tienda de la derecha en el segundo espolón se encontraba el fotógrafo de → 144, que tenía así esta cueva delante de él, sobre el fondo del trozo de montaña desde donde había tomado → 142 arriba. Podrá verificarse la disposición de estos lugares en la foto aérea → 143, orientada hacia el S. Desde el punto situado entre la planicie y la orilla del mar Muerto (cf. → 143 abajo), se obtiene, mirando hacia O, el panorama de → 140-141 arriba: a la izquierda la planicie y detrás, en toda su longitud, las curiosas rocas pardo-rojizas en las que se abre la cueva I. En la foto inferior el personaje señala la entrada primitiva, el pequeño orificio por donde el beduino arrojaba las piedras.

La excavación de las ruinas (→ p. sig. arriba, hacia el SE) revela que la construcción del complejo comenzó en tiempo de Juan Hircano (135-104). A raíz de una devastación provocada por los partos el 40 a. C. (cf. p. 136) o por el terremoto del 31 (véase la gran grieta en una de las múltiples cisternas, → 148 abajo), estuvo abandonado hasta el comienzo de nuestra era. Entonces tuvo lugar la restauración y una nueva edad de oro a la que puso din la destrucción por los romanos el 68.

El complejo, con sus grandes piezas (cf. → 148 arriba), no estaba destinado a vivienda. Los que lo utilizaban probablemente vivían en tiendas o en las cuevas; a él acudían sólo para la oración y los banquetes comunitarios, y para copiar sus libros santos (→ 59 *); vivían del trabajo manual. En 1958 se excavó, junto a la fuente de *Fashkha* (cf. el mapa pequeño), lo que parece ser una instalación agrícola, con locales donde los habitantes de *Qumrân* secaban los dátiles (las palmeras de dátiles se dan bien en el suelo pantanoso y salino, → 143, mancha negra), curtían las pieles de su ganado, etc.

Un examen metódico y penoso de toda la escarpa rocosa (→ p. sig. abajo) hizo aparecer otras diez cuevas con manuscritos, casi siempre reducidos a fragmentos (→ 149 *). Así, gracias a la curiosidad de un pastor y a la intervención enérgica de arqueólogos profesionales venidos de todas partes, hoy vamos conociendo el modo de vida y el pensamiento de un grupo contemporáneo de Jesús, idéntico o a lo menos muy semejante a los esenios de Josefo y Filón. Los restos de sus cuidadas copias de la Escritura son de un valor inestimable para nuestro conocimiento de la historia textual del Antiguo Testamento. Quizá más importantes aún son sus comentarios y sus escritos propios: en ellos vemos cómo estos judíos del tiempo de Jesús, lejos de la agitación de la ciudad, habían vertido en formas nuevas la vieja piedad farisea; cómo vivían en la anhelante espera de la soberanía total de Dios que vendría muy pronto.



EL MERCENARIO Y EL BUEN PASTOR

Sus contemporáneos paganos le llamaban Herodes "el Grande" (37-4 a. C.). Y ciertamente su reinado tenía cierto aire de grandeza. Fomentó la agricultura, el comercio y la industria. No sin perspicacia, agrandó uno de los raros fondeaderos de la costa y lo convirtió en puerto de Sebaste: lo dotó de una ciudad nueva, Cesarea, la "imperial", que por su desarrollo sería pronto la capital real de Judá. Levantó en la colina de Samaría (→ 105 abajo) una ciudad brillante; de nuevo por gratitud a Augusto (cf. p. 136) la llamó Sebaste y construyó en su acrópolis un templo dedicado al genio divino del emperador (→ 157 arriba). Fuera de Palestina, en Tiro, Damasco, Antioquía, Rodas e incluso Atenas, levantó templos, pórticos, columnatas.

No obstante, era odiado por sus súbditos, sobre todo por los apegados a las viejas tradiciones, y por tanto no sólo porque imponía pesados impuestos necesarios para su fasto. En primer lugar Herodes no era un verdadero judío; procedía de Idumea, una rama de aquellos edomitas cuyo nombre había llegado a ser casi sinónimo de enemigos mortales de Dios. Si David de Judá, sacado de entre el rebaño para cuidar del pueblo de Dios y guiarlo en nombre de Yahvé, fue el buen pastor por excelencia (Ez 34, 16), este intruso de Herodes reinaba en nombre de los romanos a quienes debía el poder, y sólo mantenía su autoridad con la ayuda de mercenarios, chusma incircuncisa reclutada de todas partes.

Apenas en el poder había tenido la audacia de otorgar a su antojo el sumo pontificado a gentes indignas, para destituirlas luego o eliminarlas si así convenía a su política poco escrupulosa. Pero quería atraerse también a sus súbditos piadosos; para ellos no sólo construyó un espléndido muro en torno a la venerada cueva en que estaba enterrado Abrahán, en Hebrón (→ 157 abajo *): se propuso también ampliar y embellecer de manera grandiosa el templo de Jerusalén. Fruto de este plan es la enorme terraza que todavía hoy causa admiración (→ 166 arriba). Imagínesela cubierta de una impresionante construcción, resplandeciente de blancura, con los tejados cubiertos de hojas de oro, rodeada de magníficos pórticos...

Pero, dominando la terraza y construida antes que ella, se alzaba una fortaleza: la Antonia, del nombre de su primer amigo romano; más arriba, en la ciudad superior, se alzaba el palacio de Herodes con sus tres famosas torres. El rey, en efecto, receloso y desconfiado por naturaleza, sabía que era odiado. También fuera de Jerusalén se había construido fortalezas. Restauró otras del tiempo de los Hasmoneos, sobre todo en las regiones inaccesibles en torno al mar Muerto: Masada, Maqueronte (→ 34 arriba), Hircanium (→ 34 centro), a las que añadió dos nuevas. En una de éstas, el Herodium (→ 162 *), fue enterrado. El peregrino que acude a Belén atraído por el nacimiento de Jesús, el Buen Pastor, verá también, no lejos de la ciudad, la tumba olvidada de Herodes, el pastor mercenario (→ 34 abajo *).

AUGUSTO	HERODES EL GRANDE Reina sobre toda Palestina de 37 a 4 a. C. Sus tres hijos reciben de Augustq una parte de su reino	10	
Quintilio Varo			Nacimiento de Jesús 6 a. C.
	ARQUELAO (Judea y Samaría) · HERODES ANTIPAS (Galilea y Perea) · FILIPO (Iturea, Traconítide, etc.)	1	
Volusio Saturnino	Coponio 6-8		
Quirino	M. Ambibulo 9-12		
	Annio Rufo 12-15	10	
TIBERIO	Valerio Grato 15-26		
		20	
	Poncio Pilato 26-36		Juan Bautista Predicación de Jesús
		30	Pasión y muerte de Jesús Comunidad de Jerusalén
Vitelio	Marcelo 36-37 · (Filipo) dado a Agripa I		
CALIGULA	Marulo 37-41 · (Antipas) dado a Agripa I		Muerte de Esteban Conversión de Pablo
Petronio			
CLAUDIO	AGRIPA I 41-44 · Herodes de Calcis	40	Comunidad de Antioquía Degollación de Santiago Encarcelamiento de Pedro
Vibio Marsio	Cuspio Fado 44-46		
Cassio Longino	Tiberio Alejandro 46-48		Primer viaje de Pablo
	Ventidio Cumano 48-52 · Agripa II de Calcis	50	Concilio de Jerusalén Segundo viaje de Pablo *1 y 2 Tes*
Ummidio Cuadrato	Antonio Félix 52-60		Tercer viaje de Pablo
NERON	Agripa II Traconítide etc.		*Flp? 1 Cor, Gal, Rom, 2 Cor.*
Corbulón	Porcio Festo 60-62	60	Cautividad de Pablo en Cesarea, deportación a Roma
Cestio Galo	Albino 62-64		*Col, Flm, Ef*
	Gessio Floro 64-66 · Agripa II		
Muciano	Rebelión de los judíos		*1 Tim, Tit* *Marcos, 2 Tim*
GALBA, etc.		70	Martirio de Pedro y Pablo
VESPASIANO	Jerusalén destruida por Tito		*Mateo?* *Lucas-Hechos?*
	La Judea pasa a ser provincia imperial Legados: Flavio Josefo escribe "Las Guerras Judías"		
TITO		80	
DOMICIANO			
		90	
	F. Josefo escribe "Las Antigüedades Judías"		*Apocalipsis, 2-3 Jn* *Juan, 1 Jn*
NERVA			
TRAJANO		100	

LOS EVANGELIOS: TELÓN DE FONDO Y GÉNERO LITERARIO

El esquema de la pág. anterior tiene un doble fin. En primer lugar quiere dar un cuadro simplificado de esa historia política tan enmarañada que suponen los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. En segundo lugar quiere ofrecer una base para una breve exposición sobre el carácter especial de estas obras. En la columna de la izquierda aparecen los emperadores romanos; en caracteres menores los legados que gobernaron Siria en su nombre y debieron, por tanto, vigilar los acontecimientos en Palestina. En el centro, Herodes el Grande. Después de su muerte, el 4 a. C., Augusto dividió su reino entre los tres hijos que se libraron de ser asesinados por su padre, Arquelao, Herodes Antipas y Filipo. El primero fue nombrado etnarca ("príncipe del pueblo", menos que "rey", pero el pueblo no hacía esta distinción: cf. Mt 2, 22) de Judea y Samaría; su gobierno fue desastroso (cf. Lc 19, 12-14), perdiéndolo el año 6. Su territorio fue gobernado entonces por procuradores dependientes de los legados de Siria. Herodes Antipas reinó mucho más tiempo que su hermano, como tetrarca ("príncipe de un cuarto", título dado a los soberanos de pequeños territorios). El 39, por ser sospechoso a Roma, fue desterrado a Lyon. Filipo, el mejor de los tres, murió el 34 sin hijos. Su tetrarquía dependió entonces de Siria, pero Agripa, nieto de Herodes, que había sido educado en Roma, logró obtenerla de Calígula gracias a su astucia; éste, el año 39, le añadió el territorio de Antipas. Su imperial amigo, Claudio, le concedió además el 41 Judea y Samaría; así Agripa I gobernaba como rey, de 41 a 44, sobre todas las posesiones de su abuelo, excepto Calcis en la Beqa (cf. p. 10), de donde fue nombrado rey uno de sus hermanos, Herodes. A su muerte, la mayor parte de sus posesiones pasó, por orden de Claudio, al poder de procuradores por ser demasiado joven su hijo Agripa II. Éste sucedió a su tío en Calcis el año 48; el 53 el emperador le concedía los antiguos territorios de Filipo y Lisanias (cf. Lc 3, 1); el 64 Nerón le añadía trozos de Perea y Galilea. Este príncipe fuertemente romanizado, que había sido nombrado primero inspector del culto de los judíos en Jerusalén, parece haber reinado hasta después del 90. El 66 se esforzó en vano por evitar la rebelión insensata del pueblo, pero ésta prosperó y acabó en la destrucción total de Jerusalén el año 70.

Judea fue encomendada entonces a legados romanos. La ciudad fue reconstruida a la romana, con prohibición a los judíos de entrar en ella. Para judíos y cristianos éste fue sin duda un momento crítico, pero para los últimos la catástrofe adquiría un sentido especial: confirmaba la convicción de que la historia de Israel, como preparación a la soberanía universal de Dios, terminaba; había sonado la hora de la realeza definitiva de Dios.

Esta convicción había brotado, cuarenta años antes, en los qué habían oído a Jesús de Nazaret y le habían visto vivo tras su pasión y sepultura, y la habían difundido por todo el imperio, hasta en Roma. Dos de sus jefes principales, Pedro y Pablo, habían pagado allí con su vida su veneración a Jesús como Mesías y único Señor de la humanidad. A la derecha del esquema se ve la situación hacia el 70. Están escritas ya la mayoría de las

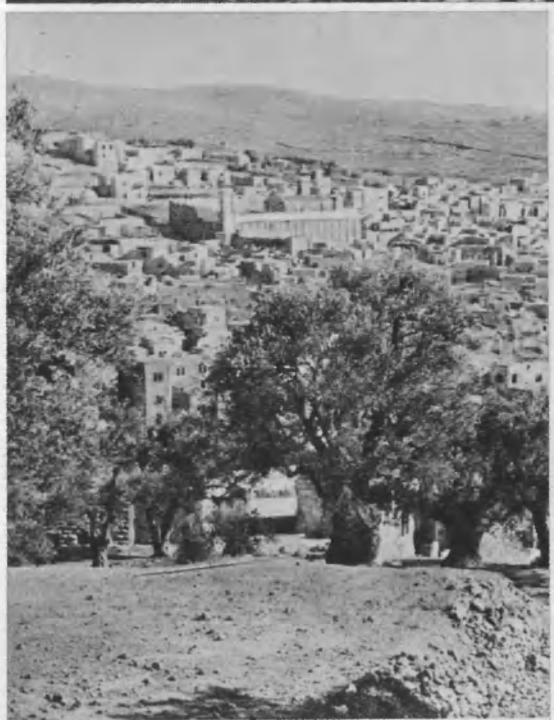
cartas del Nuevo Testamento, así como el evangelio de Marcos. Los nombres de Mateo y Lucas llevan un signo de interrogación porque pudieron ser escritos poco antes o después del 70. Al pie de la columna aparece el IV Evangelio, escrito a finales del siglo. Estos cuatro escritos se llaman *Evangelios*, "buena nueva"; nacieron del testimonio sobre Jesús y su resurrección, resumido así en la primera predicación en Jerusalén: "Este hombre Jesús, a quien vosotros crucificasteis (esto lo sabéis bien), Dios lo ha resucitado: es por tanto el Mesías, constituido Señor y Juez de todos..." En atención a los no iniciados, que ignoraban todos los detalles del prendimiento y la ejecución, se añadía un resumen de ellos, poco distinto de un predicador a otro; y lo mismo ocurría con los textos bíblicos destinados a aclarar el sentido de los padecimientos y de la resurrección del Mesías.

La situación cambió cuando se trabajó con los recuerdos nacidos de la vida en común con Jesús, sus milagros, sus parábolas, sus sermones, sus dichos. Cada testigo se servía a su manera de su tesoro (porque no todos recuerdan de igual modo una misma experiencia), traduciendo el material según le convenía para describir la persona o la misión de Cristo. A fuerza de predicarlos y enseñarlos a los catequistas, estos recuerdos adquirieron una forma casi estereotipada que se fijó por escrito con miras a la enseñanza. Es probable que a mediados del siglo I varias colecciones de éstas circulaban ya en la joven Iglesia bilingüe, en griego y en arameo (así un evangelio de Mateo, según una vieja tradición). Con estos materiales, Marcos, el redactor griego de Mateo y Lucas compusieron hacia el 70 los tres evangelios que llevan su nombre; cada uno se mantenía fiel a las fuentes, pero sin sacrificar su personalidad de escritor.

Esto tuvo una doble consecuencia. La primera es que los cuatro evangelios (el de Juan no es excepción), teniendo como base un conjunto rico y variado de recuerdos personales, nos dan del Señor y de la impresión que producía en sus contemporáneos una imagen mucho más concreta que una biografía de tipo moderno. Por el contrario –segunda consecuencia–, estas reminiscencias, como formuladas para predicar a Jesús, Mesías y Salvador de los hombres, no ofrecen datos precisos sobre los lugares y tiempos de las circunstancias ni, a menudo, sobre su desarrollo exacto. Así, cada evangelista, aunque consciente de escribir historia, ordenó su materia en función de un fin propio, con una libertad que nos extraña. Véase, por ejemplo, cómo Lucas reúne en el marco de una subida a Jerusalén (9, 51-19, 28) una larga serie de episodios, parte de los cuales se encuentra, en los otros evangelistas, en contextos distintos. Compárense también las dos versiones de un texto tan precioso como el Padrenuestro (Mt 6, 9-13 y Lc 11, 2-4), o las formas que presentan los discursos-programa (las "Bienaventuranzas": Mt 5, 1-12 y Lc 6, 20-26). Las palabras del Señor no sólo eran transmitidas, también eran interpretadas, explicitadas, sin que nadie viera en ello nada reprensible.

Lo que de esto resulta para nuestro conocimiento de la actividad del Señor será objeto del próximo capítulo. Pero antes de pasar página véase esta foto de una aldea árabe (→ p. sig. *) que evoca perfectamente el ambiente en que Jesús vivió y trabajó durante treinta años antes de manifestarse.









JESÚS DE NAZARET

La Nazaret de hoy puede verse parcialmente en la foto de la p. anterior (abajo), con la llanura de Yzreel al fondo. Más de una vez en su juventud Jesús, desde esta altura, contemplaría aquella vasta extensión llena de historia; al O vería también el macizo del Carmelo, que recordaba a todo el mundo el fogoso soldado de Dios, Elías; al E, los montes de Guelboé (→ 89 abajo), cantados por David en un cántico que todos conocían; más lejos, el majestuoso Tabor, testigo del combate de Barak en pro del Dios de Israel (→ 84). Pero lo que tenía a sus pies difería totalmente de lo que se ve en la foto. Nazaret no atraía entonces en masa a los peregrinos; era un rincón oscuro, ignorado por el Antiguo Testamento, por Josefo, que conocía muy bien Galilea, y por el Talmud judío. Un caserío tan insignificante que en las aldeas vecinas se decía: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* (Jn 1, 46). Para hacerse una idea de aquel Nazaret sería necesario recorrer otros lugares de la actual Galilea menos deformados por la celebridad (cf. → p. ant. arriba y → 155).

Allí Jesús ayudó a su padre en el taller de carpintero que dirigirá más tarde. De las gentes sencillas entre las que vivía encontramos una imagen perfecta en las parábolas, de las que se ha podido decir con justicia que describen la vida diaria del pueblo humilde bajo la soberanía de Roma mejor que cualquier otra obra. En cuanto a la vida interior de Jesús, Lucas nos la revela haciendo decir al niño de doce años que se queda en el templo tras la peregrinación a Jerusalén: *¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?* (Lc 2, 49).

Tenía unos treinta años cuando fue conocido en Nazaret el llamamiento de Juan a la conversión y a la penitencia. Jesús oyó esta llamada, dejó a su familia y fue a hacerse bautizar en el sinuoso Jordán (→ 161). ¿Dónde exactamente? Es imposible decirlo: *Betania, al otro lado del Jordán* (Jn 1, 28), es desconocida y Ainón ("región de las fuentes"), donde Juan bautizaba *porque había mucha agua*, junto a Salim (Jn 3, 23), tampoco es localizable con certeza.

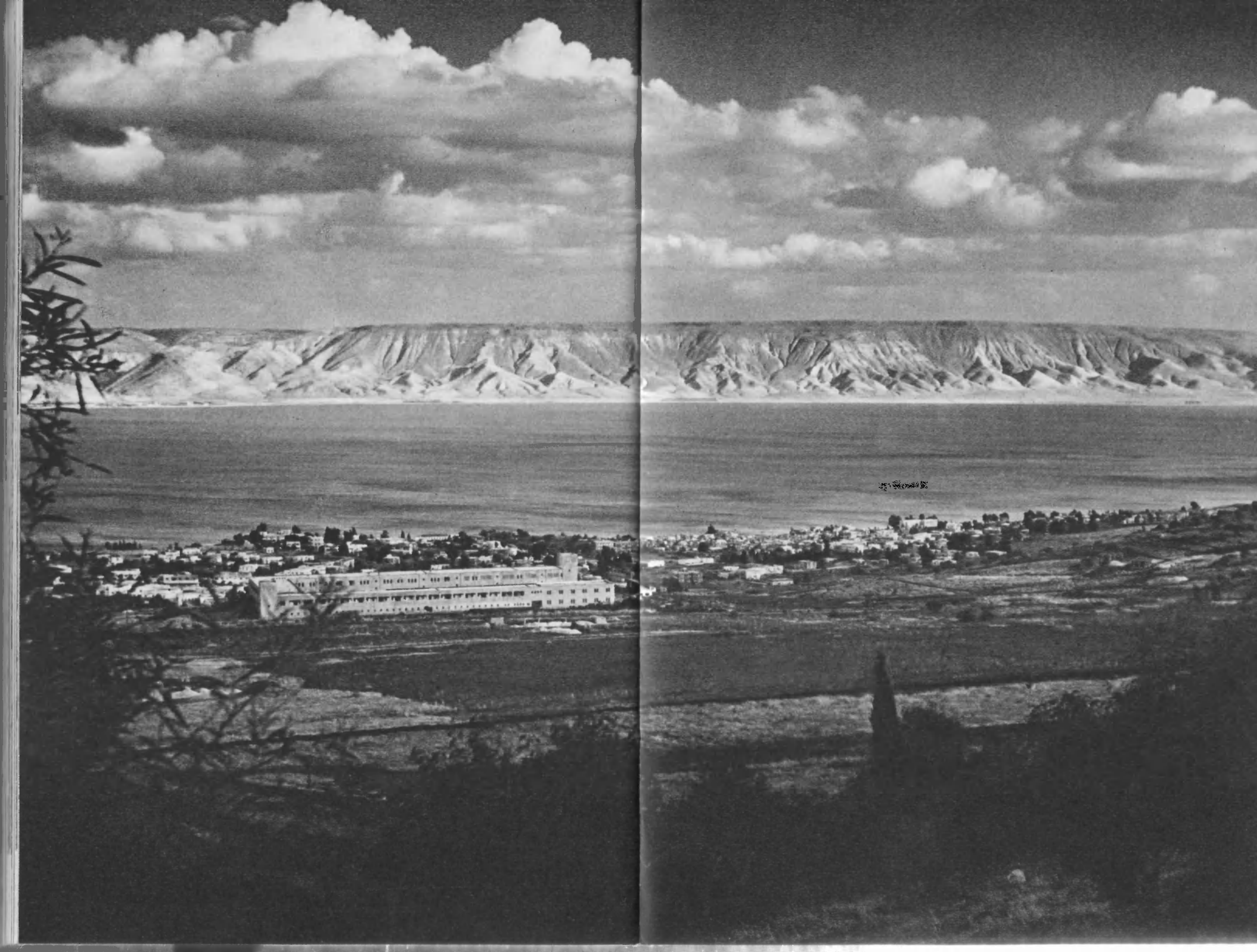
Tras un período de retiro en el desierto de Judá (→ 162 *) (que fue luego lugar de predilección para los anacoretas cristianos, → 29 *), Jesús regresó a Galilea. Comenzó a predicar la inminencia del Reino de Dios, prolongando a su manera la obra del Bautista; éste había sido encarcelado en la fortaleza de Maqueronte por su valentía en reprender a Herodes Antipas. Jesús concentró su predicación sobre todo en torno al lago de Galilea que la foto (→ 164-165) muestra desde el O. En primer plano Tiberíades, construida por Herodes (17-22 d. C) en la costa; contaba con un clima delicioso y fuentes medicinales de agua caliente; Herodes hizo de ella la capital de su tetrarquía y la bautizó con el nombre de su soberano romano, Tiberio. Jesús parece haber evitado esta ciudad demasiado helenizada, como los demás judíos piadosos de la región. De ordinario permanecía "en su casa" –si esta expresión puede aplicarse a él–, en Çafarnaúm, a unos 10 kilómetros más al N, hoy en ruinas (excepto la sinagoga, parcialmente reconstruida, pero edificada en el siglo II d. C.), como Corozaín y, en la costa

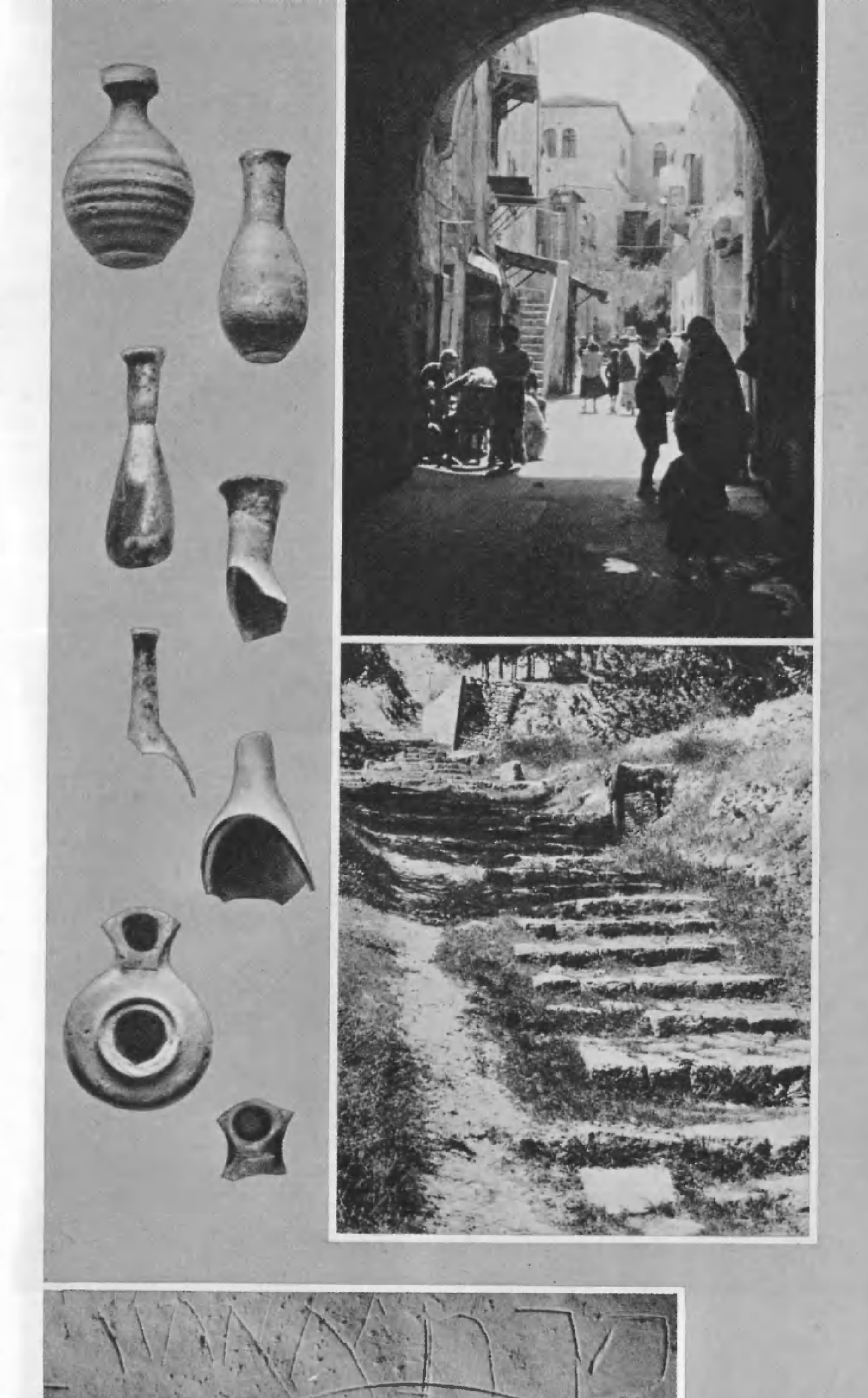
NE, Betsaida. Esta última ciudad pertenecía a la tetrarquía de Filipo; al comienzo de nuestra era había sido reconstruida por él y llamada Julia, del nombre de una hija de Augusto. En Cafarnaúm habitaban Pedro, Andrés y los hijos de Zebedeo, los primeros discípulos que, a una palabra de Jesús, abandonaron sus redes de pesca y le siguieron. Todo en Él les fascinaba, su personalidad y su mensaje, que por otra parte resultaban inseparables como vamos a ver.

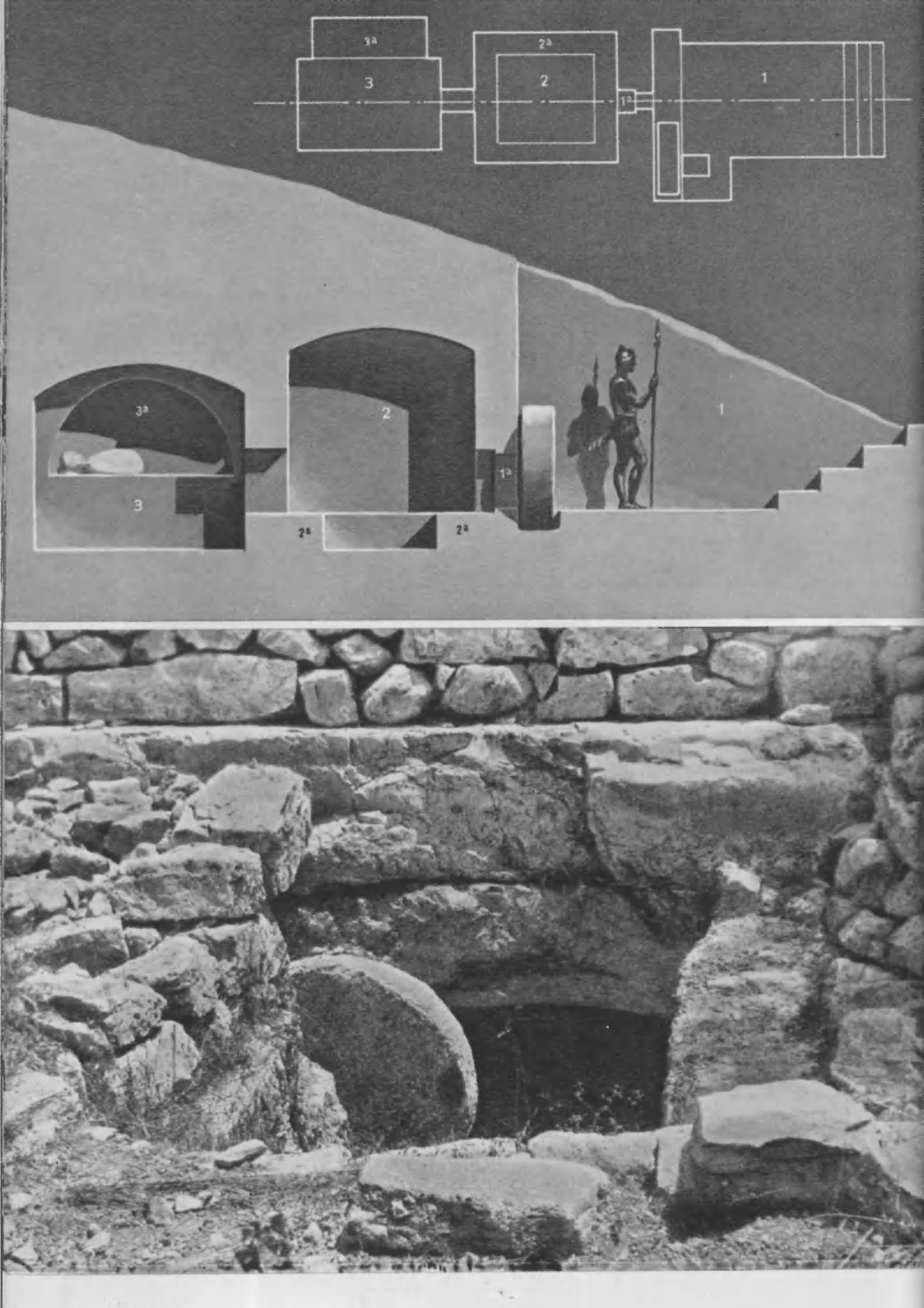
Del Reino de Dios inminente Juan Bautista había hablado sobre todo como de un juicio, con sentencia y aniquilamiento de los malos; Jesús, en cambio, lo daba a conocer como una manifestación del amor misericordioso de Dios, a quien, con un acento incomparable, llamaba su Padre. Afirmaba además que esta manifestación se inauguraba en su propia persona, cosa que confirmaba invadiendo el dominio de Satán: expulsaba a los demonios, curaba a los enfermos, devolvía la vida a los muertos. Porque donde el Dios vivo es obedecido absolutamente, domina sin restricción; y así, la enfermedad y la muerte han perdido sus fuerzas.

Aunque sabemos muy poco sobre los itinerarios de Jesús, su estancia en la región retirada de Tiro y Sidón parece haber sido dictada por una crisis en su ministerio. Tras la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo y la transfiguración en el monte (¿el Hermón vecino, el Tabor?), comenzó a instruir a sus apóstoles sobre la pasión que sufriría en Jerusalén, con la que recibiría su coronación la manifestación del Reino de Dios. Ya antes Jesús había visitado Jerusalén en las solemnidades; siempre, como en el misterioso distrito de Dalmanuta-Magadan, había chocado con la incomprensión de las clases dirigentes. Atravesó varias veces Samaría, donde, junto al pozo de Jacob, frente a Siquem (→ 68-69 *), habló con una mujer que venía por agua (cf. → 163 arriba); otras veces pasó al otro lado del Jordán, a la frontera con Perea. Sin duda las fronteras entre estos territorios (señaladas en el mapa 8, frente a p. 168) no entorpecían los viajes. Desde Perea efectuó su última subida a la ciudad que ostentaba la lúgubre reputación de dar muerte a los profetas. Jesús se mostró abiertamente bajo los pórticos del templo (→ 166 arriba *) todavía sin acabar y cuya destrucción predijo. Al atardecer bajó por el torrente Cedrón (→ 166 abajo *) a casa de sus amigos de Betania o al huerto de Getsemaní, al pie del monte de los Olivos. En el mapa desplegable de Jerusalén (frente a p. 85) pueden seguirse los últimos pasos de Jesús. No se sabe con exactitud dónde le juzgó Pilato (Lithostroton, Gabbatha: Jn 19, 13; el palacio de Herodes o la Antonia); también es inseguro, por tanto, el recorrido del penoso vía crucis a través de estrechas callejas, a menudo con escaleras (→ 167 der. *). Sólo es seguro el lugar del Calvario. Esta eminencia comúnmente llamada la "cabeza", el "cráneo", en tiempo de Jesús caía fuera de la muralla, en el cruce de varios caminos; era, pues, un lugar apto para la ejecución de malhechores. Hoy esta pequeña roca y la tumba abierta (→ 168 *) en el jardín vecino están cubiertas por un enrevesado conjunto de iglesias, primera meta del peregrino que llega a Jerusalén. En este viernes, para los fariseos el asunto de Jesús quedaba arreglado: si Dios hubiera estado con aquel hombre, le habría librado de la muerte...









3a
3
2a
2
1a
1
3a
2
1a
1
3
2a
2a

TESTIGOS HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

A san Lucas, médico de Antioquía (→ 172 abajo*) y fiel compañero de Pablo, no debemos sólo el III evangelio, que nos da una imagen tan conmovedora del Salvador, sino también una continuación de esta primera obra: los Hechos de los Apóstoles. El lector del Nuevo Testamento debe comenzar por este libro. Sus primeros capítulos, en efecto, ofrecen una imagen exultante de la impresión que causó en los primeros discípulos el triunfo de Jesús sobre la muerte. La acción fulgurante y misteriosa del Espíritu Santo, prometido con este fin, transformó a los seguidores vacilantes y amedrentados en testigos seguros que se sabían llevados por un poder conquistador. Los discursos de Pedro en este libro son tan arcaicos por su estilo y contenido, que Lucas debió usar fuentes escritas o revivir en gran medida los arrebatos de las primeras semanas. En todo caso será provechoso compararlos (véanse Act 2, 3, 4, 10, y cf. 13); se constatará cómo los discípulos, fundándose en textos del Antiguo Testamento, veían en la resurrección de Jesús el sello puesto por Dios a su ministerio; hasta qué punto consideraban estos hechos como decisivos para la humanidad y para cada hombre en particular: coronaban la larga espera del Reino de Dios.

Así se aceptarán más fácilmente las incoherencias, en parte inconciliables, de los relatos evangélicos sobre la resurrección y las apariciones de Jesús. Evidentemente cada evangelista extraía su material de las tradiciones que tenía a mano y es comprensible que ciertos relatos de las experiencias peculiares vividas en aquellos días de emoción intensa difieran unos de otros. Lo importante es que estos hombres, primeros autores y luego propagadores de estos escritos, pertenecen a la comunidad que vemos formarse en los Hechos: lo que los unía –pero también lo que los separaba dolorosamente de los judíos– era la convicción de que Dios había resucitado de los muertos a su siervo Jesús, que lo había exaltado a su diestra, constituyéndole así Señor y Mesías, salvador del género humano. O le habían visto personalmente en vida, o su seguridad se apoyaba en el testimonio de aquellos a quienes se había aparecido, confiándoles una misión universal.

Lucas consagra a san Pablo la segunda parte de su obra. Y es sorprendente que este autor, tan atento a evitar repeticiones, nos ofrezca tres relatos detallados de la experiencia de Pablo en el camino de Damasco (Act. 9, 22 y 26). Sin duda expresa así la importancia incalculable de este acontecimiento para la joven cristiandad. Es difícil, en efecto, pensar en alguien mejor calificado que Pablo para su tarea. Nacido en Tarso, Cilicia, de una familia judía ortodoxa y educado desde muy joven en Jerusalén para recibir, entre otros del célebre Gamaliel, la formación de un doctor de la Ley, Pablo estaba familiarizado con las dos formas principales de la fe judía: la de la Diáspora y la de Jerusalén. Por dominar el griego de la koiné, la lengua vulgar de su tiempo, tenía acceso a todas las culturas del Imperio. Además, siendo ciudadano romano por nacimiento, poseía los consiguientes privilegios. Había recibido esa rara habilidad de montar rápidamente un razonamiento rotundo y de llegar a la vez a la más mística

de las contemplaciones. Dotado de una viva sensibilidad, atravesaba en un instante toda una gama de sentimientos. Pablo había puesto todas estas dotes, desde su primera juventud, al servicio de su Dios. Era, por tanto, más opuesto que ninguno de sus colegas a los discípulos de Jesús, en quienes veía, con más perspicacia que otros, una amenaza contra los fundamentos mismos de la comunidad judía, herencia de Yahvé. Por eso los combatía con tanta violencia. En el camino de Damasco recibió la luz que le hizo ver: al perseguir a los seguidores de Jesús no luchaba contra los enemigos de su Dios, sino contra su Mesías, el Cristo que esperaba desde su juventud.

Léanse las cartas de san Pablo en el marco de sus viajes, contados por Lucas, y según su orden cronológico (el mapa frente a p. 169 podrá ayudar): se observará cómo durante sus incesantes correrías a través de desfiladeros salvajes (→ 173), en frágiles embarcaciones de cabotaje o a lo largo de calzadas interminables (→ p. sig.), profundizaba constantemente en las realidades que le fueron reveladas en el camino de Damasco y en la calle Recta (→ 172 arriba, izq.). Pero lo que le impulsaba a este incansable estudio no era sólo su deseo de llevar su mensaje, con claridad y convicción, a los ambientes más diversos, judíos o gentiles, cultos o iletrados; eran también las crisis y desviaciones de sus comunidades. Así, los fieles de Tesalónica le hicieron precisar las ideas sobre el retorno de Jesús (que había muerto veinte años antes); predicadores judaizantes de Galacia le obligan a repensar el misterio de la justificación por la fe; los convertidos de Corinto, capital turbulenta (→ 172 arriba, der.), le arrancaron con sus querellas y cuestiones páginas sublimes, mientras las ilusorias especulaciones de los Colosenses le llevaron, durante su cautividad de dos años en Roma, a considerar las últimas consecuencias de la obra de Jesús para la humanidad y el cosmos. Con la alusión a esta prisión romana (61-63) Lucas concluye su libro.

Las cartas a Timoteo y Tito dan testimonio de viajes ulteriores y contienen medidas sobre la organización posterior de las comunidades; el apóstol confía a sus colaboradores el cuidado de guardar la enseñanza que él había predicado. Hacia 67 fue decapitado en Roma, donde Pedro parece que había sido ya martirizado. Pero entonces el cristianismo estaba ya instalado en el Imperio. Pablo había trabajado con preferencia los grandes centros, como Efeso, importante nudo de comunicaciones terrrestres y marítimas en la costa de Asia Menor. Allí los orfebres se quejaban, con razón, de que si se dejaba actuar a Pablo, su gran Artemis, la diosa voluptuosa de los múltiples senos, *perdería su prestigio* (Act. 19, 27; cf. → 174 arriba, izq.). Rompiendo con sus divinidades, conocidas y desconocidas (Act 17, 23; cf. → 174 arriba, der.), la joven cristiandad proclamaba al Dios de Israel que había abandonado a la destrucción su único Templo (→ 174 abajo) porque en adelante todos los hombres afanosos por buscarlo podían encontrarlo en su Hijo único, Jesús, del que había hecho su nuevo Templo resucitándolo de entre los muertos.













NOTAS SOBRE LAS ILUSTRACIONES

Las cifras (en negrita) remiten a las páginas

11 El valle del Jordán, desde gran altura, hacia el NNO. A der. el valle del Yabbok desemboca en el Jordán; el valle propiamente dicho de éste está más oscuro por la espesa vegetación entre la que discurre el río. La mancha clara, 1 cm. a la izq. de la desembocadura del Yabbok, es *Tell ed-Dâmiyed*, las ruinas de la ciudad de Adam donde, según Jos 3, 16, se detuvieron las aguas del Jordán. El valle de la izquierda es *Wadi Farah*. En su origen se encuentra el tell de la antigua Tirsa, cf. → 105 arriba, tomada exactamente en dirección opuesta.
12 ARRIBA: Puerto de Trípoli, antigua colonia fenicia donde Arad, Tiro y Sidón poseían cada una un barrio; de ahí el nombre griego: "tres ciudades". En el fondo, la cadena del Líbano. ABAJO: El Hermón, visto desde NE, desde los montes del Líbano a través de la Beqa.
13 ARRIBA: El más importante de los raros bosques de cedros que quedan en el Líbano. Se halla 30 kilómetros al SE de Trípoli y contiene unos 400 árboles, algunos de ellos más que milenarios. ABAJO: Márgenes de este bosque.
14 Fenicios vencidos cortan cedros para el faraón. A la der., cuatro de ellos hacen acto de sumisión a un oficial egipcio (no visible en la foto). Detalle de un relieve que Seti I (1317-1301) hizo grabar en un muro del templo de Tebas (Karnak).
17 ARRIBA: Mari, junto al Éufrates, que durante siglos fue un centro comercial floreciente; devastada por Hammurabi hacia 1700 a. C. y descubierta por azar en 1933 por unos nómadas que, al intentar enterrar un muerto, encontraron una estatua; excavada después parcialmente en campañas anuales. La foto, tomada tras la 4.ª campaña, muestra en segundo plano el famoso palacio real con sus 260 habitaciones, patios interiores, etc. Las 20.000 tablillas cuneiformes de sus archivos nos dan informaciones inestimables sobre la historia y la cultura de esta región. A lo lejos, el Éufrates. ABAJO: El Tigris, junto a *Jezîret ibn Omar*, la antigua Bezab, de donde Alejandro Magno atravesó el río doce días antes de su victoria decisiva sobre los persas en Gaugameles (2 oct. 331 a. C.). Entonces el Tigris rodeaba la ciudad; de ahí el nombre de la misma, Gozarta ("isla", en árabe *Jesîreh*). La ciudad estuvo algún tiempo bajo el dominio del príncipe Ibn Omar. Desde 1929 la frontera de Turquía (paisaje del fondo) pasa ante la ciudad y sus viejas murallas; los turcos escriben su nombre Cizre.
18 ARRIBA: La isla de *Ruâd*, a 3 kilómetros de la costa fenicia, en que estuvo la importante ciudad mencionada en la Biblia bajo el nombre de Arvad. ABAJO: Tiro, ciudad insular, en otro tiempo tan importante como Arvad, conquistada por Alejandro tras un asedio de siete meses en 332 a. C., con ayuda de un terraplén que la unió al continente y la transformó en península.
19 Obeliscos descubiertos en un templo excavado en Biblos, testimonio de la influencia egipcia en esta ciudad.
20-21 La más antigua capital de Egipto, un poco al S del Cairo, llamada *Mn-nfr* por su belleza; el hebreo abrevia el nombre en Mof y Nof, los griegos escribían Memphis. Tras las palmeras que crecen en el antiguo emplazamiento de la ciudad, se puede ver, al borde del desierto occidental, la célebre pirámide escalonada del faraón Djéser (2600 a. C.)
22 ARRIBA: El Nilo, un lugar cualquiera entre el Cairo y Lúxor. Obsérvese el corte radical entre la franja fértil y el desierto, de un blanco deslumbrante, a ambos lados del río. ABAJO: El Nilo en Lúxor; esta pequeña ciudad debe su nombre a las ruinas entre las que está edificada: las de "la ciudad de Amón" (No-Amón o No en la Biblia, Tebas en griego) y que los árabes llamaban "los castillos", *el-Qusûr* (plural de *el-Qasr*). Dos kilómetros al N se halla la aldea de Karnak, junto a las ruinas del templo de Amón. En el centro de la foto, junto

a la orilla del primer plano, se distinguen las grandes columnatas que se verán de cerca en → 71. En la otra orilla, una flecha blanca señala el Valle de los Reyes (cf. 23 arriba). Contra la pared rocosa (en la sombra) Hatshepsut hizo construir su templo funerario (→ 23 abajo).

23 ARRIBA: El famoso Valle de los Reyes. A la izquierda del centro una línea de puntos indica la entrada de las procesiones en este valle desolado. Todos los faraones del Nuevo Imperio hicieron abrir aquí sus tumbas, en el corazón de las montañas que servían así de pirámides. De las sesenta tumbas reconocidas actualmente, cada una unida al valle por un largo corredor a menudo espléndiamente decorado, tres aparecen en la foto: 1 señala la entrada del largo corredor que conduce a la tumba de Ramsés II, 2 el de Ramsés IV, 3 la entrada a la de Tutankamon, única que escapó al pillaje de los ladrones de tumbas en tiempos antiguos; fue descubierta intacta en 1922, tras años de búsqueda por parte de estudiosos que sabían estaba aún inviolada.

23 ABAJO: En primer plano, el templo funerario de Hatshepsut con sus tres terrazas superpuestas: la del centro es la más grande. En segundo plano, un templo funerario mucho más antiguo, con una sola terraza (hacia 2000 a. C.).

24 El mar Muerto, visto desde gran altura, hacia el SSE. La línea de trazos señala el campo de visión de → 143. Este mar interior cerrado recibe del Jordán y otros ríos menores, como el Arnón, unos 200 m^3 de agua por segundo: lógicamente su nivel debía subir 1 cm. por día; pero el exceso del agua que entra es compensado por una evaporación extraordinariamente intensa en esta depresión supercalentada y encerrada entre altas paredes rocosas. De ahí la gran riqueza mineral de las aguas (un 25 % de sales; véanse las marismas a la izquierda, en la desembocadura del Jordán). Los peces que penetran en ellas mueren en unos segundos. Llamado en la Biblia mar Salado o mar de la Llanura (del Jordán), a comienzos de nuestra era recibió el nombre de mar Muerto: sólo el río milagroso que brota del templo de Dios puede desalinizar sus aguas (Ez 47, 1-12).

27 ARRIBA: Vista de *Kafr Kenna*, aldea pintoresca unos kilómetros al NE de Nazaret, identificada desde el siglo IV con la Caná de Jn 2. ABAJO: Desde las torres de la basílica que corona el Tabor (cf. → 84 abajo) se ven, hacia O, por encima del convento griego y sus dependencias, las colinas de la Baja Galilea en que se halla Nazaret.

28 ARRIBA: El país montañoso de Judá. ABAJO: una parte del desierto del Négueb, el país meridional, visto en dirección E. A lo lejos, en dirección N-S, el valle de la Arabá y, detrás, la altiplanicie edomita.

29 ARRIBA: El desierto de Judá a la altura de Belén. A lo lejos el mar Muerto ante los montes de Moab. ABAJO: La torre de defensa, visible en el centro justo de la foto precedente, se halla aquí arriba, a la derecha. Forma parte del muro que rodea el monasterio construido contra la roca a pico en la profunda incisión del torrente Cedrón; es obra de los discípulos de san Sabas, un capadocio que se estableció aquí como ermitaño en 478. En los siglos siguientes el monasterio era conocido mundialmente como un centro de ciencia y arte.

30 La aldea de *Jebeil* y el tell excavado de la antigua Biblos.

33 ARRIBA: El tell de la antigua Hamat entre las casas de la Hama actual. ABAJO: El Orontes en Hama; al fondo el tell.

34 ARRIBA: Restos de la fortaleza de Maqueronte, construida por Herodes el Grande. En el fondo, el mar Muerto, 1130 metros más abajo; detrás, las montañas abruptas del desierto de Judá. CENTRO: Al otro lado del pequeño valle de la *Buqeia* (diminutivo de *Beqa*) se ve el Hircanium, fortaleza edificada por Juan Hircano y reforzada por Herodes el Grande. Desde su retiro, situado unos kilómetros al O *(Mar Saba*, cf. → 29 arriba), san Sabas fundó en estas ruinas un monasterio en 492 que persistió hasta el siglo IX. ABAJO: Vista de Belén hacia el SE. La flecha señala el Herodium, la fortaleza construida por Herodes.

35 ARRIBA: El tell de la Dotán bíblica, poco después de la primera campaña de excavaciones en 1953. ABAJO: El mismo tell, visto de lado, apenas reconocible desde este ángulo. A la izquierda, varias tiendas de nómadas.

36 ARRIBA: Excavación de la ciudad bíblica de Tirsa. ABAJO: Cimientos de edificios aparecidos en Tirsa.
39 Cerámica palestinense. A izquierda y abajo, lámpara de aceite en los diferentes estadios de su evolución. Primitivamente se llenaba de aceite un platito redondo ordinario; la mecha descansaba en el borde. Luego los alfareros moldearon un pequeño cuello en el borde para fijar mejor la mecha (o cuatro cuellos para cuatro mechas). Después se acentuó más el cuello, hasta acabar por formar una especie de pico con los lados elegantemente replegados. A la derecha, seis vasijas de diversos tipos. Es curiosa la que representa una figura de larga nariz y barba en punta (21 centímetros de alta, del tiempo de los hiksos, encontrada en Jericó). Encima y debajo, vasijas del período israelita. Los tres ejemplares de la derecha son del Bronce Medio (2000-1600); la de abajo es de tipo micénico y fue sin duda importada.
40 ARRIBA: Monumentos funerarios fenicios, roídos por el tiempo, junto a *Amrît,* una ciudad costera, erigidos por los habitantes de Arvad (→ 18 arriba). Estos colosos señalaban la presencia de tumbas cavadas en el suelo a gran profundidad. El monumento de la derecha consta de un pedestal con leones en los ángulos y sobre el que descansa un cilindro monolítico de 7 metros de alto. ABAJO: Parte de una tumba abierta en la roca; pertenece al Bronce Medio (2000-1600) y fue encontrada en Jericó. El contenido, en la misma disposición en que fue descubierto, está reconstruido en el Museo de Antigüedades de Leiden (Holanda).
41 ARRIBA: Jarros y platos en que los antiguos habitantes de Palestina colocaban alimentos y bebida para sus muertos; a menudo aparecen intactos. A la izq., bellas piezas de cerámica de hacia 3000 a. C.; a la der., cerámica de hacia 1800. CENTRO: Sepulturas humanas en torno a un caballo, probablemente del período hiksos, encontradas junto a *Tell el Ajjûl,* al S de Gaza. ABAJO: En 1952 se encontraron en el monte de los Olivos, junto al "Dominus flevit", instalaciones funerarias contemporáneas de Cristo; parte de ellas aparece en la foto; de ellas se extrajeron numerosos osarios, es decir, pequeños cofres de piedra que contienen los huesos de muertos enterrados previamente en cámaras funerarias (cf. → 168). En ellos aparece escrito a menudo el nombre del difunto, en griego o en arameo. Han aparecido entre otros los nombres de Jairo, Marta y María (→ 167 abajo), Simón Bar Jona, Jesús, Salomé, Filón de Cirene. DERECHA: Dos sarcófagos: el de arriba es un osario en piedra calcárea del tiempo de Cristo y lleva el nombre de "Salomé, mujer de Lázaro"; abajo, un sarcófago de barro cocido del siglo XII a. C. encontrado en Bet-Shân. La tapa tiene forma de rostro, con orejas y brazos. Este modelo, hallado también en el Delta y en el país de los Filisteos, es prueba de la influencia egipcia en Canaán.
42 Cima piramidal de un obelisco roto del gran templo de Amón en Tebas (Karnak).
47 ARRIBA: Extremo superior de una columna (2 metros de alto) de diorita negra, en la que Hammurabi, rey de Babilonia hacia 1690 a. C., hizo grabar un código que, sin contar el prólogo y el epílogo, comprende 282 párrafos. Llevado de Babilonia como trofeo por los elamitas, fue encontrado en Susa en 1901. A la izq., el rey de pie con la mano en la boca en actitud de respeto; a la der., el dios solar Shamash sentado en un trono que representa un templo, sus pies reposan sobre un escabel en que aparecen figuradas montañas; los cuatro pares de cuernos en su cabeza señalan su divinidad. Como protector del derecho, Shamash ofrece al rey un bastón y un anillo. ABAJO: Comienzo del párrafo 25 de este Código, como muestra de la escritura cuneiforme. Cada signo representa una sílaba. Comenzando por arriba, a la derecha, las ocho columnas dicen: *shum-ma-i-na bît-a-wi-lim / i-sha-tum / in-na-pi-ikh-ma / a wi-lum / sha a-na bu-ul-li-im / il-li-ku / a-na nu-ma-at / be-el bîtim.* Traducción: Si en la casa de un hombre / un fuego / se declara y / un hombre / que a apagar / acude / a la posesión / del dueño de la casa... Y Hammurabi prosigue diciendo que si tal hombre echa el ojo a una posesión del dueño de la casa y se la lleva, será arrojado al fuego.
48 ARRIBA: Un "clavo de arcilla", empleado probablemente como ornamentación mural en los templos de Mesopotamia del Sur. Este ejemplar, que pertenece a la colección De Liagre Böhl en Leiden, procede de Lagash. El texto nos dice que Entemena, príncipe de esta ciudad

(hacia 2350 a. C.), edificó una casa para sus dioses, que determinó su interior y que estableció un pacto de amistad con el príncipe de Uruk (la Erek bíblica). CENTRO: Carta de un oficial babilonio (la cerilla sirve de escala), escrita poco antes de la destrucción del imperio en 538. En ella se habla de un cierto Gubarru (en griego Gobryas), sin duda el que desempeñó un papel en la caída de Babilonia. En ella aparecen también los nombres de *Nabu-kudurri-usur*, "Nabu protege la región" (en la Biblia, Nabucodonosor) y de *Nergal-sharra-usur*, "Nergal protege al rey"; la Biblia habla de él, bajo el nombre de Nergalsaréser, como de un oficial del precedente cuando la conquista de Jerusalén en 587 (Jr 39, 3), que más tarde, en 559, llegó a ser rey de Babilonia. ABAJO: Contratos de entrega de grano, asimismo de la colección De Liagre Böhl, Leiden. A la izq., uno de ellos en su "sobre". El de la derecha, sujetado por los dedos frente a su "sobre", lleva la fecha del año 44 del rey Shulgi de Ur, hacia 2000 a. C. La arcilla asegura una indestructibilidad que no posee el papel. Una vez escrito el contrato, con los nombres de los testigos, antes que la arcilla se secara era envuelto en una delgada capa de arcilla, el sobre, en la que se reproducía literalmente el texto, incluso los nombres de los testigos, y se sellaba. Si después de sellado, alguien afirmaba que se habían introducido modificaciones, el juez no tenía más que romper el sobre y extraer el original. Éste al menos no podía haber sido retocado.

49 En la antigua Mesopotamia toda persona de cualquier condición poseía su sello propio, un pequeño cilindro de piedra más o menos preciosa; en él estaba grabada casi siempre una imagen religiosa junto con un texto. A través de la altura del cilindro se practicaba un taladro para poder llevarlo colgado al cuello. El dueño lo hacía rodar sobre la tablilla escrita, a modo de firma. En el "sobre" de la p. 48 (abajo, centro) se ven dos ejemplos, uno arriba y otro abajo. Ofrecemos aquí algunos ejemplos de las decenas de miles de sellos y que constituyen una rama especial de la arqueología. ARRIBA: Representación del dios solar que se eleva entre las montañas. Fila tercera: dos impresiones de sellos con representaciones mitológicas: a la izquierda se reconoce la torre de un templo; a la derecha, dos personas ante el árbol de la vida con la serpiente. ABAJO: Un sello precioso en piedra verde, con incrustaciones de concha y un botón de plata; según el dibujo, probablemente pertenecía a un sacerdote encargado de los rebaños del templo. El segundo sello de arriba, encontrado en Bet-Shân, es curioso porque hace ver el empleo que se hacía en Palestina de estos sellos cilíndricos: en él se ven influencias egipcias (entre otras el "signo de vida") en medio de motivos nord-mesopotámicos.

50 Costado del trono de la estatua de Ramsés II en Lúxor, visible en → 71 derecha. Todos los personajes de abajo tienen rasgos semitas: sus brazos atados a la espalda y la cuerda que los une unos a otros por el cuello indican que se trata de prisioneros que representan regiones o ciudades sometidas de Asia. Entre ellos leemos nombres conocidos, como el del reino de Mitanni (segunda figura enteramente visible): hacia 1460-1300; éste era un estado de la Mesopotamia del norte situado entre Asiria (figura cuarta), los hititas que habían penetrado profundamente en Siria (última figura de la serie) y Egipto. Entre ellos, nombres de ciudades o estados todavía sin identificar. Como se sabe, estas listas son importantes para conocer la geografía política de Canaán.

53 ARRIBA: Hallazgos en Gabaón. A la izq., fragmento de un cántaro para vino, con un trozo de embudo encima. Las asas están inscritas. A la der., una de estas asas con el nombre de Gabaón. ABAJO: Muchas informaciones sobre la historia y la cultura nos vienen de las innumerables "estelas" encontradas, es decir, piedras planas erigidas en honor de las divinidades o en memorial; llevan dibujos y textos. He aquí tres ejemplos. A la izq., una estela de 1,35 metros de altura, del tiempo de Teglat-piléser III, encontrada en *Arslân-Tash*, al O de Harán. El dios de la tormenta Hadad está en pie, en actitud marcial, sobre un toro; en las manos lleva rayos, y en la cabeza el símbolo de una estrella. A la der., arriba, una estela de basalto negro, de 1,83 metros de altura, encontrada en el país de Moab, al S del Arnón, junto a *el-Balua*; probablemente se remonta al siglo XII u XI a. C. Entre dos dioses vestidos a la egipcia, un hombre en actitud orante, quizá el rey de Moab. La inscripción de arriba apenas

es visible y no ha sido aún descifrada. Otro testimonio de la fuerte influencia de Egipto en Canaán: la pequeña estela caliza de abajo (28 centímetros de alto), del siglo XIV, encontrada en Bet-Shân. A la izq. de la parte superior se ve el trono de Mekal, el Baal de la ciudad.

54 Óstraca y sellos. Para comunicar noticias breves los israelitas preferían escribir en trozos de cerámica, acumulados en todas las casas, en vez de usar papiros. He aquí tres muestras de estos trozos de cerámica ("óstraca") escritos. Arriba, izq., una nota hallada en Samaría (siglo VIII a. C.), desgraciadamente mutilada, a la izquierda. Dos de las líneas incrustadas comienzan con el nombre de Baruc, la tercera con el de Yimna, que leemos también en la Biblia. A la der., uno de los famosos óstraca de Lakish. En 1935 se encontraron, en las habitaciones contiguas a la puerta de esta ciudad, gran número de óstraca de los que sólo dieciocho conservaban huellas de escritura hecha con tinta por una mano hábil. En seis de ellos el texto era legible y coherente. Estas cartas eran enviadas a Yoas, sin duda el gobernador del distrito de Lakish, durante los años turbados por las amenazas babilonias entre 597 y 587. Los autores, probablemente oficiales de los puestos cercanos, se servían precisamente del mismo estilo que Baruc, el secretario y amigo de Jeremías, a quien sin duda todos conocían o del que al menos habían oído hablar. Los nombres de personas mencionados en estas cartas se encuentran también en la Biblia. La foto ofrece el verso de la carta 3: en él se leen las cinco últimas líneas escritas por cierto Hoshaya (cf. Jr 42, 1) a Yoas; en ellas se hace mención de una carta de un funcionario real, Tobías, dirigida a Shallum, hijo de Yaddua, en nombre del profeta que previene: "¡Ten cuidado!" En el centro, der., un óstracon del siglo VIII encontrado en *Tell el-Qasîleh,* al NE de Tel Aviv, donde en la época real había una ciudad comercial fortificada (aún sin identificar). La línea grabada dice: "Oro de Ofir (cf. Is 13, 12) para Bet-Horón..." Debajo de esta línea, la letra y las tres pequeñas rayas significan: "30 siclos". Bet-Horón, es decir, la casa (o el templo) del dios Horón, es la doble ciudad bien conocida, en la frontera entre Israel y Judá, o un templo en el centro comercial. En el centro, izq., cinco ejemplares de sellos del antiguo Israel. Casi siempre se seguían modelos egipcios, dándoles la forma de un escarabajo. Este insecto deposita sus huevos en una bola hecha con excrementos de animales u hombres que sirven de alimento a las larvas. Desde tiempo inmemorial, en Egipto este insecto había venido a ser símbolo del dios Sol que hacía rodar en el cielo la bola luminosa de donde viene toda la vida. La cara plana de los múltiples sellos en forma de escarabajo hallados en Egipto lleva numerosas figuras, fórmulas y nombres. De los cinco ofrecidos aquí, los dos de encima presentan el recto y la impresión de un escarabajo israelita de Lakish; bajo la imagen de un insecto alado se halla el nombre del propietario, Ahimelek. La figura de la izq., debajo, es la impresión de un sello-escarabajo de Mispa; encima del gallo de pelea, el nombre del dueño: "Yaazanya, siervo del rey" (cf. 2 Re 25, 23). En la impresión del centro puede leerse el nombre de "Haman" entre las patas de una esfinge coronada (precedida de un signo de vida); debajo de ésta, una langosta. A la der., el verso de un sello de Ammón, perteneciente a "Adoniner, siervo de Amminadab" (nombre de un rey de los ammonitas hacia 650 a. C.). En el extremo inferior de la p., cuatro fotos de un escarabajo semejante de la colección del autor. Fue hallado en Palestina y probablemente se remonta al siglo XVI a. C. El personaje adopta la actitud de un faraón que coge a sus enemigos por los cabellos y se dispone a matarlos. No obstante, es sin duda de origen palestinense, porque lo que el personaje se dispone a aniquilar es la serpiente-uraeus que aplasta a sus pies; esta serpiente es el símbolo del poder egipcio. Los diferentes signos no han sido aún totalmente aclarados.

55 ARRIBA: Fragmento del Libro de los muertos del Museo de Leiden. ABAJO: Papiro de una obra clásica (siglo III a. C.). Alrededor, escribanías de escribas egipcios.

56 Estatuilla de escriba del Imperio Antiguo (museo de Leiden). Sobre sus rodillas tiene un papiro desenrollado y escribe con la derecha. El artista no ha cuidado el cuerpo; la cabeza, en cambio, está modelada con amor, "un puro retrato humano, con rasgos finos y bien dibujados, simpático tanto de cara como de perfil".

59 ARRIBA: Restos de una larga mesa, hallados en el gran escritorio de *Qumrâm* y expues-

tos actualmente en el museo Rockefeller de Jerusalén. ABAJO: Parte de otra mesa de trabajo; las cavidades debían de contener agua, sin duda para lavarse los dedos antes de escribir el nombre sacrosanto del Dios de Israel. Los escribas de Qumrân escribían las cuatro consonantes de este nombre, YHWH (entonces no se escribían vocales), en caracteres hebreos corrientes o en caracteres antiguos, pertenecientes al alfabeto anterior al exilio y entonces en desuso (los mismos signos que en las cartas de Lakish, cf. → 54, arriba, der.), o sustituyéndolas por cuatro puntos. En los siglos siguientes los judíos sustituyeron el "tetragramma" (el "nombre de cuatro letras"), en el recitado de los textos bíblicos, por la palabra Adonay, que significa "Señor". Cuando se dotó de vocales al texto sagrado, las cuatro consonantes YHWH recibieron las vocales de Adonay (palabra que se debía pronunciar), a saber, y (en lugar de la a primera), o y a. En la edad media se olvidó esta intención y se comenzó a leer "Jehová", lectura que no hace sentido. La pronunciación primitiva exacta del tetragramma divino no es todavía completamente clara. Hay fuertes razones para suponer la lectura "Yahweh", que por respeto se transformó en "el Señor" o "el Eterno".

60 ARRIBA: Uno de los primeros y más famosos hallazgos de *Qumrân*. Este rollo, de una altura media de 26 centímetros y una longitud de 7,34 metros, se encontraba en una tinaja en la cueva n.º 1 (señalada en → 140-141, abajo). Contiene todo el libro de Isaías como aparece en nuestras Biblias actuales. En la segunda línea de la columna central, totalmente visible, tras un espacio en blanco, tenemos el comienzo de Is 40: *La voz de un gritador: en el desierto, preparad los caminos de Yahvé...*, palabras que, unidas de otro modo, aplica el Nuevo Testamento a Juan Bautista, la voz en el desierto. CENTRO: Un gran fragmento de 23 x 11 centímetros, hallado en la cueva 4, parte de un comentario a Isaías. En la columna completa se lee: "El significado de esta palabra se refiere al fin de los tiempos, cuando tendrá lugar la devastación (?) de la tierra por la espada y el hambre; y esto será en el tiempo de la visita de la tierra: *¡Ay de los que corren desde la mañana tras las bebidas fuertes!...* (Is 5, 11-14; sigue el comentario:) Éstos son los hombres de la burla que habitan en Jerusalén. Son los que *han rechazado la ley de Yahvé Sebaot y despreciado la palabra del Santo de Israel...* (etc... Is 5, 24-25; y sigue:) Ésta es la comunidad de los hombres de la burla en Jerusalén..." Se ve cómo los miembros de la secta del mar Muerto veían ya descrita en las antiguas profecías su situación y la de los círculos de Jerusalén que se les oponían. ABAJO: otro fragmento (7/8 del tamaño natural) donde las palabras de Is 54, 11-12 son aplicadas a la comunidad de *Qumrân* (cf. Apo 21). A LA DERECHA: Reproducción, en tamaño natural, de un *phylacterion*, "medio de protección", amuleto. Esta palabra es empleada, a propósito de las "cinturas de oraciones" de los fariseos, en Mt 23, 5. El ejemplar reproducido es del tiempo de Cristo y ha sido hallado en una cueva de *Wadi Murabaat*, 20 kilómetros al S de *Qumrân*. Contiene, en caracteres muy pequeños, tres de las piezas prescritas: Ex 13, 1-10; 13, 11-16 y Dt 11, 13-21. Estaba encerrado en un saquito de 3,5 x 1 centímetros, con otra pieza en la que estaba escrito el cuarto texto prescrito, Dt 6, 4-9; "Escucha, Israel..." (*Shema, Israel...*).

61 ARRIBA: Los contornos de la ciudad de Harán han sido excavados desde 1951. En la foto aparece *Sultantepe*, 25 kilómetros al N de Harán, tell en que se han encontrado cientos de tablillas pertenecientes a los archivos asirios. CENTRO: Reconstrucción de una torre-templo de Ur; la base tiene una superficie de 62,5 x 43 metros. ABAJO: uno de los costados de esta construcción masiva; véase el hombre que sirve de escala.

62 Un grupo de "asiáticos" visita al príncipe egipcio Khnumhotep. Pintura mural de la tumba de este personaje en Beni-Hasan, 270 kilómetros al S del Cairo. Este grupo de nómadas, cortado aquí en tres trozos, forma un solo fresco. Tras el funcionario egipcio que presenta el grupo a Khnumhotep (en tamaño mucho mayor) y en cuyo papiro se puede leer, entre otras cosas, el año (6.º de Sesostris II, hacia 1892 a. C.), vienen otro egipcio y el jefe del grupo, que hace con la derecha un gesto de veneración. Entre los cuernos de la cabra que ofrece se ve el cayado con incisiones blancas (cf. Gn 30, 37), insignia típica de los beduinos en las inscripciones egipcias. Ante su cabeza los jeroglíficos que dan su título: "Príncipe de un país

extranjero", ante sus piernas los de su nombre, "Ibsha" (que se puede leer también "Abisar"). El texto en el extremo superior dice literalmente: "Retorno de llevar pintura negra para los ojos que le han traído asiáticos 37 (en cifras)". El signo que indica "asiáticos" es un hombre encadenado (!). Por desgracia la cifra 37 ha sido amputada en la reproducción.

65 ARRIBA: Campamento de beduinos en el ancho valle del Zered que separaba los antiguos territorios de Moab y Edom. ABAJO: El río Yabboq, hacia el E. Véanse las dos tiendas de nómadas.

66 ARRIBA: Nómadas de ganado menor en el desierto al oriente de Palestina, junto a un pequeño embalse construido por el gobierno jordano. ABAJO: Encina secular junto a Hebrón.

67 ARRIBA: *Tell Deir Alla*, en el valle del Jordán, junto a la desembocadura del Yabboq, sin duda la Sukkot bíblica, visto hacia el O. Detrás del tell, el lecho del Jordán antes de la cadena central. ABAJO: Vista aérea de la llanura de Siquem, tomada desde el N. 1 = el Garizim; 2 = el macizo del Ebal; 3 = el tell de la antigua Siquem. A su izq., la aldea de *Balâta*. 4 = la iglesia inacabada sobre el pozo de Jacob; 5 = el punto desde donde está tomada la foto → 68-69, abajo; 6 = carretera del S, hacia Betel y Jerusalén; 7 = carretera del N, hacia Tirsa, Tebes, Bet-Shân, etc.; 8 = carretera hacia Samaría y la llanura costera; 9 = carretera hacia el valle del Jordán.

68-69 ARRIBA: Foto, tomada casi en vertical, del paso entre el Ebal y el Garizim que aparecen, respectivamente, a izq., y der. Entre la aldea de *Balâta* y el campamento de refugiados, arriba a la der., se ve una construcción blanca en un jardín: es la iglesia del pozo de Jacob. En la pág. de la izq., el tell y los escombros de la expedición alemana que excavó en él en 1913-1914 y de 1926 a 1934. Desde 1956 los americanos han reanudado los trabajos (la foto se hizo en 1953). ABAJO: Vista del paso, tomada desde el E, desde el lugar señalado con el n.º 5 en → 67 abajo. Se ve enteramente el Garizim a la izq., precedido del campamento de refugiados, mientras a la der. el Ebal está cortado.

70 Formaciones rocosas en torno al mar Muerto. El espolón de arriba, der., se parece a una mujer que huye: los árabes de la región lo llaman "la mujer de Lot"; a menudo llaman al mar Muerto *Bahr Lût*, "el mar de Lot". Abajo, el mismo paisaje, pero visto desde lejos, a bordo de un barco.

71 Dos estatuas de Ramsés II en Lúxor ante la majestuosa entrada, con sus siete pares de columnas de 16 metros de altura, obra de Amenofis III (1413-1377 a. C.). Estas columnas se ven en el centro de → 22 abajo. El costado de la estatua de la izq. está fotografiado de cerca en → 50.

72 Detalle de un relieve de la capilla funeraria construida en Menfis por Horemheb cuando era aún general de Akenaton y Tutankamon. Un detalle, hoy en el museo de Leiden (la tumba se halla repartida en todos los museos del mundo), presenta a dos prisioneros del general en Asia: el de la izq. tiene rasgos semitas muy pronunciados; con las manos sujetas por grilletes primitivos, es arrastrado sin miramientos por dos soldados egipcios (de los que uno oculta al otro).

75 Detalle de una pintura mural en Tebas con escenas de la fabricación de ladrillos.

76 ARRIBA: Camino hacia el corazón de la península del Sinaí. ABAJO: Macizo en que una vieja tradición ve el Sinaí de la Biblia. La cima redonda, a la izq., es el *Jebel Mûsa*, la montaña de Moisés: 2292 metros sobre el nivel del mar, 764 metros sobre el nivel del convento de santa Catalina, en el valle, a la izq.

77 El convento: nació de una fortaleza construida por el emperador Justiniano en 530 para proteger a los anacoretas de los alrededores. Tras siglos de prosperidad (llegó a tener 400 monjes), cayó en decadencia. La biblioteca posee innumerables manuscritos; en 1950 una expedición americana microfilmó 500.000 páginas.

78 ARRIBA: El torrente del Arnón. ABAJO: El monte Nebo.

81 El enorme pozo de Gabaón; la escalera de caracol desciende hasta la fuente misma, debajo del fondo del pozo.

82 ARRIBA: La cadena central, vista desde el E a gran altura. En primer plano, el borde del valle del Jordán (la flecha blanca señala el emplazamiento del tell oval de la antigua Jericó); detrás, a la izq., el curioso desierto de Judá; a la der. se ve la llanura del Jordán que penetra en la cadena central, algo más al O, de modo menos abrupto. Éste es el camino para ir a Ai y Betel desde Jericó. A lo lejos, las dunas blancas y la costa, a unos 60 kilómetros de Jericó. CENTRO: la aldea de *el-Jîb* sobre la doble colina en que estuvo Gabaón. En el fondo, la altura de la izq. terminada en un minarete, a 150 metros sobre el nivel de la llanura y visible desde todos los alrededores, es probablemente *el más grande lugar alto* donde Salomón ofreció sacrificios (1 Re 3, 4). Desde el siglo V se venera aquí la memoria de Samuel, por eso el lugar se llama *Nebi Samwîl*, "profeta Samuel". ABAJO: La ciudad de Lakish, según un dibujo de los excavadores.
83 ARRIBA: A 40 metros sobre el *Wadi Waqqâs*, en primer plano, se ve el tell del mismo nombre; es oblongo y, con su superficie de 600 x 200 metros, mayor que el de Megiddo. Detrás, al N del tell, se ve una plataforma de unos 1000 x 700 metros, protegida, a der. y al fondo, por valles abruptos y a la izq. por un foso artificial y un terraplén enorme, cuya base tiene a veces 100 metros de ancho. Garstang, el director inglés del Departamento de Antigüedades, lo identificó en 1920 con Hasor; en 1928 hizo en él unos sondeos y constató que la plataforma, delante, era un campo fortificado del mismo tipo que los encontrados en Katna y Karkemish. Desde 1955 Yigael Yadin excava en él todos los años, en los dos extremos del tell y en diversos lugares del "campo". Éste aparece como una ciudad fortificada destruida poco antes de 1200 a. C. Hasor es la única ciudad de Palestina mencionada en los archivos de Mari (hacia 1700 a. C.); figura también en las listas de los faraones a partir de Tutmosis III; los archivos de El Amarna hablan de ella como una ciudad fuerte. Por su posición estratégica en el camino de Damasco y Mesopotamia a Egipto, era, según Jos 11, 10, la ciudad real más importante de la región. ABAJO: Excavación de la parte oriental del tell en 1957. El edificio con dos series de columnas es del tiempo de Ajab. A la izq., abajo, cimientos de la puerta de la muralla que se remonta al tiempo de Salomón: son semejantes a los de Megiddo (cf. 1 Re 9, 15).
84 ARRIBA: Desde las ruinas salvajes de Megiddo, una vista hacia el NE. Tras la llanura de Yizreel se ve el Tabor a la der. y, a su izq., las colinas de la Baja Galilea. ABAJO: La cima del Tabor vista desde avión. En → 27 abajo, vista tomada desde las torres de la basílica latina, en dirección del convento griego, a la der. Bajo los dos edificios, ruinas de iglesias y viviendas.
87 Un filisteo y un semita; detalle de un bajorrelieve en el templo funerario de Ramsés III en Tebas. Como se sabe, paradójicamente *Palestina* ha recibido su nombre de los *filisteos*.
88 ARRIBA: Aldea de *Jeba*, 9 kilómetros al N de la vieja Jerusalén, donde se localiza la Gueba bíblica. A la der., arriba, la sombra señala el paso profundo en cuyo extremo se encuentra *Mukhmâs*, la Mikmas de la Biblia. ABAJO: Entrada de este paso, entre Gueba y Mikmas, escenario de la hazaña de Jonatán (cf. 1 Sm 14, 4-5).
89 ARRIBA: Ídolos de bronce de Canaán. A menudo estos ídolos conservan vestigios de una cubierta de oro. ABAJO: Las cifras indican las localidades siguientes: 1 = Endor; 2 = Naím; 3 = Sunem; 4 = Yizreel.
90 ARRIBA: A la izq., trono encontrado en la tumba de Tutankamon. Este faraón, que abandonó la herejía de su predecesor y suegro Akenaton y volvió a residir en Tebas, tuvo un reinado muy corto (1358-1349); los sacerdotes de Amón, agradecidos, le enterraron con una suntuosidad sin igual en el Valle de los Reyes. El trono es de madera preciosa con incrustaciones de oro y marfil; su escabel está decorado con las figuras de los nueve enemigos tradicionales de Egipto: en esta cultura se creía que la representación artística hacía efectivamente presente la realidad. A la der., Tutmosis II sentado a la derecha del dios principal de Tebas, Amón. Primitivamente la estatua de este último era más grande que la del rey; pero cayó bajo los golpes de los iconoclastas de Akenaton y fue mutilada de tal modo que ninguna restauración ulterior (y con ellas se reducían las dimensiones del dios) pudo durar. ABAJO: El escabel del

trono. He aquí la traducción del texto grabado en el centro (comenzando desde arriba): "Todos los países, cada país extranjero, los príncipes de todo Retenu, son como uno solo bajo tus dos sandalias como (bajo) Re, para siempre". Retenu es el nombre que daban los egipcios a la costa siro-palestinense; Re es el dios solar.

95 ARRIBA: Música y danza en el antiguo Egipto. Relieve de un templo inacabado de Hatshepsut en Karnak. ABAJO: Bajorrelieve de una capilla funeraria de Patenemheb (hacia 1350), hoy en el museo de Leiden. Detrás del sacerdote (revestido con una piel de fiera) que realiza la liturgia de la ofrenda mortuoria aparecen cuatro músicos con sus instrumentos: un arpa, un laúd y dos flautas. El arpista "supera a los otros en belleza. ¡Qué esplendor en una superficie de pocos centímetros cuadrados! Con el rostro demacrado, la actitud desolada, los ojos extinguidos, es el ciego según lo conocemos en la vida diaria" (Guía del Museo).

96 ARRIBA: Vista del Cedrón hacia el N. A der., en la falda del monte del Escándalo, donde en la época se hallaban las tumbas de los habitantes de Jerusalén, la moderna aldea de *Silwân* (cuyo nombre recuerda a Siloé). En el fondo, la terraza elevada del Templo. ABAJO: La misma vista, pero desde avión.

97 ARRIBA: Foto aérea de Jerusalén. Explicación de las cifras (las cursivas se encuentran también en la foto de abajo): 1 = torrente Cedrón; 2 = Tiropeón; *3* = fuente de Guijón; 4 = huerto de los Olivos, junto a la basílica moderna de Getsemaní; 5 = carretera asfaltada moderna de Jericó, que atraviesa Betanía; 6 = la antigua carretera de Jericó, que pasa por el monte de los Olivos; 7 = Dominus Flevit; *13* = la iglesia construida sobre el Calvario y el sepulcro de Cristo; *14* = las tres torres del palacio de Herodes; 15 = la iglesia edificada sobre el Cenáculo, escenario de la última Cena y la venida del Espíritu Santo. ABAJO: Vista aérea de Jerusalén. Explicación de las cifras que figuran sólo en esta foto: *8* = Betfagé; *9* = mezquita edificada sobre el lugar tradicional de la Ascensión; *10* = hospital alemán donde estuvo la Nob bíblica; *11* = Bahurim (2 Sm 16, 5); *12* = Anatot.

98 ARRIBA: Toro de bronce hallado en Hasor. ABAJO: Objetos de culto; a la izq., ejemplo de basa sobre ruedas (39 centímetros de alto) del siglo XII a. C., encontrada en una tumba de Chipre. Está decorada con seres alados y pájaros. A la der., un altar de Megiddo (alt.: 55 centímetros) algo más tardío: en los ángulos, cuatro "cuernos".

101 Marfiles. Este arte florecía en Siria sobre todo en tiempo de los reyes de Israel. Para adornar zócalos de madera, sillas, divanes, etc., se cortaban en marfil toda clase de figuras inspiradas en motivos egipcios, mesopotámicos y griegos. Los motivos presentados aquí proceden del palacio de Hazael en Damasco (pero encontrados en *Arslân-Tash,* adonde los asirios los habían llevado como botín de guerra), de Megiddo y del palacio de Ajab en Samaría (cf. p. e. Am 3, 15; 6, 4). Este género de incrustaciones hace pensar en la decoración del templo de Salomón: figuras incrustadas, querubines, palmeras y rosetones (1 Re 6, 29).

102 ARRIBA: Reconstrucción del templo de Salomón según G. Wright y F. Allbright. Las dos columnas libres, llamadas Yakín y Boaz (quizá por ser éstas las primeras palabras de sus inscripciones), eran totalmente de bronce (alt.: 10 metros). ABAJO: Reconstrucción de la puerta en la muralla de Megiddo, fortificada por Salomón.

103 ARRIBA: Templo cananeo aparecido en la parte norte de Hasor. Consta de tres salas en línea recta, que corresponden al vestíbulo, la gran sala de culto y la habitación del fondo (Santo de los Santos) en el templo de Salomón; en la foto se ve en primer plano la habitación del fondo. El suelo, donde se encontraron numerosos objetos de culto, está rodeado por una serie de anchas losas de basalto bien trabajadas (sistema hitita) sobre las que apoyaban postes destinados a consolidar los muros de ladrillo edificados encima. A la entrada de la pieza aparecieron dos estilóbatos redondos de basalto, exactamente igual que en el templo de Salomón. Las huellas de incendio permiten suponer una destrucción repentina del templo (25 x 17 metros) hacia 1200 a. C. ABAJO: Algunos objetos de culto. Delante, caído, un altar de perfumes en basalto, 1,50 metros de altura y 50 centímetros de lado. La estrella inscrita en un círculo es el emblema del dios solar de los cananeos. Más al centro y a la izq. se ven dos losas

de basalto con cavidades, sin duda para las libaciones (¿de aceite o vino?) que eran recogidas en las elegantes vasijas del fondo.

104 Príncipe cananeo; detalle de un marfil (long.: 26 centímetros) encontrado en Meguiddo; quizá era el adorno de una vaina. El príncipe, sentado, bebe en una copa y tiene en la mano una flor de loto; su trono descansa sobre dos animales alados con cabeza humana, posible ilustración de los querubines que servían de trono al pastor divino de Israel, invisible, en el Santo de los Santos. La mujer que da el loto al príncipe parece ofrecerle también su chal como servilleta. En la representación de abajo, desgraciadamente poco clara, tras esta figura se distingue un personaje que toca la lira de nueve cuerdas, como hacía David con Saúl. Siguen luego prisioneros desnudos, encadenados delante de un oficial montado en un carro tirado por dos caballos; encima, el disco alado del sol.

105 ARRIBA: La ciudad de Tirsa, en el comienzo del valle que desciende, hacia el SE, hasta el Jordán (visible en → 11 a izq.). ABAJO: La colina aislada sobre la que Omrí edificó su nueva capital; más tarde estuvo aquí la espléndida ciudad de Herodes, Sebaste, nombre que perdura en la pequeña aldea de *Sebastiyeh*.

106 ARRIBA: Entrada del túnel hidráulico de Gabaón, justamente detrás de la muralla. ABAJO: Izq., interior del mismo; a la der., el de Jerusalén, obra del rey Ezequías (2 Re 20, 20). Su recorrido, 512 metros, aparece en el mapa 4. Conducía el agua de Guijón a un estanque en la parte baja de la ciudad.

107 ARRIBA: Murallas de la ciudad situada en *Tell en-Nasbeh*, 11 kilómetros al N de Jerusalén, según dibujo de los excavadores que localizan aquí Mispa. ABAJO: Dibujo de una instalación hidráulica: tras la muralla de la ciudad (aquí suprimida en parte) comienza el túnel que conduce a la fuente (2). La entrada desde el exterior (1) puede ser tapiada de suerte que el enemigo no pueda forzarla. Estaba prevista una salida para el exceso de agua.

108 Detalle de una de las caras de la estela conmemorativa de Salmanasar III, instalada en su palacio de Kalah *(Nimrud)*, hoy en el British Museum. Según el texto (cuneiforme elegantemente grabado), la escena representa la entrega de "tributo por Jehú, hijo de Omrí". En realidad Jehú no era hijo de Omrí, sino el sucesor ilegítimo de este gran príncipe en el trono de Israel.

111 Relieve (alt.: 90 centímetros) en el palacio de Asurbanipal en Nínive, ahora en el British Museum. La inscripción (cortada justamente en el borde superior de la foto) dice que se trata de la destrucción de la ciudad real de Hamanu, en Elam.

112 ARRIBA: Reconstrucción, por los excavadores de Dur-Sharrukin, de la fortaleza y residencia de Sargón II, abandonada muy pronto por su hijo Senaquerib que prefirió Nínive; por eso esta construcción ha aparecido casi intacta. Obsérvese el templo en forma de torre. ABAJO: Asurbanipal cazando asnos salvajes; bajorrelieve (alt.: 35 centímetros) de Nínive (hoy en el British Museum).

113 ARRIBA: Destrucción de una ciudad en tiempo de Teglat-piléser III (British Museum). ABAJO: Deportación de los habitantes de la ciudad de Astartu (según la inscripción, probablemente la Astarot bíblica, al E del lago de Galilea; relieve del palacio de Kalah.

114 Asurbanipal en su carroza; detalle de un bajorrelieve de Nínive (Louvre). Para Isaías, el dominador asirio, ávido de destrucción, cruel y orgulloso, es exactamente lo opuesto al verdadero señor, Yahvé y su Ungido.

119 El contrafuerte occidental del macizo del Carmelo, visto desde la playa de la bahía de Akko. A sus pies, Haifa, fundada por Tiro en el s. IV a. C., y hoy una de las ciudades más importantes de Palestina (debido sobre todo al puerto construido durante el mandato británico).

120 ARRIBA: La aldea de *Anâta*, vista desde la colina que contiene los restos de la Anatot de Jeremías. ABAJO: la fuente de Para, 5 kilómetros al ENE de Anatot.

121 ARRIBA: Árabe trillando; los bueyes llevan bozal. ABAJO: Aventadores.

123 Detalle de → 111.

125 La Babilonia de Nabucodonosor según dibujo de E. Unger, basado en las excavaciones.

En primer plano el puente sobre el Éufrates; detrás, el complejo del templo con la "torre de Babel" (base: 90 x 90 metros); el recorrido de la famosa procesión parte de aquí y atraviesa la ciudad.

126 ARRIBA: Persépolis, la brillante residencia de Darío (521-485) y de Jerjes (485-465), donde éstos recibían anualmente los regalos de homenaje de los pueblos tributarios; la ciudad fue arrasada por Alejandro Magno. A partir de motivos babilonios, asirios, griegos y egipcios, los persas crearon aquí un nuevo arte de construcción. ABAJO: Una de las delegaciones presentando sus regalos: detalle de uno de los bajorrelieves aparecidos durante las excavaciones de 1931-1934 ante la terraza del palacio y que alcanzan una longitud de 100 metros.

127 ARRIBA: Moneda de Judá, acuñada durante la dominación persa según un modelo ático, con la lechuza de Atenas. A la der. se ven las tres letras YHD, forma aramea del nombre de Judá (Yehud), como aparece en los libros de Esdras y Daniel. ABAJO: Cuchara de plata (long.: 23 centímetros) del período persa, entre 450 y 330 a. C., encontrada en una tumba de la llanura costera meridional. Esta forma de cuchara, cuyo mango representa un cuerpo de mujer extendido, era muy común en el antiguo Egipto. No obstante, este ejemplar es típicamente sirio, como se ve por el rostro de la mujer, las dos cabezas de toro bajo el anillo y el loto entre las manos.

128 ARRIBA: Alejandro Magno, divinizado, con los cuernos de carnero, según aparece en una pieza de cuatro dracmas (hacia 295 a. C.). ABAJO: Representantes de las dos dinastías que lucharon por la posesión de Palestina: a izq. Tolomeo I (305-283), a der., Antioco III el Grande (223-187).

131 ARRIBA: Un contrato, doblado y sellado, de Elefantina, en el que se lee: *spr bî zî ktb*, "carta concerciente a una casa que se escribe (N. y N.)...". Debajo, las primeras líneas de un contrato semejante. ABAJO: El Nilo junto a Asuán, visible a la izq., detrás. Elefantina no es la isla de primer plano, sino la otra, más grande, del fondo, que en la foto apenas se distingue de la ciudad. En el fondo, a la der., la primera catarata (a partir de El Cairo) donde el Nilo se abre camino a través de enormes bloques de granito. Aquí las orillas no ofrecen ninguna posibilidad de cultivo.

132 ARRIBA: Moneda de Alejandría, del tiempo del emperador Cómodo (161-192), con el famoso "faro" de la isla de Pharos (cuyo nombre perdura en "faro") y un velero. A la der., una reconstrucción de este faro, de 180 metros de alto, construido por Tolomeo II Filadelfo (283-246 a. C.) y considerado como una de las maravillas del mundo. ABAJO: En honor de Horus, dios egipcio que los Tolomeos habían identificadc con el Apolo de los griegos, se comenzó en 237 a. C. el famoso templo de Edfu (100 kilómetros al S de Tebas-Lúxor), llamada entonces Apolinópolis. Cubierto casi totalmente por el limo del Nilo hasta finales del siglo pasado, este templo es uno de los monumentos de la antigüedad mejor conservados. Aunque construido según el plano clásico egipcio, denuncia en más de un detalle la influencia de la cultura griega.

133 IZQUIERDA: Cinco monedas. La de arriba representa a Antioco IV Epífanes (175-163 a. C.); tras su victoria sobre Tolomeo en 169 se hizo llamar "Theos Epiphane", "dios aparecido" (en la carne), título al que añadió más tarde el de "Nikephoros" por el que se asimilaba a Zeus. En la moneda siguiente está representado con la corona de laurel y la barba de Zeus. La tercera pieza lleva la efigie de Tolomeo III Euerguetes, el "bienhechor", divinizado por sus súbditos; lleva la corona con rayos del dios solar y el tridente de Poseidón. Las piezas 4.ª y 5.ª son judías, acuñadas en tiempo de Alejandro Janneo (Jannai es un diminutivo de Jonatán). El texto, escrito en alfabeto arcaico, dice: "Jonatán el sumo sacerdote y la comunidad de los judíos." En otras monedas se lee, en una cara, "Jonatán el rey" (en hebreo), y en otra "del rey Alejandro" (en griego). DERECHA: Cleopatra; bajorrelieve de un templo tolomaico-romano bien conservado en *Denderah* (50 kilómetros al N de Tebas-Lúxor); estaba dedicado a la diosa Hator, identificada con Afrodita.

134 Soldados romanos con las enseñas de combate pasando un puente de barcas. Fragmento de la estela de Trajano en Roma.

137 Un ángulo de la gran terraza del templo de Palmira (cf. → 139 abajo), testimonio de la profunda influencia de los gustos griegos hasta en el fondo del desierto sirio. A la izq., la puerta monumental de la ciudad; encima, un castillo árabe.

138 ARRIBA: Monumentos funerarios junto al paso estrecho que permite la entrada en Petra; están construidos simplemente a base de cortar la roca alrededor. El monumento de la izq. (véase el personaje al lado) parece querer imitar un altar. ABAJO: Izq., una de las innumerables tumbas talladas en la roca rojiza que rodea la ciudad. A la der., foto aérea de la región occidental de Petra. En el pequeño promontorio del centro estuvo la acrópolis de esta rica ciudad comercial que se extendía por el valle de la izq.; alcanzó su apogeo en el siglo I de nuestra era (el dominio del rey Aretas IV incluía Damasco: 2 Cor 11, 32). En la roca a pico visible encima de la acrópolis, y cuya cima se eleva 200 metros sobre la ciudad, se localiza la capital edomita, Sela (nombre que, como Petra, significa "roca"), que conquistó Amasías (2 Re 14, 7; 2 Cro 25, 12).

139 ARRIBA: El célebre conjunto de templos de Baalbek, dedicado al Baal de la Beqa, identificado después de Alejandro con Helios, el dios solar que los romanos adoraban con el nombre de Júpiter Heliopolitano. En su honor reanudaron los trabajos en el siglo II d. C., porque los edificios habían sufrido mucho con los seísmos y las devastaciones. En el interior se construyeron luego una iglesia cristiana y un fuerte árabe. En la foto se ve, a la izq., una de las exedras restauradas en la columnata que rodeaba el gran atrio (120 x 100 metros). A la izq., tras la zanja abierta para retirar los cimientos de la iglesia, se ven un altar y las impresionantes escaleras que daban acceso al templo de Júpiter, 7,50 metros más alto. De las 54 columnas (20 metros de altura, 2,20 metros de circunferencia) quedan seis. ABAJO: Foto aérea de Palmira, ciudad comercial en pleno desierto; tuvo su época de esplendor en el siglo II d. C., con detrimento de Petra. El templo de primer plano (225 metros de lado; en 1935 se desalojó del recinto toda una aldea) fue comenzado en los años de la juventud de Jesús. Más allá del santuario central se ve el ángulo tomado más de cerca en → 137. Detrás, la puerta monumental hacia la columnata.

140-141 ARRIBA: Pared rocosa y explanada de *Qumrân*, vistas desde la orilla del mar Muerto. ABAJO: Emplazamiento de la cueva 1.

142 ARRIBA: La explanada de *Qumrân*, vista desde las rocas. En el fondo, la parte norte del mar Muerto. ABAJO: Vista aérea de la explanada.

143 Vista aérea, hacia el S. En primer plano se distingue bien el rectángulo de las ruinas. Inmediatamente detrás, las curiosas paredes rocosas del wadi que, con la línea de montañas a su der., forman el fondo de la foto siguiente. A la der., el impresionante relieve del desierto de Judá.

144 El espolón que alberga la cueva 4.

147 ARRIBA: Las ruinas, vistas desde NO. A la der., el espolón desde donde está tomada la foto precedente (→ 144), en dirección a la cueva 4. ABAJO: Excavación de la cueva. El suelo es rastrillado meticulosamente, luego la arena y las piedras se sacan en pequeñas espuertas.

148 ARRIBA: El refectorio de la comunidad. ABAJO: La escalera de una de las numerosas cisternas; la parte izquierda ha cedido a consecuencia de un temblor de tierra.

149 ARRIBA: La mayor parte de los documentos nos ha llegado en estado de fragmentos. Sólo la cueva 4 ha dado decenas de miles pertenecientes a cientos de manuscritos distintos. ABAJO: Con paciencia infinita, un equipo internacional de estudiosos trabaja en el Museo Rockefeller de Jerusalén en la clasificación e identificación de estos fragmentos, de los que la foto ofrece una serie de muestras, cuidadosamente protegidas bajo cristales.

150 Pastor árabe con su pañuelo típico a la cabeza, seguido de su rebaño.

155 Rincón de una aldea árabe: *Kafr Kenna*.

156 ARRIBA: Belén. ABAJO: Pastores en el "Campo de los pastores" cerca de Belén, que aparece difuminada en el fondo.
157 ARRIBA: El único de los templos edificados por Herodes en honor de Augusto, el de Samaría, del que subsiste algún vestigio: la escalinata de entrada. ABAJO: Izq., la tumba de Abrahám en Hebrón, rodeada de un magnífico muro obra de Herodes; a la der., este muro visto de cerca.
158 ARRIBA: Vista de Galilea. ABAJO: La actual Nazaret. En el fondo, la llanura de Yizreel, cuyo nombre, en la época cristiana, fue deformado en Esdrelón.
161 ARRIBA: Los numerosos meandros del Jordán. ABAJO: El Jordán a la altura de Jericó. Al fondo, las pequeñas colinas margosas que bordean el lecho del río, cf. → 11.
162 Panorama del desierto de Judá. En primer plano, una cerca de piedras sin cementar donde, por la noche, encierran los pastores el ganado. Las manchas oscuras representan la tierra cultivada. En el centro, arriba, el cono del Herodium, la fortaleza que construyó Herodes para que fuese su sepultura. Más lejos, las casitas de la aldea de *Beit Sahûr*, a la izq. de la cual se ve Belén.
163 ARRIBA: Un hombre sacando agua de la cisterna para una mujer que transportará en su cabeza los cántaros llenos a su tienda o su casa. ABAJO: Campesino arando su tierra, una delgada capa sobre la roca, y sembrada de piedras.
164-165 Tiberíades, en el mar de Galilea. Los habitantes de una orilla tienen más contacto con los de la orilla opuesta que con los que habitan detrás de la cadena montañosa.
166 ARRIBA: La terraza del templo de Jerusalén. ABAJO: El torrente Cedrón con el ángulo de la terraza parcialmente visible en la foto precedente. El monumento funerario del centro existía ya en tiempo de Jesús; las otras tumbas judías son posteriores.
167 IZQUIERDA: Vasijas de perfumes y lámparas procedentes de una tumba del monte de los Olivos que se remonta a los tiempos de Cristo. Al pie de la página, inscripción de un osario encontrado en el mismo sitio; en letras hebreas dice: "Marta y María". DERECHA: Arriba, calle de Jerusalén; abajo, trozo de calle que subía a la colina de Sion y que sin duda recorrió Jesús.
168 ARRIBA: Disposición normal de las tumbas judías en los alrededores de Jerusalén en tiempo de Herodes: primero se excavaba un pasadizo en rampa suave a cielo abierto (1), a menudo con escaleras para alcanzar antes la profundidad requerida. Tras una abertura muy baja, que podía cerrarse con una gran piedra, se excavaba una primera cámara (2) provista de poyos alrededor (2a); después una segunda cámara (3) en cuyas paredes se acondicionaban uno o varios nichos donde se depositaba el muerto (3a). A menudo el suelo del nicho tenía cierto declive para que escurrieran los líquidos durante la descomposición: éstos eran recogidos en una cavidad. Después de cierto tiempo sólo quedaban los huesos, que se recogían en un osario con el fin de dejar el nicho para otro muerto; el osario era una pequeña cavidad en el suelo ABAJO: Entrada de una tumba, con cierre de piedra rodante, en Jerusalén.
171 ARRIBA: Llegada de un navío mercante romano, probablemente al puerto de Ostia. En el puente, el capitán hace una ofrenda de acción de gracias por el feliz retorno. Detrás del barco aparece Neptuno. En el puerto se ven otras estatuas. Sobre uno de los pedestales se ve un carro tirado por cuatro elefantes; en el carro, quizá Claudio, jefe del puerto. Este relieve es notable por la exactitud de los detalles: la construcción del barco, las cuerdas, las velas, las barcas, etc. En barcos semejantes realizó Pablo sus viajes. Bajorrelieve del siglo III d. C. (Museo de Torlonia, Roma). ABAJO: Miliario romano al borde de una antigua calzada que atravesaba el fértil país entre Dibón y Mádaba, visible a lo lejos.
172 Tras las huellas de san Pablo. ARRIBA: Izq., Damasco, puerto de entrada en la calle Recta, el "Cardo Maximus" de todas las ciudades greco-romanas. En realidad este arco es una puerta lateral de la gran entrada cuyo arco se encontraba a la izquierda; der., la calle Lechaion en Corinto, que Pablo recorrió muchas veces. ABAJO: Antioquía en el Orontes.

Desde los restos de la ciudadela, un panorama de la moderna *Antâkiyeh;* de la brillante capital seléucida, después centro importante de la predicación cristiana, sólo conserva el nombre y algunos raros vestigios.
173 Uno de los pasos del Taurus, la "puerta cilicia", por donde pasó Pablo más de una vez, corriendo graves peligros.
174 ARRIBA: Izq., la Artemis de los efesios, una estatua en mármol con la cabeza, los pies y las manos de bronce; der., altar dedicado a un dios desconocido en el Palatino, Roma. ABAJO: Detalle de un relieve en el interior del arco de triunfo de Tito, en el Foro de Roma. Los romanos sacan del templo de Jerusalén el candelabro de los siete brazos.

ORIGEN DE LAS ILUSTRACIONES

Las cifras romanas entre paréntesis indican la posición de las fotos en la página contando de izquierda a derecha y de abajo arriba.

Agencia Rapho, París 147 (II), 148 (I); Alinari, Florencia 128 (II, III), 134, 171 (I), 174; Allegro, Manchester 59 (I, II), 149 (I); Arab Legion Air Force, Ammán 35 (I), 67 (II), 68-69 (I), 88 (I), 142 (II), 143, 162; Archives Photographiques, París 89 (I, *centro y der.*), 133 (II); British Museum, Londres 61 (III), 108; Brown, E. E. 97 (II); Consulado de Israel, Amsterdam 28 (II); Creten, J., Lovaina 76 (I); Departamento de Antigüedades, Ammán 34 (I), 54 *(centro, 5.º sello),* 60 (der.); Departamento de Antigüedades, Israel 54 *(centro der.);* Dunand, M., Beirut 30; École Biblique et Archéologique Française, Jerusalén 70, 76 (II); Elia Photo Service, Jerusalén 97 (I); Elsevier, N. V. Uitgeversmaatschappij, Amsterdam 71, 121 (I), 126, 132 (II), 163 (I), 172 (II); Eyckeler, J., Druten 157 (I); Galloway, E., Nueva York 161 (II); Giegel, Zurich 150, 155; Giraudon, París 49 *(3.ª fila, der.);* Colección Grollenberg 11, 24; Grollenberg, L., O. P. 13 (II), 19, 20-21, 23, 27, 29, 33 (II), 34 (II), 35 (II), 36, 39 *(col. de izq., fila de abajo, piezas* 2, 4, 5, 6), 40 (I), 41 (I), 42, 48, 49 *(arriba),* 50, 54 *(fila de abajo),* 65 (II), 67 (I), 78 (I), 82 (II), 84 (I), 95 (I), 96 (I), 105 (I), 120, 121 (II), 131 (III), 132 (III), 137, 138 (III), 139 (I), 140-141, 142 (I), 144, 147 (I), 148 (II), 157 (II), 158 (II), 161 (I), 167 (II), 171 (II), 172 (I, III); Hendrikse, P. (según datos del autor) 107 (II), 168 (I); *Illustrated London News,* Londres 49 *(fila de abajo),* 89 (I, *izq.*), 90 (I, III); Institut Français d'Archéologie, Beirut 12 (I), 13 (I), 17, 18, 33 (I), 139 (II); Israel Information Service, Nueva York 89 (II), 164-165; Keren Hayesod, Jerusalén 158 (I); Koninklijk Kabinet van Munten en Penningen en gesneden Stenen, La Haya 49 *(3.ª fila, izq.),* 128 (I), 132 (I), 133 *(monedas);* Laxague, H.-D., O. P., Oullins 78 (II), 138 (I); Lelong, P., París 167 (III); Lloyd, Dr. Seton, Ankara 61 (I); Le Louvre, París 47, 53 (III, *izq.*), 113 (II), 114; Maliepaard, Ir. C. H. J., La Haya 66 (I); Mansell Collection, Londres 111, 112 (II), 113 (I), 122; Matson Photo Service, Los Angeles 77, 96 (II), 119, 156; Oriental Institute, Chicago 87; Ploeg, Dr. J. van der, O. P. 166 (II); Pennaerts-Glissenaar, Haarlem 65 (I), 88 (II), 105 (II); Poll, W. van der, Amsterdam 12 (II), 34 (III), 68-69 (II); Popper, Paul, Londres 84 (II), 166 (I), 173; Pritchard, J. B., Berkeley, California 53 (I, II), 81, 106 (I, II); Rockefeller Museum, Jerusalén 39 *(vasijas* 1 *y* 3*)*, 41 (II, III, IV), 49 *(2.ª fila),* 53 (III, *der.*), 54 *(fila superior y centro izq.,* 4 *sellos),* 60 *(centro y abajo),* 98 (III), 101 *(arriba y abajo),* 104 (II), 106 (III), 127 *(cuchara),* 138 (II), 149 (II); Rijksmuseum voor Oudheden, Leiden 40 (II), 55 (I, II, *paletas*), 56, 72, 95 (II); Schwieg, Jerusalén 28 (I); N. V. Spaarnestad, Haarlem 22; Stroete, P. G. te, Nimega 177 (III), 163 (II); *The Times,* Londres 82 (I); Yadin, Y., Jerusalén 83, 98 (I), 103.

The Biblical Archaeologist, New Haven, Connecticut 60 (I), 102 (I); Kraeling, E. G., The Brooklyn Museum Aramaic Papyri, New Haven, 1953 131 (II); Legrain, Statues et Statuettes 90 (II); Loud-Altman, Khorsabad II, Chicago 1938 112 (I); McCown, Tell en-Nasbe 107 (I); The Megiddo Expedition, Megiddo II 102 (II); Reigenberg, A., Ancient Jewish Coins, Jerusalén, 1947, 127 *(moneda);* Schubart, W., Papyri Graecae Berolinenses 55 (III); Thureau-Dangin, F., etc., "Arslan-Tash", París, 1931 101 *(centro);* Torczyner, Harding, etc..., Lachisch I, Londres, 1938 82 (III); Unger, E., Babylon, Leipzig, 1931 125; Vigouroux, F., Dictionaire de la Bible, París, 1895-1912 62, 75; Wreszinski, Atlas zur altägyptischen Kulturgeschichte 14.

El autor expresa también su gratitud a los PP. B. Bagatti, O. F. M. (por 41, *abajo izq.*, y 167, *izq.* y abajo) y M.-E. Boismard, O. P., ambos de Jerusalén; a R. J. Demarée (La Haya), Mme. Desroches-Noblecourt (París), Dr. R. Frankena (Leiden), Mlle. M. H. Groorhand (Amsterdam), P. Jean-Roger, A. A. (Jerusalén), Dr. A. A. Kampmann (Leiden), Prof. Dr. J. van der Ploeg, O. P. (Nimega), J. B. Pritchard (Berkeley, USA), Dr. W. D. van Wijngaarden (Leiden) y Y. Yadin (Jerusalén) por su generosa colaboración, bien facilitarle las fotos, bien por ayudarle a interpretar algunas de ellas.

ÍNDICES

En los índices que siguen los números en redondo remiten a las páginas del texto; seguidos de un asterisco se refieren a las ilustraciones y a las notas explicativas de éstas; los números en cursiva indican que la palabra se ha de buscar en los esquemas que acompañan al texto. Las referencias a los mapas se hacen mediante el número del mapa, precedido de la letra m; se ha designado el mapa de la página de guarda mediante la cifra I.

En el índice de nombres se han impreso con mayúscula los nombres de lugar; en redondo los de persona, y en cursiva los nombres de objetos.

Indice de citas bíblicas

ÍNDICE DE NOMBRES

Los nombres demasiado frecuentes, como Canaán, Egipto, Jerusalén, Palestina, etc., han sido omitidos.

B

I

J

K

L

M

N



Mapa de página de guarda

EN EL CENTRO DEL MUNDO ANTIGUO

Dominadores de Palestina en los tiempos bíblicos

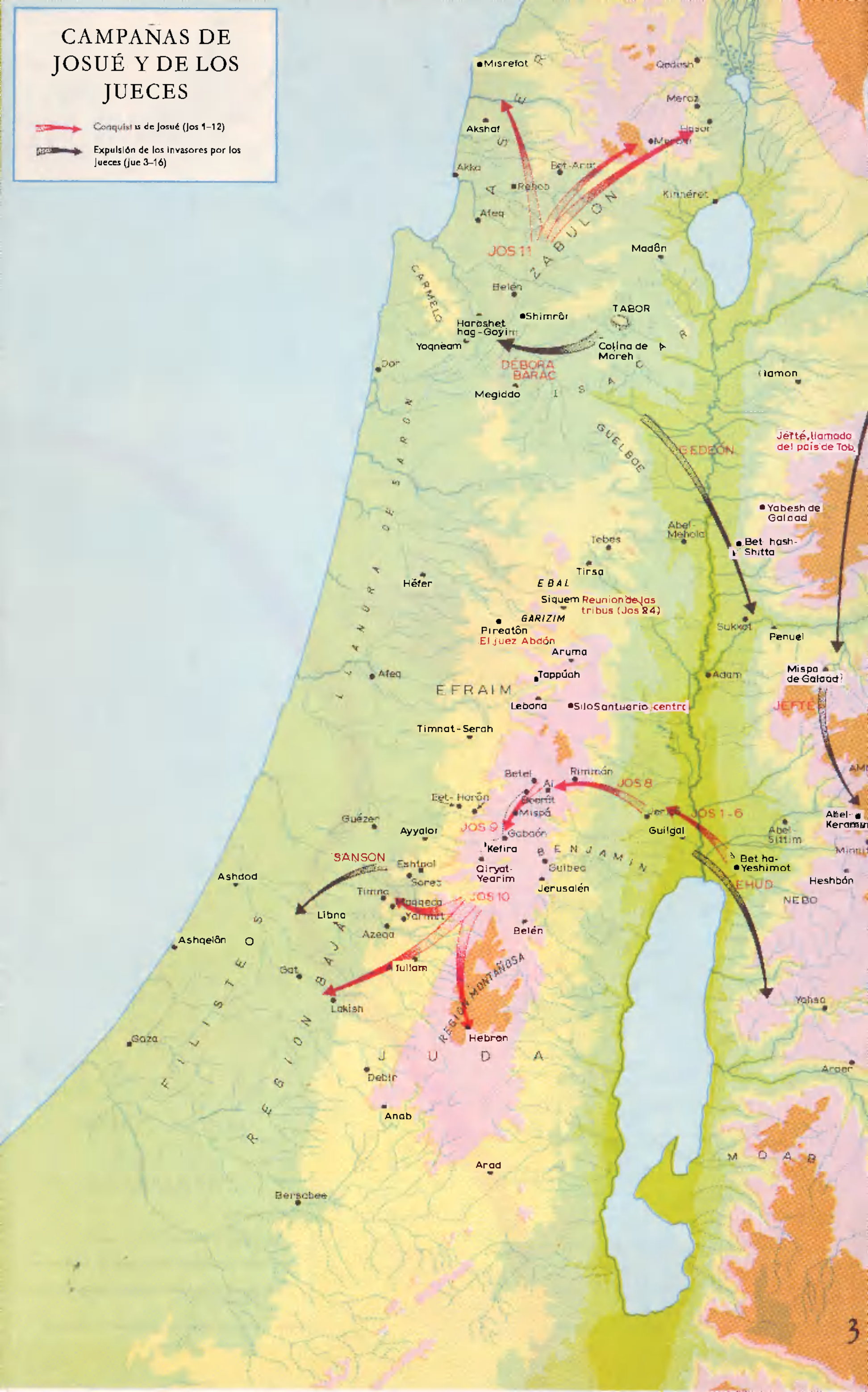
1 → Asirios (hacia 850–650)
2 → Babilonios (598–538)
3 → Persas (538–331)
4 → Dominadores griegos:
Tolomeos (300–198)
Seléucidas (198–63)
5 → Romanos (desde 63 a.C.)



PALESTINA
Panorama geográfico
y principales excavaciones
trazado (esquemático) de las más importantes vías de comunicación
ALTA
GALILEA
Dan
LAGO HULE +2 m
Hasor III
1208 m
Akko
Cafarnaúm I
BASHAN
(HAIFA)
T. Abu Hawân II
BAJA
GALILEA
MAR
DE
GALILEA
-210 m
CARMELO
Nazaret
TABOR
Yarmuk
558 m
LLANURA
DE
YIZREEL
Megiddo I, II
Taanak I
Cesarea III
GUELBOE
Bet-Shân II
Dotán III
LLANURA DE SARON
MAR
GRANDE
Tirsa III
Samaría I, II
940 m
Siquem II, III
T. Deir-Alla III
Penuel
EFRAIM
T. el-Qasîleh III
Jaffa
Silo II
1011 m
Baal-Hasor
Jordán
Guézer I, II
Misbá II
Gueba
Jericó I, II, III
Gabaón III
Eqrôn
Teleilât el-Ghassûl II
790 m
Jerusalén
Ashdod
Kh. Qumrân III
Belén
JUDA
Ashkelon
FILISTEOS
REGION MONTAÑOSA
1010 m
Hebrón
Lakish II
T. el-Hesi I
MAR
MUERTO
-392 m
DESIERTO
REGION BAJA
Gaza
T. el-Ayyûl II
T. Beit Mirsim II
Dibôn III
Arnón
T. Yemmeh II
T. el-Farah II
Bersabee II
MOAB
0
10
20
30
40
50 km

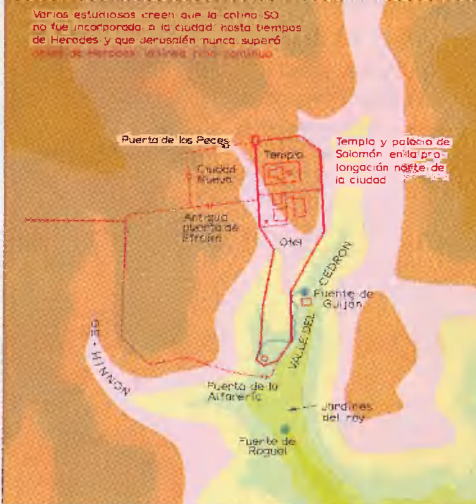


RUS
Tarso
AMANUS
Sultantepe
Harán
Karkemish
ARAM - NAHARAIM
'Aram de los dos ríos'
Petor
Patria de Balaam
Aquí vivía la familia de
Abrahán. De aquí vino
Aquí residió Jacob largo
tiempo con Labán.
Alalakh
Alepo
Balikh
Eufrates
Qarqar
Ras Shamra
Ugarit
CHIPRE
Orontes
Hamat
Arvad
Qatna
Semar
Arqa
Cades
Sin
MAR
MEDITERRANEO
Biblos
Lebo-Hamat
Baalbek
LIBANO
ANTILIBANO
DESIERTO
SIRO-
ARABIGO
Sidón
Sarfat
Damasco
HERMON
Tiro
Dan
Hasor
Akko
Ashterot
Dor
Megiddo
Edrei
Taanak
Bet-Shân
Ham
Salka
Pella
Busra
Dotân
CANAAN
Tirsa
Siquem
Sukkot
Yabboq
Penuel
Mahanayim
Mispá
Jaffa
Guézer
Jericó
Región del Jordán
Jerusalén
Belén
2
Gaza
Guerar
Hebrón
MAR MUERTO
Sharuhen
Llanura de
Qiryatayim
Bersabee
Soar
NEGUEB
Rehobot
Hasesón-
Tamar
Generalmente localizadas
en la parte menos profunda
del Mar Muerto. Valle de
Siddom, Sodoma, Gomorra,
Adama, Seboím
épocas de sequía
hambre, los nóma-
s llegaban hasta el
rtil delta del Nilo.
Bosra
Punôn
MIGRACIONES
DE LOS
PATRIARCAS
El mapa menciona:
1. Los lugares citados en los relatos de Gn 12–50
2. Algunas localidades bíblicas situadas fuera de Palestina
3. Algunas de las numerosas ciudades florecientes durante el II milenio a.C.
Al este de la línea llueve menos de 100 mm. al año



CAMPAÑAS DE JOSUÉ Y DE LOS JUECES
Conquistas de Josué (Jos 1–12)
Expulsión de los invasores por los Jueces (Jue 3–16)
Misrefot
Qedesh
Meroz
Akshaf
Hasor
Akko
Bet-Anat
Rehob
Kinnéret
Afeq
ZABULÓN
JOS 11
Madôn
CARMELO
Belén
TABOR
Shimrôn
Haroshet hag-Goyim
Yoqneam
Colina de Moreh
Dor
DÉBORA BARAC
Megiddo
GUELBOE
GEDEÓN
Jefté, llamado del país de Tob
Yabesh de Galaad
Abel-Mehola
Tebes
Bet hash-Shitta
Tirsa
Héfer
EBAL
Siquem
Reunión de las tribus (Jos 24)
GARIZIM
Pireatôn
El juez Abdón
Sukkot
Penuel
Aruma
Afeq
Tappúah
Adam
Mispa de Galaad
EFRAIM
Lebona
Silo Santuario centr
JEFTE
Timnat-Serah
Betel
Rimmón
JOS 8
Ai
Bet-Horôn
Beerot
Mispá
Jericó
JOS 1-6
Guézer
Ayyalon
JOS 9
Gabaón
Guilgal
Abel-Keramim
Abel-Sittim
Kefira
BENJAMÍN
SANSÓN
Eshtaol
Qiryat-Yearim
Guibea
Bet ha-Yeshimot
Ashdod
Sorec
Jerusalén
EHUD
Heshbón
Timna
JOS 10
NEBO
Maqqeda
Libna
Yarmut
Azeqa
Belén
Ashqelôn
Gat
Jullam
REGIÓN MONTAÑOSA
Laquish
Yahsa
Gaza
Hebrón
JUDÁ
FILISTEOS
REGIÓN BAJA
Debir
Aroer
Anab
MOAB
Arad
Bersabee





hacia Antipátride,
Cesarea

hacia Siquem, Damasco

Los tropas romanas de ocupación estaban destacadas en las dos poderosas fortalezas de Herodes el Grande. El palacio real dominaba toda la ciudad. El Templo y el atrio estaban dominados por la torre Antonia

hacia Jericó

MONTE DE LOS OLIVOS

Piscina de las cinco pórticos
Bezeta
Solomeo

HUERTO DE LOS OLIVOS

Antonia

Puerta de las Ovejas

Recinto de Getsemaní

Ascensión

hacia Betania

Jardín y tumba de
José de Arimatea

Viacrucis
loc. s. XIV

Gólgota

Barrio nuevo
'Plaza del Mercado'
Xystos

Amygdalon

Dominus flevit.
Donde el Señor lloró
Jerusalén
loc. s. XIV

Monumentos
funerarios del s. I

Palacio de los
Hasmoneos

Sanedrín

Palacio de Herodes
Cuando en él reside el
Procurador romano, se
denomina también
Pretorio, 'Tribunal'

Lithóstroton
Gábbatha (?)

Jar-
dines
de

Ciudad Alta

Acueducto de
Pilato

Ciudad Baja

CEDRON
VALLE DEL

Fuente de Guijón
Arteria principal
de la antigua
ciudad de David

Monte del Escándalo
Nombre que los primeros
cristianos daban a esta
colina sobre la que Salomón
adoraba a los ídolos

4

Residencia
de Caifás

Escalinata

Cámara alta de Pentecostés
La Ultima Cena

Torre de Siloé
que se derrumbó
(18 muertos)

Piscina de
Siloé

Acueducto de
Ezequías

Puerta de los
Esenios

GE HINNON
VALLE DE HINNON

hacia Belén, Hebrón, Gaza

Fuente de Roguel

hacia el Mar Muerto

Valle de los crueles sacrificios de niños.
maldecido por Jeremías, donde Josías quemaba
... En tiempos
de Cristo, el nombre de este valle maldito
estaba relacionado con la idea del infierno
(Gehenna)

Hacéldama
Campo de
Sangre

JERUSALEN

en tiempos de Cristo

(línea azul)	Muralla actual de la Ciudad Antigua
(línea negra)	Ruinas de las murallas y construcciones existentes en tiempos de Cristo, todavía visibles o excavadas
(línea roja)	Situación probable de las murallas y construcciones totalmente desaparecidas
loc. s. IV	La localización de un hecho bíblico en este lugar se funda en una tradición que data del siglo IV
(línea discontinua)	Trazado probable de las principales vías de comunicación


DE SAUL AL DESTIERRO
Epoca de los Reyes
Distrito de Salomón (1 Re 4,7–19)
Frontera entre Israel, Judá y los Filisteos
Fortaleza de Roboam (2 Cr 11,5–10)
Abel Bet-Maaka
Dan
Qedesh
Hasor
GUESHUR
Akko
Kabul
Kinneret
Afeq
CARMELO
Qishon
Gat-Héfer
Yoqneam
Endor
Shunem
Dor
Megiddo
Yizreel
Taanak
GUELBOE
Bet-Shân
Bet-Arbel
Roglim
Ramot de Galaad
Arubbot
Bet hag-Gân
Yiblearn
Dotân
Héfer
Soko
Bezeq
Tebes
Tirsa
SAMARIA
Abel Meholá
Yabesh de Galaad
Tishbe
Siquem
Pireatôn
Sukkot
Yabboq
Penuel
Mahanayim
Baal-Shalisha
Afeq
Tappúah
Silo
Serede
Yafo
Guilgal
Ramatayim
Yeshana
Efrôn
Yazér
AMMON
Rabbá de los Amonitas
Gimzo
Betel
Bet-Horôn
Mispa
Yabneel
Guézer
Jericó
Guibbetôn
Ayyalon
Gueba
Guilgal
Gabaón
Ramá
Mefaat
Eroôn
Guibea
Eleale
Ashdod
Makas
Qiryat-Yearim
Sorea
JERUSALÉN
Heshbôn
Bet-Shémesh
Libna
Azeqa
Belén
Etam
Médeba
Netofa
Baal-Mehôn
Soko
MAR DE LA LLANURA
Ashqelôn
Adullam
Teqoa
Gat
Moréshet
Maresha
Bet-Sur
Lakish
Atarot
MAR SALADO
Hebrón
Gaza
FILISTEOS
Dibón
Bet-Gamul
Adorayim
Zif
Bet ha-Esel
Engadi
Aroer
Arnón
Yattir
Carmelo
Eshtemoa
Maón
Guerar
Siglag
MOAB
Bérsabee
Qir-Moab
Qir-Haréset


MAR NEGRO
MAR CASPIO
LICIA
CILICIA
CHIPRE
Región conquistada por Sargón en 717 a.C.
¿No es Kalno semejante a Karkemish, Hamat como Arpad y Samaria como Damasco?' (Is 10,9)
Harán
Karkemish
Kalno
Arpad
Gozán
Khorsabad
Nínive
ASIRIA
Asur
Batalla de Qarqar: 854 a.C.
Qarqar
Hamat
Rezef
MEDOS
Biblos
Tiro
ARAM
Destruido en 732 a.C por Teglat-Piléser III
Damasco
Conquista de Samaria por Sargón en 721 a.C
Samaria
ISRAEL
AMMON
Asedio fallido de Jerusalén por Senaquerib en 701 a.C
Ashdod
Jerusalén
MOAB
JUDA
EDOM
Bosra
Cades
Conquistado por Asarhaddón en 670 a.C.
EGIPTO
Menfis
Sais
Eilat
SINAI
Temá
BABILONIA
Babilonia
Destrucción de Babilonia por Senaquerib en 689 a.C.; Asarhaddón la reconstruyó
PUEBLOS DEL MAR
CALDEOS
Ur
ELAM
Susa
EXPANSION DE ASIRIA
Límites de la expansión del imperio asirio



EL IMPERIO PERSA Y LAS EXPEDICIONES DE ALEJANDRO MAGNO

Ruta seguida por Alejandro Magno


LA PALESTINA DE LOS EVANGELIOS Y LOS HECHOS
Frontera interprovincial (aproximada)
Mar Saba Nombre árabe moderno
Tiro
Cesarea de Filipo Mt 16,13
GAULANITIDE
S I R O F E N I C I A
Ptolemaida Act 21,7
G A L I L E A
entra principal de
a predicación de
Jesús
Betsaida (Julias)
Mt 4,13
Lago de Genesaret
Caná (?) Jn 2,1
Magdala
Tiberíades
Hippos
Kafr-Kenna
Nazaret Mt 2,23
TABOR
Gadara
Abila
Naím Lc 7,11
D E C A P O L I S
ederación de las diez
iudades helenísticas
Cesarea Residencia de los procuradores romanos Act 10
Escitópolis
Pella
Salim (?) Jn 3,23
Llanura de Sarón
S A M A R I A
Sebaste Antigua Samaría
Sicar
Pozo de Jacob Jn 4
GARIZIM
Act 9,35
Gerasa
Antipátride Act 23,31
Alexandreion
Joppe Act 9-11
Arimatea
Patria de José, miembro del Consejo: Mt 27,57
Lidda Act 9,32
Efraím Jn 11,54
P E R E A
"Al otro lado del Jordán"
Filadelfia
Yamnia
Jericó
Emaús (?) Lc 24,13
JERUSALÉN
Betania
Ashdod (Azoto) Act 8,40
Qumrân
Belén
Mar Saba
Herodium
Ashqelôn
J U D E A
Mar Muerto
Llamado también Lago Asfáltico
Maqueronte Mc 6,14-29
Hebrón
Gaza Act 8,26
asada
Bersabee
I D U M E A
N A B A T E O S
8



LOS VIAJES DE SAN PABLO
según los Hechos de los Apóstoles
Primer viaje (13–14)
Segundo viaje (15,36–18,22)
Tercer viaje (18,23–23,35)
Viaje de cautividad a Roma (27–28)
Lugares donde se menciona expresamente una predicación en las sinagogas
Viajes proyectados pero nunca realizados
45 Las fechas de comienzo y fin de viaje no son totalmente seguras
GAL La epístola así designada fue escrita probablemente en esta ciudad
MAR ADRIATICO
DALMACIA
ITALIA
MACEDONIA
TRACIA
PONTO
BITINIA
GALACIA
MISIA
LIDIA
ASIA
CARIA
LICIA
PISIDIA
LICAONIA
PANFILIA
CILICIA
SIRIA
ACAYA
Roma
Dos años de cautividad (60-62)
COL EF FLM
Tres Tabernas
Foro de Apia
Putéoli
Regio
Sicilia
Siracusa
Malta
Viaje accidentado que terminará en naufragio
Sirtes
Creta
Fénix
Lasea
Cauda
La comunidad fundada con esfuerzo
2 COR
Filipos
Neápolis
Anfípolis
Apolonia
Tesalónica
Berea
Samotracia
Tróade
Pablo escucha la acuciante llamada de Europa
Adramicio
Asos
Pergamo
Tiatira
Sardes
Esmirna
Filadelfia
Quíos
Samos
Efeso
Mileto
Laodicea
Colosas
Pablo se detendrá varias veces en esta localidad
GAL y 1 COR
Cos
Cnide
Pátara
Mira
Rodas
1 y 2 TES ROM
Corinto
Atenas
Céncreas
Primeros contactos con la mentalidad griega
Antioquía
Iconio
Listra
Derbe
Tarso
Perge
Attalia
Seleucia
Antioquía
Punto de partida de la misión cristiana
Chipre
Pafos
Salamina
Primeros frutos de la predicación. En adelante se hablará de 'Pablo y sus compañeros'
Sidón
Tiro
Ptolemaida
Cesarea
Residencia de los procuradores de Judea. Aquí fue bautizado el primer pagano (Act 10)
Jerusalén
La madre de las Iglesias. Pablo lleva varias veces a los santos las limosnas de las nuevas Iglesias. Aquí es apresado el año 57
Pablo permanece cautivo dos años (57-59)